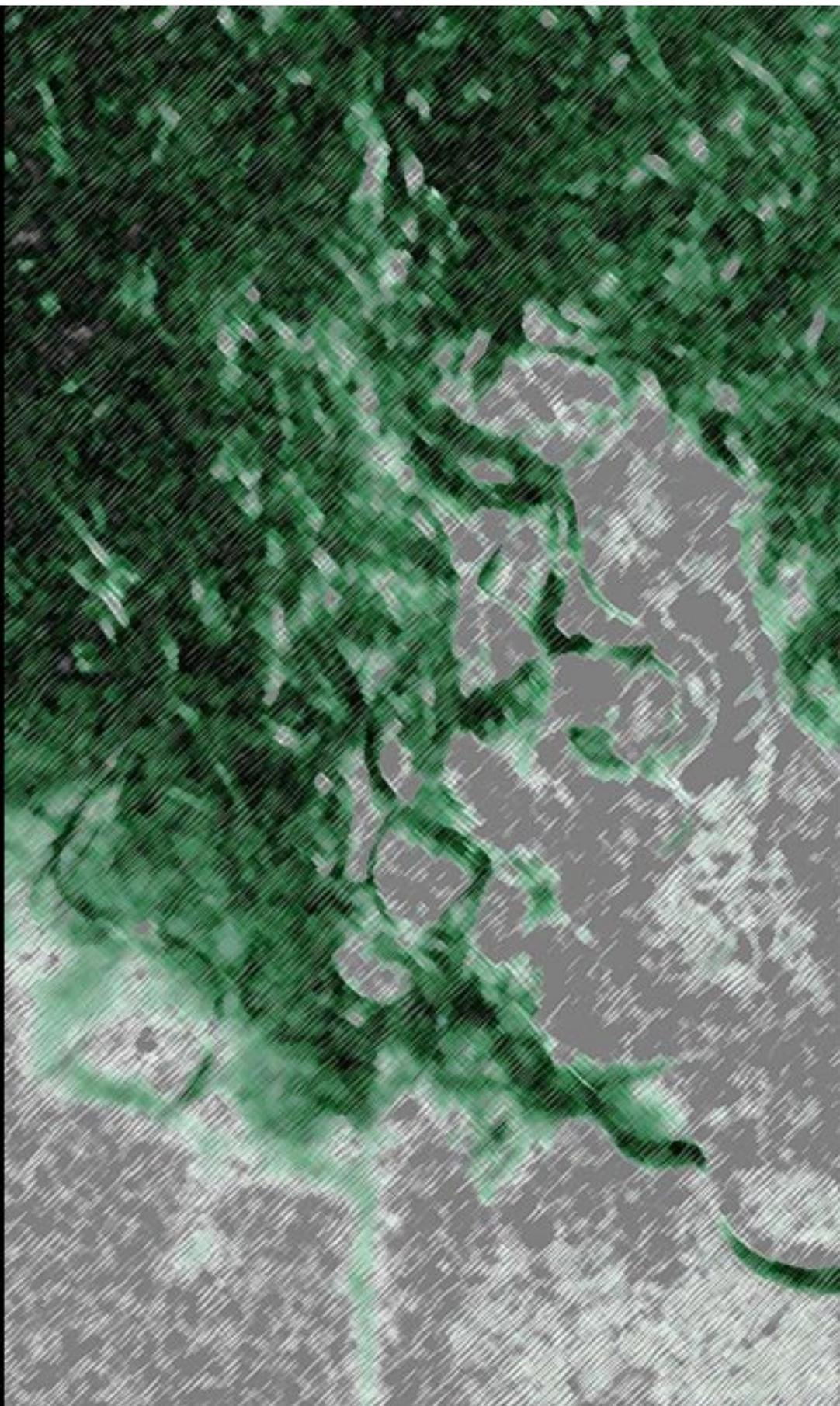


TRES EN RAYA

*Manuel M.
Almeida*

Proyecto
Isla



MANUEL M. ALMEIDA

TRES EN RAYA

COPYRIGHT © MANUEL M. ALMEIDA, 1997

© DE ESTA EDICIÓN: MANUEL M. ALMEIDA, 2004

PRIMERA EDICIÓN IMPRESA: SEPTIEMBRE DE 1998 (ALBA EDITORIAL, S.L.)

EDICIÓN DIGITAL: MAYO DE 2004

info@proyectoisla.com



ESTA OBRA ESTÁ BAJO UNA LICENCIA DE CREATIVE COMMONS

ESTA LICENCIA PERMITE LOS USOS NO COMERCIALES DE ESTA

OBRA SIEMPRE QUE SE ATRIBUYA LA AUTORÍA ORIGINAL.

*Para Rosi, Yuri y Alejandro,
tres que siempre están en raya*

ÍNDICE

Diario	05
Capítulo I	06
Capítulo II	13
Capítulo III	19
Capítulo IV	27
Capítulo V	31
Capítulo VI	40
Capítulo VII	43
Capítulo VIII	54

ESFERA I

Capítulo IX	59
Capítulo X	63
Capítulo XI	68
Capítulo XII	77
Capítulo XIII	88

ESFERA II

Capítulo IX	100
Capítulo X	107
Capítulo XI	118
Capítulo XII	123
Capítulo XIII	129

ESFERA III

Capítulo IX	138
Capítulo X	145
Capítulo XI	150
Capítulo XII	160
Capítulo XIII	170
Coda	175
Epílogo	183

Miles de fauces abiertas en busca de mi alma. El espacio, gélido; el sudor, un glacial en movimiento sobre mi cuerpo árido y seco, ardiente. La luz cegadora al final del túnel me hace intuir otro túnel aún más opaco al final de la esperanza, esa pequeña estrella, estéril de materia, que me mantiene. Siempre el horror de la jauría en torno a mi carne. Vuelo, y mis alas se derriten. Corro, y mis pies se quiebran. Nado, y me hundo en la nada de un sueño que me arrastra hacia el fondo de todos los mares de sangre que me habitan. Sueño. Horror. Pesadilla. Realidad perpetua de la oscuridad infinita. Esa tiniebla armada que me asedia noche tras noche entre los muros de una cama que no reconozco como mía, pero que me atrae indefectiblemente y me derrama su halo de cotidianidad triste, vulgar, desamparada. Al fondo, intuyo una habitación que tampoco anhelo, pero que sirve de marco previo al mundo y a la perrería que me destroza desde dentro, miembro a miembro, idea a idea, cuerpo a cuerpo. Soy un cazador de imágenes atrapado por su propia estrategia onírica en una espiral de vértigo, angustia, confusión. Sólo me queda enarbolar la bandera de la belleza. Ese perfil de diosa aborígen que se dibuja en lo más alto del valle. Esa figura de mujer recortada sobre una roca y su contorno de hembra-semilla, de hembra-pantera, de hembra-duna y hembra-playa. Esa ilusión inalcanzable y omnipresente que está, pero no está; que existe, pero se esfuma. Que me lanza un beso a mil kilómetros por hora para estrellarse contra mis labios y mi lengua, y así salvarme. Ese instante de placer que nunca hallo, porque, de pronto, el cristal estalla y el mosaico se diluye. El impacto se eterniza en un segundo roto por la llamada de la vigilia; ese sonido agudo, tenaz, desagradable con que inicio cada mañana y que cobra sentido en unos ojos rotos y cansados que buscan sin ganas la confirmación del cristal líquido del reloj-despertador. 10:00 am. Incorporación y bostezo.

(Única página escrita en el diario personal de Adolfo Delgado Rodríguez, fechada en Las Palmas de Gran Canaria, el viernes 12 de mayo de 1995, 04.00 horas)

Capítulo I.

Bostezar no era su fuerte. Así y todo, lo intentaba. En realidad, pocas cosas eran fuertes en él. Además de las pesadillas, quizás alguna asignatura de sus años de estudiante, su innata capacidad para escribir, su gusto por el vodka-con-agua-sin-gas-media-rodaja-de-limón —vodka verde, para los amigos—, las noches ebrias de jazz en el Cuasquías, su pequeño estudio de diseñador cibernético y mediocre, y un dolor persistente en la rodilla de sus años de futbolista alevín, infantil y cadete. Juvenil. Crack, y a otra cosa. Al fin y al cabo, por aquel entonces su nuevo círculo de amistades consideraba el deporte rey poco intelectual y nada recomendable para la salud política e ideológica de una generación que acabaría cantando histérica el Pío Pío frente a la *plaza de las Victorias*. No, *fuerte* no era una palabra que se le pudiera asociar fácilmente.

— ¿María?

— ¿Sí?

— Oye, soy Adolfo. Perdona, pero me voy a retrasar un poco, es que...

— Ya, lo de siempre. Venga.

— Bueno, salgo para allá.

Es duro vivir sin una tarjeta de crédito que echarte a la cartera. Cien, ciento cincuenta, ciento sesenta... una, dos, tres, cuatro y cinco. ¿Desayuno o guagua? El camino a la casa de María lo habían memorizado sus pies hacía ya unos años. Primero, en un intento donjuanesco más bien patético de ligue que nunca cuajó. Después, como canguro de un niño de ojos azules y pis sincero, aunque penetrante, de quien ella nunca quiso dar mayores explicaciones y que con el tiempo llegaría a descubrirse que procedía de la sagrada estirpe de un músico de sesión irlandés que pasó unos meses en la isla. Y luego, por último, como proveedor de anagramas, logotipos y carteles para

MARGEN EASP (Empresa Autónoma de Soporte Publicitario), un proyecto que María había logrado sacar adelante con decisión, habilidad y coraje; tópicos y virtudes éstas, entre otras muchas, que habían terminado por encandilar a Adolfo. Y a otros muchos, la verdad. Pero es ahora él quien nos ocupa.

María no vivía demasiado lejos. Siete manzanas, dos escaleras —cuarenta peldaños cada una—, un parque y un edificio de veinte plantas que se alzaba en el centro de una a su vez céntrica avenida de la capital. Andando, veinte minutos. En guagua, también —contando la espera, el tráfico y la distancia entre la parada más cercana y el edificio de María—. Así pues, un café por el camino, ojeada a las portadas de los diarios locales y al *Marca*, y, media hora después, el ascensor que le llevaría al templo-casa-despacho de su diosa, amiga y jefa. Pues todas éstas —y otras— especiales circunstancias se mezclaban en su -según solía presumir ante sus amigos- estrecha relación.

La ciudad se encontraba a esas horas en plena actividad. Había amanecido bañada por un sol plomizo que impregnaba de luz todos los rincones. Adolfo cruzó la calle y se dirigió al bar-churrería La Esquina, que, tal y como se puede adivinar, se encontraba en la confluencia de dos vías justo frente a su casa. En la puerta, una señora de unos cincuenta años vendía cupones de la ONCE. Adolfo la saludó y la señora le preguntó si quería un boleto. Él rehusó sonriente y entró en el local. Doña Asunción llevaba allí toda la vida. Su peculiar forma de vestir llamaba la atención de cuantos pasaban por la calle, exceptuando a la gente del vecindario, acostumbrada ya a su percha. Asun, como la conocían, se maquillaba cuidadosa y exageradamente cada mañana para ir a trabajar; salvo los ojos, siempre ocultos detrás de unas enormes y redondas gafas oscuras. Nadie se los había visto jamás, por lo que tampoco nadie podía afirmar que realmente los tuviera. De hecho, había gente en el barrio que afirmaba que su marido se los había sacado en un arrebató de celos a los pocos meses de casarse por mirar con cierta licencia a otro hombre. Otros decían que había nacido con los párpados pegados y que, a pesar de los muchos intentos que hicieron todo tipo de especialistas en la materia, nadie pudo jamás separárselos. Por último, el grupo más sensato —o con menos imaginación— defendía vehementemente la tesis de que se trataba de un tipo de ceguera congénita y

que a ella, simplemente, no le gustaba mostrar esa parte de su anatomía. Asun nunca dio una explicación. Le gustaba ponerse amplias túnicas de llamativos colores sobre las que se hacía bordar símbolos de lo que ella llamaba *energía positiva*: una paloma, un sol, una cruz o un corazón, siempre blancos. Hoy le tocaba la cruz. El resto de su atuendo lo componían un sombrero de paja parecido a un cubo invertido y unas alpargatas de tela y cáñamo, de ésas que se usan en los campos para las faenas de la tierra. Amparada bajo una sombrilla impermeable, que la protegía del sol tanto como de la lluvia, y sentada en una silla plegable, Asun pasaba los días vendiendo toneladas de ilusiones y algún que otro premio sin importancia.

La Esquina era un local tirando a estrecho dominado por una amplia barra de madera y mármol. A la izquierda de la misma, se encontraba un grupo de tres mesas y, al fondo, los servicios. El aspecto del local era algo mugriento y el ambiente estaba impregnado de olor a aceite recalentado. La churrería era, junto con el local de la asociación de vecinos y el Hogar del Pensionista, uno de los puntos de encuentro de la vecindad. Allí se daba cita, a partir de las ocho de la tarde, una variada fauna ciudadana en la que predominaban obreros, abueletes, desempleados y borrachines. La Esquina era también la parroquia del balompié, el templo del fútbol de la zona, compitiendo en afluencia y fervor con la iglesia del barrio. Detrás de la barra, colgados de la pared sobre las máquinas de café y churros, microondas, plancha y cocinilla, se encontraban dos enormes pósteres en los que se hallaban fotografiadas las plantillas de la Unión Deportiva Las Palmas que logró el ascenso a Segunda División A en la temporada 95-96 y del Real Madrid de la temporada en curso, respectivamente, lo que servía de advertencia a cualquier despistado sobre los gustos y adherencias de los responsables del local. Las discusiones solían prolongarse hasta altas horas de la madrugada, especialmente los lunes y fines de semana —y miércoles y jueves, si había partido esos días— y solían tener un carácter marcadamente polémico, ya que, si bien todos estaban con la Unión Deportiva, los colores del barrio, en lo que a Primera División se refería, se repartían entre un cincuenta por ciento para el Barcelona, un cuarenta por ciento para los merengues, un siete por ciento del Atlético de Madrid y un tres por ciento dividido

de forma desigual —y variable— entre el Athletic de Bilbao, el Betis, el Rayo Vallecano y, en menor medida, el Tenerife. A Adolfo le gustaba aquel ambiente y se dejaba caer por allí algún domingo que otro, sobre todo porque cerraba el Cuasquías, sumándose así a las juergas que se montaba la peña quinielística de la que era socio y que al resto de los componentes le servía de excusa ante sus mujeres para darse esas escapadas. Aún recordaba el desmadre que se había organizado el día que los amarillos retornaron a la *división de plata*. Salieron de allí de amanecida, completamente ebrios de alcohol y euforia y ahitos de lomo y pulpo a la vinagreta.

El fuerte olor a churros y café acrecentó su apetito. Un nuevo vistazo a lo que llevaba encima, se lo cortó. Ciento sesenta y cinco pesetas. Acomodado en la barra, llamó a Antonio, el camarero, un colega de la infancia cuyo padre era el dueño del establecimiento.

— ¿Qué tal, Adolfo? ¿Qué va a ser?

— Un cortado y un par de churros. ¿Tienes los periódicos? —Adolfo ya se había percatado de que al otro extremo de la barra un cliente leía el *Marca*.

— Toma —Antonio le entregó los matutinos locales—. ¡Vaya racha que lleva el equipo, a este paso nos vamos a Segunda B otra vez! —el camarero daba voces mientras llenaba la taza.

— Si es lo que digo yo, lo que hace falta es gente de la tierra —la prensa no traía nada de especial en sus portadas: unas declaraciones de Hermoso sobre el REF, un parricidio en Jinámar, una encuesta que reflejaba el alto grado de analfabetismo en la región y unas declaraciones del presidente de la Unión Deportiva pidiendo tranquilidad a la afición. Ninguna novedad, pensó Adolfo.

Antonio llegó con los churros y el cortado y comenzó a detallarle los puntos básicos sin los que, a su entender, Las Palmas jamás llegaría a Primera División. Adolfo dio buena cuenta del desayuno en un abrir y cerrar de ojos y casi sin escuchar a su amigo. Una mujer reclamó la atención del camarero y Adolfo aprovechó para escabullirse. Miró la cuenta y dejó el dinero junto a la caja. Antonio le dijo algo sobre el *Marca*, pero Adolfo le respondió que tenía mucha prisa.

— Luego, luego. A la tarde.

Se despidió de doña Asun y puso rumbo a la casa de María. El sol pegaba duro y sabía que de un momento a otro comenzaría a dolerle la rodilla. Se entretuvo como casi siempre contando cosas, que hoy eran portales, y silbando melodías que hoy eran del repertorio de Kiko Veneno. A tres manzanas de su casa se paró en un estanco a leer la portada del *Marca*. “El Madrid, imparable”. Malditos merengues, este año se van a llevar la Liga. Después de la Unión Deportiva Las Palmas, el Rayo Vallecano era su equipo del alma. No sabía muy bien por qué, pero como en la isla o eras del Madrid o del Barcelona, decidió tirar por la calle de en medio. La gente lo miraba raro en La Esquina cuando se hablaba de fútbol, pero él argumentaba que Vallecas era un barrio obrero.

Dejó atrás el estanco y el *Marca* y continuó su camino silbando y contando portales. Sabía exactamente el número de edificios, de árboles, de garajes, bazares, farmacias, bares, supermercados, semáforos y papeleras que había entre su casa y la de María. Hoy sabía también el número exacto de portales. Vio que el muñequito verde del semáforo parpadeaba y corrió para ver si podía llegar a tiempo, pero un motorista arrancó antes de lo previsto e instintivamente todos los vehículos le imitaron. Mientras esperaba para cruzar, un joven sucio y envuelto en harapos le ofreció una rosa por veinte duros. Para su mujer, le dijo. Adolfo le explicó que no tenía un duro, pero el muchacho insistió hasta que el tráfico volvió a detenerse y un rubio engominado con pinta de director general o algo así, al mando de un impecable Audi, lo llamó. En realidad, requería al de la prensa, pero el chico aprovechó la coyuntura y el individuo se vio con un periódico y una rosa sobre los pantalones sin comerlo ni beberlo, mientras un niño de unos doce años le ponía perdido el parabrisas con un trapo al tiempo que sonreía y le pedía la voluntad. Suerte que no estaba el de los clínex, pensó Adolfo mientras cruzaba.

Anduvo un par de manzanas más y torció a la izquierda hasta llegar a un estrecho pasaje invadido por pequeños talleres de automóviles. La calle acababa en el acceso a un gran parque construido sobre una pendiente, con dos escalinatas gracias

a las cuales se podía ascender a la parte alta del mismo. No había subido aún cinco escalones cuando la rodilla comenzó a quejarse. Ya está aquí. Lo sabía. Suavizó el ritmo de ascenso y empezó a transpirar profusamente, el sol se había instalado sobre su cabeza y le parecía que todos sus rayos se estaban concentrando en su persona. Ya no podía silbar, aunque contaba el número de peldaños que se sabía de memoria, porque estaba convencido de que así se cansaba menos. Al culminar la primera etapa, ya estaba completamente empapado y el dolor era intenso. Afortunadamente, la segunda tanda de escalones no era tan empinada y disponía de recovecos en los que las ramas de los árboles dibujaban amplias zonas de sombra y podía pararse a descansar. Al llegar a la cima, Adolfo miró hacia abajo y pudo ver gran parte de la ciudad, incluido su barrio. Brillaba. Urbanísticamente, era un desastre, pero tuvo que reconocer que el contraste de los azules del cielo y el mar sumado al colorido de los edificios y el verde de los parques y jardines producía un cuadro de cierto alcance estético. Sí que es bonita, aunque seguro que me resultaría mucho más bella vista desde una guagua, pensó.

Tomó un poco de resuello, cruzó una amplia avenida y atravesó un segundo parque que llevaba directamente a casa de su jefa. El dolor había remitido un poco, pero seguía empapado y el astro rey seguía pegado a su cogote. Miró a unos niños que jugaban en la hierba e intentó descubrir a Ayose entre ellos, hasta que se percató de que a esa hora probablemente estuviera en la guardería. Al entrar en el portal, notó un agradable frescor. Ante el espejo del ascensor se arregló como pudo, se compuso la ropa, se atusó el pelo y se secó la frente con el pañuelo que siempre llevaba en uno de los bolsillos traseros del pantalón, ante la curiosa e indiscreta mirada de una abuela vestida de negro que se había subido en el tercero y que continuó ascendiendo cuando Adolfo se bajó. Estaba hecho una piltrafa, pero hubiera apostado cuanto tenía -que no era demasiado- a que María no lo iba a notar.

Capítulo II.

— Buenas noches. ¿Qué tal lo pasan? —El acento caribeño del cantante servía de preámbulo a la sesión de latin-jazz teñida de bolero que aparecía anunciada en los carteles y folletos del local para esa noche—. Un, dos; un, dos, tres y...

TEMA 1: Estás cerca de mí.

Cuasquías era un nombre importante dentro de la historia musical reciente de la capital. Con esa denominación fue bautizado un local que se convertiría en punto de encuentro de buena parte de las nuevas generaciones de músicos de la isla de Gran Canaria y de los que llegaban a ella del exterior, bien como visitantes ocasionales o como inmigrantes en busca de nuevos horizontes o experiencias. El local había sufrido ya dos ubicaciones y vivía ahora una segunda etapa de esplendor. La primera había tenido lugar en la segunda mitad de la década de los ochenta, cuando se encontraba situado en las inmediaciones del parque de San Telmo, en el centro de la ciudad, y prácticamente constituía la única oferta urbana de ocio nocturno fuera de la zona del Puerto, área ésta donde se concentraba el número más importante de bares, pubs y discotecas de todo el Archipiélago. La casa que lo albergaba, antigua y muy deteriorada, tenía dos plantas; el pub en sí, que ocupaba el primer piso, había sido con anterioridad un restaurante que, tras ser sometido a una efímera y poco rentable experiencia como bodega, acabó finalmente reconvertido en sala de conciertos. De reducidas dimensiones, su planta era rectangular y alargada, con una enorme barra dispuesta a la derecha, según se entraba. Las mesas eran barriles de madera y el escenario estaba situado a la izquierda, frente a la barra, una pequeña tarima que fue creciendo paulatinamente, adaptándose a las

necesidades de los cada vez más complejos grupos que por allí pasaban. Detrás del escenario, y entre éste y los baños, se encontraba una tronera, con la que a veces había que pelear para poder escuchar los conciertos. Allí nacieron o debutaron muchos de los grupos y solistas que aún hoy se mantenían en el candelerero, y otros que ya habían desaparecido.

La primera clientela del pub la conformaban profesionales liberales e intelectuales, fundamentalmente, pero, cuando comenzó a extenderse su fama, apareció por allí gente de todo tipo. De cualquier forma, el sustrato básico del local, con oscilaciones, quedó integrado por artistas, músicos, estudiantes, los profesionales liberales y los intelectuales ya mencionados, funcionarios progres y políticos. Decir música, era decir Cuasquías, y así lo entendían también las figuras de primera fila que recalaban en la capital y que se acercaban al pub para tomar unas copas y, en la mayoría de los casos, sumarse a las jam session que solían improvisarse casi cada noche. El jazz era el rey del Cuasquías. Junto a él, la salsa y la música popular ocupaban también puestos de honor. Otros estilos, como el rock, el blues, la canción melódica o el pop, también tenían cabida; pero la herencia acústica de los sufridos y atrevidos negros de Nueva Orleans se llevaba la palma.

El invento se fue al traste a finales de aquella misma década, cuando el solar fue expropiado o vendido, aspecto éste que a Adolfo nunca le quedó demasiado claro, para la rehabilitación de aquella manzana. La sala cerró sus puertas y durante años no se volvió a saber nada. Bueno, se comentaba que el dueño buscaba algún local de similares características y que, desde que lo encontrara, volvería a poner en marcha el negocio, pero pasaban los años y esto no ocurría, mientras por todos lados surgían salas de idéntica naturaleza que nunca llegarían a alcanzar su esplendor.

El nuevo Cuasquías surgió casi por sorpresa en las navidades de 1994 y se instaló en una amplia casona de la zona de Triana, muy cerca de lo que antes había sido la desembocadura del barranco de Guinguada y que ahora era el inicio de la carretera del Centro, una ancha autovía de dos carriles por sentido. Incrustado en la zona vieja de la capital, estaba rodeado de centros históricos y culturales. Bibliotecas, museos, teatros, plazas y plazoletas, galerías de arte, el viejo Ayuntamiento, la Catedral, el mercado,

Vegueta,... El edificio ofrecía numerosas posibilidades. Desde el exterior se podían observar dos entradas. Una, a la derecha, que conducía a una especie de pequeño bar independiente donde, de vez en cuando, se servían tapas y a cuya altura, en la acera, se había instalado una terraza para aquellos que preferían una copa tranquila al aire libre al bullicio del interior; y otra, que daba al pasillo de entrada, canal principal de acceso a las instalaciones y desde el que también se podía entrar al bar o a la estancia en forma de L situada a la izquierda, donde se encontraban dos troneras, una barra secundaria y los baños, al fondo. Al frente, el auténtico Cuasquías, un patio central de planta cuadrangular rematado por una enorme y bella cúpula que, sin embargo, dificultaba la acústica, por lo que los responsables decidieron colocar una lona corrediza que aislaba la cámara cuando era necesario.

Al cruzar la entrada, dejando atrás el pasillo, uno se hallaba en una zona de mesas altas. Justo a la derecha, una escalera de caracol que conducía a una pequeña plataforma desde la que se controlaba el sonido daba paso a la barra principal. Más allá de las mesas altas, se encontraba otro grupo de mesas de tamaño convencional, luego el escenario, y, detrás, la habitación que servía de camerino a los artistas. Desde el patio se podía alcanzar igualmente la sala de juegos, la segunda de las barras y los baños. En la planta alta se encontraban varias dependencias que, tras meses de acondicionamiento, comenzaron a ser utilizadas para impartir cursillos de teatro o de danza y como sala de ensayos.

La oferta del nuevo local era básicamente la misma del que cerrara años atrás y se había ampliado con la contratación de músicos nacionales de forma esporádica: Luis Pastor, Hilario Camacho, Javier Krahe; además de convertirse en una de las sedes oficiales del Festival Internacional de Jazz. Sin embargo, Adolfo añoraba la anterior etapa, decía que tenía más sabor, que era más auténtica, aunque María siempre le respondía que era un nostálgico, que se estaba haciendo viejo y que echaba de menos el ímpetu y la magia de su primera juventud.

Visitar el Cuasquías entre semana te aseguraba la tranquilidad de un concierto íntimo sin estridencias. Esa noche, sin embargo, sin venir a cuento, quizá por una de

esas enigmáticas y azarasas leyes que rigen el mercado de las luces y las sombras, se había dado cita un nutrido grupo de clientes que llenaba las mesas y buena parte de la barra instalada en el patio.

— No está mal para ser martes.

— No está mal.

— ¿Vodka verde?

— Por favor.

Adolfo gozaba de un trato privilegiado en el pub. Cliente incondicional desde su anterior etapa, disponía de una cuenta personal que le permitía consumir e invitar a los amigos incluso cuando estaba sin blanca, lo que provocaba que buena parte del cobro de sus trabajos esporádicos sirviera para saldar el débito acumulado. Nunca le había fallado a Luifer, el camarero, y éste, en reconocimiento, le invitaba a una copa de cuando en cuando.

*Tú estás cerca de mí,
aunque distante.*

*Tú estás cerca de mi-i-i,
en todas partes.*

*Vivo contigo y tú no
me reconoces,
te llevo en mi interior,
pero te escondes.*

Tú estás cerca de mí... Una frase colgada dando vueltas al cenicero en compás de dos por dos. Doble pareja que nunca llegaría a ser exactamente cuatro. Empezamos bien la noche, pensó Adolfo. Una parte de su cerebro le recordaba que era inútil obcecarse con un amor imposible; la otra, se empeñaba en hacerle ver que sólo ese tipo de amor valía la pena. Ni contigo, ni sin ti... *Tú estás cerca de mí, aunque distante...*

— Hola, Loco.

— ¡Dolfi!

— Loco, ¿qué hora es?

— Las once y diez pasadas.

— Perdón, ¿me dejan poner la bandeja?

Vodka verde... y blanco. Más bien blanco, ¿no? Ideológicamente verde, que es lo que importa.

TEMA 2. Caliente son (Instrumental).

El grupo se anunciaba como Gatos Pardos, y estaba compuesto por una mezcla de músicos de distinta procedencia. Ese tipo de bandas nacían y desaparecían con la misma velocidad que subían y bajaban del escenario. Los músicos se intercambiaban, se fundían, llegaban, se iban, formaban una big band, luego un trío, le daban al rock, al country, al jazz, acompañaban a un solista, creaban, versionaban,... La supervivencia no era fácil, al menos para los que se autodenominaban *músicos de base*, en contraposición a aquellos otros que habían logrado triunfar en el mercado discográfico. Con todo, los que peor lo llevaban eran los inmigrantes, especialmente los cubanos, que añadían a sus penurias de *músicos de base* la de indocumentados, siendo continuamente requeridos por la policía y viviendo en un estado permanente de incertidumbre.

Loco (Hipólito Ramos) era uno de estos músicos cubanos. A caballo entre la aguda formación musical-revolucionaria y las ansias de dar rienda suelta a su creatividad y a su cartera, había llegado un año atrás a la ciudad. Tras realizar algunos trabajos para María, había logrado que ésta le hiciera un contrato laboral con el que poder obtener su permiso de trabajo y eludir el peligro de la repatriación. Pianista y compositor de enorme sensibilidad, Loco —apodo que ya traía de su país— colaboraba habitualmente con los mejores músicos del Archipiélago y en su currículum no contrastado figuraban esporádicas participaciones en discos y conciertos de Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Amaury Pérez, Van Van, Arturo Sandoval o el Cuarteto Patria. También había trabajado alguna vez, de forma ocasional, con la Orquesta Filarmónica de Gran Canaria, participando

en un proyecto que tenía como finalidad acercar la música clásica a los escolares y las familias. Al cubano le encantaba trabajar para los niños. Contaba a sus amigos que en Cuba había llegado a formar hasta cinco coros infantiles y que con ellos había alcanzado una importante cantidad de premios del Gobierno de su país. Desde su llegada a Gran Canaria, e inspirado en la iniciativa de la Filarmónica, había compuesto varias piezas de jazz dirigidas a los jóvenes que había logrado vender al Ayuntamiento capitalino y que se habían convertido en el centro de un programa de animación por barrios en el que se combinaba música, poesía, teatro y artesanía. Estos trabajos le habían reportado, además, unos ingresos extras que le ayudaban a mantenerse con cierto desahogo. Loco estaba cuerdo, todo lo cuerdo que se podía estar en sus circunstancias. En su escala de valores, la música ocupaba un primer plano compartido con el sexo. Por eso, vivía con pasión la pieza que Gatos Pardos interpretaba en ese instante y marcaba el ritmo con los dedos en la mesa que ocupaba al final de la sala junto a Adolfo. La sección de percusión intensa y la cadencia armónica le transportaban también a un templo-casa-despacho donde vivía una diosa africana que también era su amiga y su jefa.

Tú estás cerca de mí... Por Adolfo el tiempo no pasaba. Quedarse colgado era uno de sus pasatiempos preferidos y, si se colgaba con María, pues mejor. A dúo, pues, un Loco y otro más unidos por la imagen y el ritmo, leyendo dos partituras dispares que, increíblemente, sonaban igual, al unísono. Como una pieza de pasión hipnótica, improvisada, armónica y perfecta. Un, dos; un, dos, tres y...

Capítulo III.

María se sumerge en espuma de gel concentrado. Cascadas de pelo negro sobre un mar de piel morena mojada. A ella le gusta jugar con su cuerpo mientras se baña. Hoy juega con sus senos y se remonta a un tiempo perdido en el que el género humano idolatraba el don femenino de la fecundidad. María se toca, se acaricia y se ama. Se deja llevar por la tibia temperatura del agua y se siente parte de un espacio que ya no es; que está, pero que es distinto en apariencia y contenidos. Se siente playa y volcán, mar y fuego primigenios en apresurada evolución hacia una nueva era. Se identifica con la evocación de una época larvada en crónicas y estudios históricos y en nombres de absoluta sensualidad: Tirma, Tamarán, Dácil, Guayedra. No milita en la nostalgia, pero no puede dejar de vibrar con los restos de lo que ella intuye fue. Como ella misma dice: empatía natural con mi condición de isleña desarraigada.

Hoy la habían despertado a las siete y media de la mañana. Al otro lado de la línea, Juan Asensio, flamante director comercial de Laguna, S.L., una importante empresa textil de ámbito regional, le había pedido una reunión para ese día con el objetivo de discutir los pormenores de la campaña de lanzamiento que le había encargado para un nuevo producto que estaba a punto de salir al mercado. Asensio era un hombre-planning, un tipo superorganizado cuyo horario laboral era extenso e inflexible y, claro, pensaba que todo el mundo llevaba —y, si no, tenía que llevar— su mismo régimen de actividad. María le explicó que prefería posponer la reunión para el día siguiente, porque aún había algunos detalles que quería estudiar, lo que le valió una impresionante bronca de aquel señor que sólo había visto una vez en su vida. Si no hubiese sido por las expectativas que el encargo había despertado en ella y por la tajada económica que pensaba sacar del mismo, hubiese mandado al individuo a hacer puñetas. Ella no

era su empleada y no le gustaba que nadie la tratase de aquella manera. Tras colgar, y espoleada por la actitud de Asensio, se encerró en su despacho a repasar el proyecto. Tres horas después, había decidido darse un baño y arreglarse un poco para relajarse, olvidarse del tal Asensio y afrontar la jornada con energías renovadas.

Quince minutos después de acabar el baño, Adolfo no había llegado. Adolfo. Había pasado junto a él un cuarto de vida y aún no sabía muy bien qué extraños vínculos les unían. No le aportaba nada. Era como un fardo que llevaba a la espalda sin motivo aparente. Y, sin embargo, qué sensación de agrado le transmitía su presencia, su llegada, su voz, sus torpezas. Aunque a los cinco minutos ya le estaba pidiendo que se fuera. Coñazo de tío, por Dios. Y no era católica.

Recuerda que hubo un tiempo al principio en que llegó a gustarle. Ese aire de bohemio desmañado con aspiraciones le resultaba simpático. Pero con Adolfo todo era imposible. Una conversación seria, jugar, dar un paseo, hacer proyectos a medio o largo plazo... Lo cierto es que se sorprendía de cómo Ayose pudiera admirarle tanto. Adolfo y su hijo eran una pareja ideal. Se entendían a la perfección. Los dos hacían gala de esa maravillosa ingenuidad que emana de la infancia. Con una pequeña diferencia. Ayose tenía cinco años; Adolfo, treinta y cinco.

MARGEN EASP, el proyecto de una vida. Estudiar Magisterio no sirve de mucho. Cuando tienes ganas de ejercer y estás completamente ilusionada, no encuentras trabajo. Cuando te llaman para sustituir, ya no quieres porque has encontrado otra forma más gratificante de buscarte la vida. Creatividad, that is the question. Y, de nuevo, Adolfo. Siempre cerquita. Que quiero participar, que hago un cursillo de Corel, Freehand, Illustrator,... que lo mío es vocacional, que tengo muchas ideas, que te voy a sorprender, que no me hagas esto. Vale. Dios mío, qué coñazo de hombre. Ding dong.

- Buenos días, vengo exhausto —Adolfo jadeaba con cierto dramatismo.
- ¿Otra vez caminando?
- Sí, es que no tengo ni un duro.
- Claro, todas las noches de marcha. ¿Dónde están las siete mil que te di ayer?
- Tuve que pagarle a la señora de la tienda. La tía ya tenía una mosca que no

veas. Por cierto, ¿tienes algo suelto? —sonrisa congelada de camino al salón.

— Sí, el pelo. Voy a peinarme —la ironía era otra de las virtudes de María—. Oye, estás hecho un guiñapo, refréscate un poco en el baño y pasa al despacho —Adolfo se quedó pasmado, ¡María se había fijado en él! Esto es buena señal, pensó—, ahora te explico el trabajito.

Cuando María decía *trabajito* dejaba bien claro el carácter de la tarea que tenían por delante. Bien por el volumen, bien por la complejidad y, en el peor de los casos, por ambas cosas a la vez, se trataba de un temido proyecto del Bloque A. Los trabajos de MARGEN EASP se estructuraban en tres grandes niveles, según el resultado de un interesante estudio llevado a cabo por la jefa. El Bloque C era el más *light* y en él se encontraban los *trabajitos* cotidianos de andar por casa: una cuña radiofónica, un anagrama, el diseño de entradas para conciertos, un anuncio de periódico, etcétera. El Bloque B requería una mayor dedicación: pequeñas campañas de radio, de televisión, prensa, una sintonía para un programa o para un producto o vallas, por ejemplo. El bloque A estaba compuesto de campañas integrales de audio y vídeo para grandes empresas, el verdadero sustrato económico y laboral del invento. A ella, los encargos le llegaban a través de dos vías, directamente de los clientes o por medio de agencias de publicidad. Estructuraba la campaña, definía las formas y los contenidos y los ejecutaba a través de su red de profesionales: músicos, compositores, letristas, dibujantes, diseñadores, realizadores, productoras. Un sistema de satélites profesionales en torno al planeta EASP.

EL TRABAJITO

Campaña de lanzamiento de la nueva marca de ropa juvenil Tres en Raya

-Esquema básico-

- OBJETIVO:** Introducir el producto en el mercado con una imagen fresca y desenfadada, acorde con el sector poblacional al que se dirige.
- LEMA:** Tres en Raya, tú ganas / Moda, juventud, identidad: Tres en Raya.
- IMAGEN:** Producto nuevo, joven, canario, dinámico, sorprendente.
Al alcance de todos los bolsillos.
Amplia variedad de modelos unisex.
Basado en la vestimenta tradicional canaria.
- COMPLEJIDAD:** Bloque A.
- SOPORTES:** Televisión, radio, prensa, revistas, vallas, cartelería.
- PROMOCIÓN:** Presentación oficial, apoyo a conciertos de música joven, promoción en grandes almacenes y zonas comerciales.
- RECURSOS:** Textos, sintonía identificativa, logotipos extendido y condensado, confección de anuncios, carteles y vallas.
- LANZAMIENTO:** 15 de mayo.

— A que es bonito.

— Cojonudo, tía. Todo un reto —Adolfo releía una y otra vez el esquema con ojos ávidos. Por fin, la oportunidad que tanto había esperado—. Es emocionante, creo que incluso ya tengo la idea para el logo.

Sabía que había llegado el momento. Se había pasado media vida suplicándole a María una oportunidad, un reto en el que pudiera dar rienda suelta a toda su creatividad y demostrar su auténtica valía. Ella nunca se había fiado y había ido postergando la respuesta a la petición cursada todo lo que había podido. Incluso le había propuesto en alguna ocasión, al principio, que en lugar de diseñar se dedicara a escribirle textos publicitarios, pero él se negó en redondo aduciendo que escribir era algo muy serio y que no iba a poner su talento literario al servicio de la actividad más agresiva y alienante de la sociedad de consumo y el capitalismo feroz: la publicidad. María no entendía qué diferencia ideológica podría haber entre escribir y diseñar, pero aceptó las reticencias de su amigo, si bien le advirtió que diseñando no se iba a comer demasiados roscos: ni en el capitalismo, ni el comunismo, ni en cualquier otro sistema que pudiera inventarse; ofreciéndole desde entonces sólo las tareas más insulsas y mecánicas en cada proyecto. Sin embargo, llegó un momento en que Adolfo se le plantó. Se lo había dejado muy claro: o me das el trabajo central de una campaña, o me largo. María se había tomado la cosa a broma en principio, le había hecho gracia el planteamiento tan infantil y desproporcionado de su amigo, pero Adolfo iba en serio. Por otro lado, y contrariamente a lo que ella podía suponer, su evolución profesional estaba siendo satisfactoria. Proyecto a proyecto, partiendo de lo más simple hasta alcanzar cierto grado de complejidad, maduraba y se afianzaba. No era un genio, pero ya casi dominaba la técnica y no tenía malas ideas. A ella le había llegado a sorprender alguno de los últimos diseños de su amigo-empleado y, por fin, ese día, animada por la relativa calidad adquirida y por el remedo de preaviso de huelga que le había presentado, se comprometió a reconocerle los méritos adquiridos. Le había prometido el máximo protagonismo en el próximo trabajo de MARGEN, pero no esperaba que fuera un proyecto de esta envergadura.

— Tú no vas a hacer el logo, Adolfo —María intentó suavizar al máximo la

sentencia, pero a pesar de ello era consciente de que a él le sentaría como una patada en el trasero. No quería correr riesgos, conocía las capacidades y los límites de su amigo. También podía haberle toreado. Prepara unos bosquejos, haz unas pruebas, mira las de Maxi,... a sabiendas de que no se iban a ajustar a lo que necesitaba. Pero eso sí que le parecía una putada y darle razones a Adolfo para montarle una merecida bronca. Además, esa estrategia ya la había empleado en otras ocasiones y, al final, siempre acababan igual, discutiendo. Lo tenía claro—. Lo siento, ya se lo he encargado a Maxi y su gente.

Se había quedado corta. Más que una patada, Adolfo sintió que le aplastaban la cabeza con un pisapapeles macizo en forma de corazón. Una mezcla de frustración, bochorno, desengaño y rabia se apoderó de sus centros neurálgicos. Una promesa era una promesa. En ese instante, se sintió especialmente humillado. Con la vista nublada, el pulso acelerado y la salivación in crescendo, el diseñador-amigo-enamorado herido se levantó de la silla y comenzó a dar vueltas por la habitación, gesticulando.

— ¿Qué? Repítame eso, por favor.

— El logo lo va a hacer Maxi —María se había preparado para la tormenta y llegado el momento no quería correr en busca de refugio—. Creo que es lo mejor para todos.

— Un momento, un momento... ¿Lo mejor para todos? Vamos, vamos. Será lo mejor para ti y para el buitre ése de Maxi. ¿Quién ha estado contigo desde el principio, sacándote las castañas del fuego? ¿Eh? Creo que ya es hora de que me valores un poco más. He aprendido mucho en todos estos años. Ésta era mi oportunidad. Me lo merezco, tía. Me lo merezco. Joder.

— Está decidido, Adolfo, por favor, no montes el número. Relájate. Tú trabajas muy bien, cada vez mejor, pero para este proyecto necesito a alguien más experimentado, con total garantía —lo estaba dejando, pero en aquel instante la dependencia físico-psicológica pudo más que su voluntad y encendió un cigarrillo—. Tú te ocuparás de las composiciones para prensa, que no es moco de pavo.

— ¿Moco de pavo? Dame un cigarro —Adolfo también lo estaba dejando. Desde

hacia cuatro años, más o menos—. ¿Moco de pavo? ¿Quién quiere moco de pavo? Yo quiero los logos. No puedo creer que sigas sin confiar en mí. Ni siquiera has intentado engañarme como otras veces, pidiéndome un esquema para ver mis ideas. Eso sí que lo hubiera entendido. Si no te gusta, vale. Pero es que ni eso —Adolfo no se percató de nada, pero en esos momentos, las pupilas de María se dilataron al máximo en una reacción lógica a un proceso natural de incredulidad, cabreo y autocontrol. ¿Será posible?.

— No es cuestión de confianza. Mira, no empieces a mezclar las cosas. Esto es estrictamente profesional. Ya te lo advertí en su momento.

Sólo fueron unos segundos, pero a ambos les pareció una eternidad. El silencio cayó como una losa y selló el despacho, el aire se volvió irrespirable. No se miraban. Ella, con los codos sobre la mesa frotándose la frente con ambas manos. Él, apoyado en la pared con los ojos cerrados. En aquel instante, todo era humo. El aire, los cuerpos, las cortinas, la alfombra, el amor, la amistad, el trabajo, la relación,... Parecían una pareja de culebrón de escaso presupuesto. Él, Adolfo José, amante imposible y atormentado; y ella, María de las Mercedes, víbora de las alcantarillas inundadas de excrementos. Se miraron... y ¡flash!

— Bueno, ya está bien. Voy a abrir la ventana.

— No, déjalo. Me voy.

— Adolfo, por favor, no seas niño.

— Ése es el problema. Siempre me has visto como un hermano menor o como un hijo, y te llevo unos años, guapa. Nunca me has tomado en serio. Te aprovechas de mí y punto.

— ¿Quién se aprovecha de quién? Mira, Adolfo, vamos a dejarlo ahí, por favor. No quiero discutir contigo. Acepta las cosas como son.

— Y te digo más. Ahora mismo me voy a la oficina de IMAGEN y voy a aceptar la oferta que me hicieron el mes pasado.

— Adolfo —María ya sabía que, llegado este punto, lo mejor era ponerse la mantilla y asumir el papel de madre comprensiva y tolerante.

— ¿Qué? ¿Sorprendida?

— Adolfo —el tono de María era tierno y conciliador.

— No me vengas ahora con curruquitos y chorradas. Me tienes harto y te vas a enterar de lo que valgo. ¡Que te den!

— ¡Adolfo!

Hay varias formas de salir de una casa y otras tantas de cerrar una puerta. María comprendió que su amigo estaba realmente atacado cuando escuchó el golpe y vio cómo caía al suelo la marina que exhibía en una de las paredes del salón. Adolfo, Adolfo. Dios mío...

Capítulo IV.

TEMA 3. Triana Street (Instrumental)

El coche que Loco se había agenciado, un escarabajo de cuarta mano, estaba aparcado a la altura del teatro, a unos cien metros del pub. Adolfo no se lo pensó dos veces ante la invitación de su compañero de mesa. La coca me mantiene activo, tío, me da otra dimensión de las cosas. Dos en raya, pensó. Ésta sí que sería una buena campaña.

— ¿De qué te ríes, chico?

— Nada, nada. Cosas mías.

— ¿Un chiste? ¿Algún problema?

— Nada que no se pueda arreglar con una tarjeta de crédito y un billete de mil pelas. ¿Tienes alguna de las dos cosas? — Loco le dio lo que le pedía—. Eres un tío afortunado. Al final, todo es dinero, hermano.

— Filosofía de madrugada. Una de las asignaturas de la vida.

— Sí, pero sin convalidar.

De regreso, Gatos Pardos, vodka verde y ron añejo con cola. La mesa del fondo, intacta. Milagros de la nocturnidad o trucos noctambulescos. Copas casi vacías que marcan un territorio que nadie se atreve a profanar. ¿Ésos se fueron, vuelven o qué? No sé. Bueno, da igual. ¿Tú qué tomas?

— Oye, ¿y cómo está María?

— Bien, bien. Un poco de los nervios por la nueva promoción que le han encargado.

— Eso es tremendo, chico —Loco apuró su cubata y arrugó el rostro—. Aaaaah, sí que está fuerte esto . Está bien la idea ésa de unir lo guanche con lo moderno en la ropa.

— Qué sabrás tú de guanches.

— Y tú de modernos.

— Que no es de guanches, Loco —vodka verde fresquito—. Son elementos de la ropa tradicional. Yo qué sé, un fajín, un chaleco, un sombrero.

— Ya sé, ya sé, chico.

— Al final, todo se comercializa —vodka limón: la mezcla de alcohol y droga comenzaba a producirle ciertas alucinaciones gustativas—. Nuestros valores, la tradición, el vodka...

— Estás tú fatal hoy, Dolfi, ¿qué te pasa?

— María no me quiere dar el diseño del logotipo, sólo la composición de los anuncios para la prensa —un sorbito de vodka de chocolate.

— Vaya.

— ¿Y a ti?, ¿te ha encargado algo, Loco? —vodka tutti frutti.

— Eh... no. No, no... a mí nada, chico.

Triana Street era una especie de polka coñona y pizpireta en versión celta con armonía muy abierta. Uno de los muchos experimentos étnicos sonoro-culturales que tanto proliferaban por esos días en los escenarios de la capital. El público se lo pasaba en grande con la recreación instrumental de uno de los géneros más divertidos del acervo tradicional canario y acompañaba con palmas el contratiempo característico de la pieza. En sustitución de la voz, saxo tenor, guitarra semiacústica, piano y flauta travesera se enmarañaban en un sinfín de solos libres y superpuestos que elevaban el ambiente de un recinto que se iba caldeando poco a poco. Justo el momento en el que las miradas comienzan a cruzarse, las conversaciones a animarse, los músicos a soltarse y los vodkas a dejar de tener color... y sabor.

— Ponme otro, Luifer.

— ¿Verde?

— Da igual. Las ideologías han muerto.

— Amén.

Adolfo se sentía completamente derrotado. Derrotado y traicionado. Derrotado, traicionado y cada vez más mareado. Las palabras de Loco no hacían sino confirmarle algo que venía sospechando desde hacía ya algún tiempo. ¿Cómo iba a saber el maldito cubano de ojos verdes —porque Loco tenía los ojos verdes— que lo de Tres en Raya iba de ropa juvenil basada en elementos tradicionales si no había hablado con María de ello? “No, no... a mí nada”. Mentira. Loco se la está tirando. Eso es seguro. Ahora está todo claro. Clarísimo. Amigo se hace llamar. Je, amigo —pleamar de vodka garganta adentro, quemando tejidos, carne, músculos y arterias y precipitándose como un meteorito envuelto en llamas en el estómago. Sintió una acidez terrible—. Amigos como éstos son los que te empujan al precipicio, los que te ayudan a hundirte en la miseria, los que te venden por dos duros o por menos, si tienen ocasión de hacerlo. Nunca debí fiarme de él, y aún menos de ella. Vaya con la parejita. La zorra de María sigue haciendo de las suyas. No sé que habré visto yo en esa mujer que sólo repara en mí cuando está dispuesta a hacerme daño. ¡Y ahora con el cubano de los cojones! Sintió unos enormes deseos de levantarse y propinarle un puñetazo a Loco en toda la mandíbula, pero se sentía demasiado abatido incluso para incorporarse. Apoyó la cabeza en la mesa y cerró los ojos. Repentinamente, un recuerdo fugaz pasó por su mente haciendo que abriera sus párpados llenos de humo y sudor de par en par. Eh... Mi herencia secuestrada. Una imagen turbia se apoderó de sus pensamientos, para poco a poco irse definiendo y aclarando. Éxtasis Total II. ¡La caja del abuelo!

TEMA 4. Golpe de suerte

En el amor jugué a ganar

y hasta ahora no vi la victoria.

Qué mala racha-a-a.

Mi corazón se moría entre anhelos

*hasta que te conocí.
Porque tu amor
ha sido para mí
un golpe de sue-erte-e-e
y ya no juego más
pues no quiero perde-e-erteeee.*

México y Cuba y Canarias y Holanda y Sudáfrica... La ONU musical incendiando un escenario al que Adolfo ya no miraba. La caja del abuelo. Claro. Ése sí que era un golpe de suerte. Adolfo salió del local sin despedirse. En su veloz huida le pareció escuchar que alguien le llamaba, Loco probablemente. Flotando, volando, sin saber muy bien cómo se encontró revolviendo en el trastero de su casa. La dichosa caja verde —también, qué cosas— del abuelo. Cuántas veces no me la topé mientras buscaba la mochila o el saco de dormir o las fotos del instituto. Y ahora que la busco, nada. Sudaba y tenía la boca pastosa. La emoción del encuentro le obsesionaba. Por un momento asumió el papel de perro escarbando en busca de un hueso enterrado días atrás. Ropa, libros, trastos inútiles. ¿Cómo se podía guardar tanta mierda en un sitio tan pequeño? De pronto, se paró en seco. Allí estaba. Enterrada en polvo y con la tapa un tanto aplastada. La caja, la condenada cajita de cartón del abuelo. ¡Bingo!

Capítulo V.

Afortunadamente, la marina no había sufrido mayor daño. Uno de los vértices del marco de madera que la sostenía se había astillado, pero nada más. María volvió a colgarla en la pared salmón claro del salón y regresó al despacho. Se sentía mal, muy nerviosa. La escenita con Adolfo le había dejado un mal sabor de boca. Telefonó a Loco y le puso al tanto del proyecto, pidiéndole que comenzara a trabajar en una sintonía y una canción que sirvieran de base a la campaña.

— Es simple. Debe reflejar la misma filosofía que envuelve toda la promoción. Búscate a alguien que te asesore sobre los ritmos tradicionales de aquí y después márcate algo lo más moderno posible. Tiene que ser algo ancestral, chácaras, tambores,... No sé, escúchate a Taburiente o algo así, seguro que te vienen ideas a la cabeza. Pero, ojito, tiene que ser algo completamente distinto. No me copies, ¿vale? La letra de la canción ya la trabajaremos juntos, pero vete pensando algo. Recuerda los posibles lemas: Tres en Raya, tú ganas; y Moda, juventud, identidad: Tres en Raya. Nos vemos esta noche. Un besito.

Marcó el número de Maxi, pero comunicaba, así que decidió salir a buscar a Ayose a la guardería y comprar algunas cosas para hacer la comida. ¡Mujer trabajadora! ¡Otro invento machista! Trabajamos el doble o el triple y encima tenemos que demostrar que somos capaces. Antes de salir, volvió a recordar la discusión con Adolfo. A lo mejor me pasé un poco. Ese hombre... No se puede mezclar la amistad con el trabajo, es una norma básica, pero ¿qué puedo hacer? Tampoco me siento capaz de dejarlo en la estacada, al fin y al cabo, llevamos mucho tiempo juntos y él se esfuerza en progresar. Alguien debería darle una bofetada para que despierte de una vez, pero ésa no voy a ser yo. Si lo hiciera, pensaría que es producto de otro de mis ataques de cólera o simplemente el

enésimo síntoma de mi empecinada manía por hacerle sufrir. Es un chiquillo. Y yo no soy su madre. Lo que menos necesito ahora es otra discusión sin sentido.

Una hora después, María estaba de vuelta. Tras cambiar al niño y ponerle uno de esos vídeos de la colección Disney que Adolfo le había regalado y que al pequeño tanto le alucinaban, se tendió en la cama. No tenía fuerzas para nada. Se había pasado casi tres cuartos de hora en la carretera para buscar a un niño que estudiaba a sólo tres calles de allí. No tenía que haber cogido el coche. Maldita sea, ¿es que hoy todo me va a salir mal? Mujer tenía que ser. Tu madre, capullo. El maldito taxista se había saltado un stop y todavía pretendía que ella tuviera la culpa. Si me llegas a rozar, te enteras, peseta. Golfa. ¡Venga! ¡Alegría! Tres en Raya. Asensio. Adolfo. Ayose. Loco. Maxi. El tráfico. Un logo. Una sintonía. Un proyecto. Una campaña. Una marina. El tabaco...

— Elena, por favor, ¿puedes venirte? Sí, sólo es hacer la comida y llevarte a Ayose al parque. Gracias, mi amor.

Elena era su chica para todo. Su soporte de madre y ama de casa imperfecta. Vivía seis pisos más abajo y estudiaba COU. Le encantaban los niños y se ganaba algún dinerillo ejerciendo de canguro. Desde que Adolfo abandonó las tareas de institutriz en la casa de María, Elena se había convertido en una segunda madre para el chico. La cada vez más intensa actividad de María y la predisposición natural de Elena para las artes del hogar, como ella lo llamaba, habían hecho que poco a poco se fuera transformando en una compañera indispensable y que pasara buena parte del día y de la noche en casa de su vecina. Por otro lado, Elena se iba haciendo con un dinerillo que ahorraba con esmero para el día que tuviera que ir a la universidad. En realidad, no estaba demasiado ilusionada con la idea de seguir estudiando, pero el empeño de Berta —su madre— y los consejos de María le habían animado a intentarlo. Haría empresariales, sólo por chingar a Berta, que estaba obsesionada con la idea de que la chica estudiara Medicina. María le sugería que estudiase algo que realmente le gustara. Sabiendo de su debilidad por la infancia, le había propuesto cosas como pedagogía o pediatría. Pero ella lo tenía bastante claro.

— ¿Tú que estudiaste, María?

— Magisterio.

— ¿Y te sirvió para algo?

— No, pero me gustaba.

— ¿Y lo que haces ahora no te gusta?

— Sí, me encanta.

— Pues ya ves qué chorrada, perder tres años para nada.

— Mujer, para nada, para nada, no.

— ¡Para nada! Mira Nayra Esther, la del segundo, cinco años estudiando periodismo en Madrid y ahora está de secretaria de un concejal carca del Ayuntamiento.

— No es secretaria, es asesora de imagen.

— ¿Y qué más da? Lo que a ella le hubiera gustado es hacer reportajes, entrevistas y cosas así.

— ¿Y tú qué sabes? ¿Está ya la comida? —Elena preparaba una de sus especialidades, espaguetis a la boloñesa.

— Ya falta poquito. Mira, María, Yo lo que quiero es ser madre.

— Ser madre no es una profesión.

— ¿Segura?

Las risas continuaron hasta después del almuerzo. Mientras Elena recogía la mesa y discutía de algo intrascendente con Ayose, María se fue a su cuarto dispuesta a darse una cabezadita. Necesito dormir. Las tres, bueno, una horita nada más. Luego llamaré a Maxi, todo tiene que estar en marcha hoy.

María se desnudó y se metió en la cama. La frescura de las sábanas y la elasticidad de la almohada provocaron que un sueño tibio y lento se afuera apoderando de ella. Cerró los ojos y se perdió en un paisaje remoto de valles preñados de verde y barrancos profundos bañados por un sol diáfano y voluptuoso. Estaba en lo alto de una roca y desde allí divisaba el perfecto contorno de una isla bella y virgen de tiempo. El silencio, roto sólo por alguna voz distante y por los trinos de las aves, le besaba el rostro y le hacía sentirse plena, distinta, serena. Ya había estado allí alguna vez, quizás en otro sueño. Tocó el aire con los dedos y aprendió la primavera. Besó una flor, y reconoció en ella

la tersura y el fragor de la laurisilva. Respiró, y bebió siglos de dulzura mezclados con aroma a musgo, a helecho, a laurel, a viñátigo, a poleo y a palo blanco. En el horizonte, el cielo y el mar se confundían en un abrazo azul intenso e infinito. En su nariz se mezclaron entonces también el olor de la tierra y la sal, la brisa y la hierba, el espacio y el tiempo. Aquel era su reino. Había regresado una vez más para revivir su misterio de diosa aborígen, para reencontrarse consigo misma y con los elementos fundamentales de su esencia, para sanarse de la cotidianidad y de la tragedia de ser sólo un punto en un plano un solo instante. Para olvidarse de andar un solo camino, de ser una sola materia, de ser María madre cariñosa y jefa inflexible en MARGEN EASP. Abajo, en la llanura, escondido y roto como siempre también, un hombre acechaba su bello y enigmático contorno de hembra-semilla, hembra-pantera, hembra duna y hembra playa.

María, que ya no se llamaba María, sino Aíram, se sintió catapultada por el viento y se notó descendiendo hacia el abismo en un vuelo de luces y sombras en dirección al mar. Rozó todas las superficies, como un guirre libre y salvaje que recorre su territorio, orgulloso de su guerrera soberanía. Primero fue el agua, luego la arena, el trigo, el bosque y la montaña, para acabar adentrándose en un mar de nubes de terciopelo inmaculado que vertió en su piel miles de gotas de celeste rocío. Se dejó mecer por los alisios y retomó el camino hacia la roca, no sin antes sumergirse en las fuentes heladas que se abrían de vez en cuando allá abajo, entre las piedras.

El hombre seguía allí, pero ya no la miraba. Se encontraba tumbado boca abajo y en postura de adoración, con los brazos extendidos hacia delante, bajándolos y subiéndolos rítmicamente. Aíram estuvo a punto de reírse, pero pensó que eso no estaría bien visto en una diosa. Extendió su mano derecha y lanzó un rayo de luz sobre su enfervorizado devoto. Éste alzó la mirada, pero volvió a bajarla inmediatamente. Aíram repitió la operación y el individuo se incorporó lenta y tímidamente. A través de una emisión telepática, Aíram le preguntó su nombre. Notó que el hombre sacudía la cabeza incrédulo. Era la señal de que el mensaje había llegado y la constatación también de que iba a tener que repetirlo.

— Sí, soy yo. ¿Cómo te llamas?

Volvió a mirarla. Oflo da es mi nombre, gritó, y volvió a bajar la cabeza.

— Mirame —Oflo da obedeció—. No hace falta que hables. Sólo con pensar lo que vas a decir y tener intención de comunicármelo, ya me llegan las palabras.

— ¿Eres tú el Espíritu de la Luna y de la Fecundidad? —lo largó así, de sopetón, como si hubiese guardado esa pregunta en su boca toda la vida.

A Aíram no se le había pasado por la cabeza asumir la personalidad de ninguna deidad en concreto, pero aquélla le parecía bien.

— Sí, ese espíritu soy.

El hombre comenzó entonces a emitir unos sonidos rítmicos y lastimeros y a danzar alrededor de sí mismo. Aíram quedó sorprendida por el arranque de Oflo da y pensó que se trataba de alguna ceremonia ritual. Lo mejor sería dejarlo acabar. El hombre finalizó el baile dejándose caer al suelo de rodillas y emitiendo un desagradable y profundo sonido gutural. Aíram volvió a reclamar su mirada. Fue entonces cuando recaló en su rostro. Se había transformado. Los rasgos primitivos habían desaparecido de su tez y ahora tenía la cara de... de... ¿de Adolfo?

Los sueños son el territorio de la metamorfosis. En ellos, la realidad se maneja a su antojo y va transformando todo lo que toca. Es el imperio onírico, donde lo cierto y lo imaginario copulan sin descanso engendrando un sinfín de imágenes que también son ciertas e imaginarias a la vez, liberándonos del peso de la conciencia plena de la vigilia y reconstruyendo, imagen a imagen, todo nuestro universo físico y mental. En este sueño de María, como en tantos otros, las mutaciones se producían sin sobresaltos, sin traumas. Aíram ya no hablaba con Oflo da, sino con Adolfo. Un Adolfo aborígen que la adoraba como a la diosa que siempre fue.

— ¿Qué bailabas?

— Oh, es un ritual de bienvenida divina y agradecimiento. Lo ejecutamos en mi tribu antes de cada ceremonia.

— Lo haces muy bien.

— Es que me preparo para ser faycán —el joven no pudo reprimir levantar sus hasta entonces alicaídos hombros en señal de orgullo, aunque pronto se arrepintió y

volvió a humillarse ante la dama.

Aíram sabía lo que era un faycán. El noble que regía los destinos religiosos y mágicos de la tribu en las primitivas sociedades aborígenes de Gran Canaria. Magia. Aquello sí que le interesaba. A pesar de ser una atea militante y una escéptica empedernida, el más allá siempre le había despertado cierta curiosidad. De joven, era una fanática devoradora de libros de ficción y programas esotéricos. Ahora esos temas simplemente le llamaban la atención.

— Faycán, vaya, eso debe de ser fantástico.

— Eso también pensaba yo, pero lo cierto es que he perdido la confianza en mis posibilidades y con ello la ilusión.

— ¿Y eso?

— He intentado seguir el código paso a paso, cumplir todos y cada uno de los preceptos que muestran el camino hacia la luz, pero todo ha sido inútil, a medida que se iba acercando el gran día, mi mente se fue volviendo más torpe y mi ánimo más cobarde. Hasta este momento creía que en mí no habitaba el espíritu de la noche. Mañana tengo que pasar la prueba y dicen que es una experiencia terrible, en la que puedo llegar a perder la razón e incluso la vida. Pero ahora sé que Acorán, mi dios supremo, está conmigo, porque ha enviado al Espíritu de la Luna y la Fertilidad a protegerme —y comenzó a danzar otra vez.

— Espera un momento, ¿qué se supone que tengo que ver yo en todo esto?

— Oh, bastaría que me insuflaras un poco de tu aliento para que mi espíritu se hiciera fuerte como una roca y mi mente clara como el amanecer. Sería indestructible.

El hombre le estaba pidiendo una ayudita, algo así como un tráfico de influencias sagrado que le permitiera acceder a una clase superior dentro de su grupo. Vaya, otro espabilado, pensó. ¿Por qué los hombres siempre le pedían que les sacara las castañas del fuego? ¿Tendría pinta de samaritana, de idiota, de Madre Teresa de Calcuta? Pensaba que en esa época los machos serían distintos. Valientes, arriesgados, fuertes, activos. Pero, al menos en su sueño, las cosas estaban exactamente igual. De cualquier forma, no estaba dispuesta a proteger a aquel individuo que, para colmo, tenía cara de Adolfo.

No tuvo que buscar durante demasiado tiempo la excusa perfecta, de algo tenían que haberle valido todas aquellas lecturas mitológicas y fantásticas de sus años de instituto. Las relaciones hombre-divinidad no le eran del todo desconocidas y adoptó un aire de superioridad divina dispuesta a emitir una clara y dura sentencia.

— Tienes que enfrentarse solo a tu destino. Como sabes, no me está permitido interferir en los asuntos de los humanos. Tu auténtica valía sólo podrá demostrarse si superas la prueba haciendo uso exclusivo de tus propias armas. Ten valor, cuentas con todo mi apoyo inmaterial, ten fe en tus posibilidades. Mira dentro de ti, seguro que encuentras algo en lo que hasta ahora no has reparado. Un don, un arma secreta que te posibilite el acceso al nuevo plano de existencia que ansías. Si te convences de que eres capaz, pasarás con éxito ese amargo trance. Si no, perecerás en cuerpo y alma por no haber sabido administrar ni descubrir tus cualidades. Así es la prueba y así son las leyes de los dioses y de los mortales. Ésta es mi respuesta —Aíram se sorprendió de la cantidad de tópicos que había logrado acumular durante su existencia.

Era mañana y era de noche. Los sueños juegan así también con el tiempo. Aíram seguía en lo alto de la roca y contemplaba a un hombre aterrorizado corriendo barranco arriba seguido por cientos de perros que le lanzaban fieras dentelladas. La fatiga, la ceguera en la sombra de la noche, la aspereza del terreno y el ruido ensordecedor que provocaban en la quietud los voraces ladridos de los canes hacían que el aprendiz de faycán perdiera metro a metro la batalla. Así era la prueba, un desafío a las leyes materiales y espirituales. El aspirante debía combinar sangre fría, orientación, disciplina, inteligencia, poder físico, fe e intuición para superar a sus perseguidores y descubrir el lugar en el que se hallaba el bastón dorado, una vara de acebuche con poderes sobrenaturales, ante la cual los perros se postrarían y retirarían, y el hombre se convertiría en iniciado. Un cayado mágico del que ya jamás se separaría el afortunado. Sin embargo, esa noche las cosas no iban bien. El joven-cara-de-Adolfo sangraba ostensiblemente debido a las múltiples heridas que se había abierto en la escalada. La jauría le pisaba los talones y su mente estaba tan embotada que no le servía para nada, salvo para sentir miedo, un miedo terrible, atroz. Aíram dejó de mirar. La escena le parecía cruel y se

arrepentía de haberle negado la ayuda que reclamaba. Se tapó los ojos con ambas manos y giró la cabeza. No podía seguir mirando aquella carnicería. Oyó un grito desgarrador. Al volver la vista, contempló una escena espeluznante, los perros habían dado caza al débil aspirante a sacerdote y lo estaban destrozando. Supo que él la miraba, suplicante, con lágrimas de dolor, impotencia y clemencia desesperada. Tenía que hacer algo. Al fin y al cabo, ése era su sueño y podía conducirlo a su manera. Aíram cerró los ojos e invocó a todas las fuerzas de la oscuridad. La Luna apareció radiante tras una nube y le bañó el cuerpo de estrellas. Entonces notó que algo tiraba de ella. Se resistió. Sus labios proyectaron un beso de plata que traspasó el aire dejando una estela diamantina tras de sí hasta penetrar en la boca del aborigen. No pueden impedir que le ayude. No pueden. La misma fuerza volvió a sacudirla hacia atrás con más ímpetu todavía. No pueden, no pueden, gritaba extenuada. De pronto, el sueño se quebró. Abrió los ojos y vio que la cortina estaba corrida. Estaba en su habitación y por la tibia luz que entraba a través de la ventana pudo intuir que la tarde se encontraba avanzada. Elena le tiraba del brazo comentándole algo acerca de las cinco.

— ¿Eh? ¿Qué...?

— Venga, arriba. Que aún te queda trabajo.

— Uf. Vale, vale, ya voy. Déjame un momento —Elena salió del cuarto y, por el olor que inundaba la casa, María supo que su vecina estaba preparando café. Ese café fuerte y espeso que a ella tanto le gustaba y con el que a Elena le gustaba obsequiarla al despertar. No recordaba casi nada del sueño, tenía la cabeza pesada y la boca pastosa. Por eso no le gustaba dormir la siesta—. ¿Las cinco? ¡Dios mío, Maxi!

Capítulo VI.

El abuelo de Adolfo por vía materna, Antonio Rodríguez, *El Tuerto*, como le llamaban por la secuela que arrastraba desde que sufriera un desgraciado accidente infantil, había sido un popular curandero en La Aldea hasta que la familia tuvo que trasladarse a la capital a finales de los años cuarenta. En aquella época, las diferencias entre curandero, sanador, brujo, santero o mago no estaban muy claras y la gente lo veía como una especie de hechicero que lo mismo era capaz de arreglar un mal de cabeza que de invocar al demonio en noches de luna llena. La magia, entonces, tampoco tenía color, ni blanca, ni negra. Simplemente magia. El carácter enigmático del personaje tampoco ayudaba mucho a esclarecer las dudas. Sin embargo, Antonio era respetado —y temido— y su vida transcurría sin problemas, plenamente integrado en una pequeña sociedad rural encerrada en sí misma. Los problemas llegaron con la dictadura. Antonio simpatizaba con los republicanos y, más concretamente, con los republicanos de izquierdas. Era la suya una simpatía intuitiva e interesada. En las tertulias de media tarde podía hablar sin tapujos de sus conocimientos y compartir sus ideas en un debate amplio y abierto. Le divertía esgrimir sus postulados esotéricos contra las tesis materialistas que con tanta vehemencia defendían sus compañeros, socialistas y comunistas en su mayor parte. No obstante, jamás militó en partido alguno y la política le parecía una pérdida de tiempo y energías que él no podía, ni quería permitirse. Al finalizar la guerra, la totalidad de sus contertulios había desaparecido y su posición había quedado en entredicho. Algún celo que otro. Alguna envidia. Algún rencor de juventud. Alguna deuda pendiente. Una denuncia anónima de prácticas de masonería y de brujería —de cuyo origen El Tuerto estaba plenamente convencido— hicieron que la familia Rodríguez cayera bajo sospecha. Poco a poco, el pueblo fue dándole la espalda y Antonio y los suyos se vieron

en la necesidad de cambiar de aires. No fue fácil. El primer Rodríguez había llegado a aquel lugar hacía ya siete generaciones. Se sentían parte del paisaje, de la tierra; pero el temor a posibles represalias pudo más que dos siglos de identidad familiar. Seis meses después, un conocido falangista de la zona moriría a causa de una extraña enfermedad que le fue carcomiendo el cerebro poco a poco. Los médicos decretaron algo parecido a un tumor maligno, aunque no lo tenían muy claro. Antonio nunca tuvo noticias de esa muerte. Tampoco le hacía falta.

El Tuerto se convirtió en obrero de la construcción en un abrir y cerrar de ojos. El trabajo físico no le era desconocido, pero tuvo que esforzarse lo indecible para adaptarse a horarios y regímenes laborales. Sus conocimientos de hierbas y estrellas quedaron colgados en la puerta de su casa y ya sólo los compartía con los más allegados. La familia guardaba celosamente un secreto que ya les había costado un enorme disgusto. Al llegar los nietos, las charlas del abuelo se convirtieron en el momento preferido por aquéllos en las veladas nocturnas. Historias de cuervos que hablaban en la noche cerrada, de terribles asesinatos en los pinares, de mujeres que danzaban en la oscuridad completamente desnudas invocando al diablo, cómo enamorar a alguien que se resiste echándole algún potingue en el café, las hogueras de San Juan, la luz que te persigue por el valle, el hombre-pezu que te espera en la playa para arrastrarte al fondo del océano y devorar tu corazón,...

Adolfo era el alumno más aventajado. Miraba al Tuerto estupefacto y escuchaba sus leyendas sin pestañear. Aunque durante algún tiempo lo intentó, Antonio nunca logró que ninguno de sus descendientes se interesara en aprender los conocimientos que atesoraba. La madre de Adolfo había heredado algo de la clarividencia de su padre, pero, atemorizada por los hechos ocurridos en La Aldea durante su adolescencia y aconsejada por su madre, jamás quiso iniciarse en la doctrina de lo intangible, evitando, además, por todos los medios que ningún otro miembro de la familia llegase a recoger el testigo del anciano. Podría decirse que la ciencia de Antonio *El Tuerto* murió con él una triste mañana de noviembre. Se había encariñado de manera especial con su nieto más joven y una semana antes de morir, cuando ya se encontraba postrado en el lecho

de muerte aquejado de una terrible neumonía, llamó a Adolfo a solas y le hizo entrega de una caja verde de cartón atada con una cuerda.

— Algún día, esta caja te abrirá las puertas del mundo.

Tardó más El Tuerto en entregarle el recipiente, que su madre en arrebatárselo y guardarlo bajo llave en su dormitorio.

— Pero, mujer, ¿qué daño le puede hacer al niño? —su padre siempre fue un colega.

— No, más adelante. Ya tendrá tiempo de jugar con estas cosas, si le apetece.

Adolfo llegó ese día a dos importantes conclusiones: que las lágrimas servían cada vez menos para obtener lo que deseaba, y que las mujeres eran unas mandonas. Un mes después, ya no se acordaba de la caja. Y así siguió durante mucho tiempo. Luego vino el instituto, las pandillas, las asambleas y manifestaciones, *El Capital*, Marx, Engels, Bakunin, La Laguna, Secundino, Cubillo, PCE, PCU, UPC, PSOE... y María. Ni se inmutó cuando descubrió que su madre le había rebajado la condena al paquetito y lo había confinado al trastero. Si para mi madre ya no eres peligroso, para mí menos, llegó a afirmar en una de sus tantas incursiones al cuarto de los trastos. No volvió a acordarse de la frase de su abuelo ni de la caja prohibida hasta aquella noche de derrota invernal y siberiana, casi Gulag, de nieve y vodka, en el Cuasquías.

Capítulo VII.

Con sólo tocar la caja, Adolfo notó que su capacidad de percepción aumentaba notablemente. De pronto era consciente de todo. En su mente se agolpaban miles de ideas, visiones y sensaciones en una suerte de revoltijo irracional que llegó a marearle. Poco a poco, se fue concentrando en una de esas impresiones. Como a través de la niebla, veía a María charlando con una pareja de amigos en una terraza. Se esforzó un poco más. Llevaba un traje negro ceñido y escotado de verano. Ese traje que a él tanto le gustaba. Ese disfraz de pantera lunática que realzaba sus volúmenes y la dotaba de fuerza y misterio. Era de noche. Era ahora mismo, y más que una terraza parecía el grupo de mesas que se hallaba en el exterior del Cuasquías. Ahora las imágenes le llegaban plenamente nítidas. Sí, era la entrada al local del que acababa de salir huyendo. Adolfo supo en ese instante que era capaz de percibir lo que estaba ocurriendo a varios kilómetros de donde se hallaba. Sintió un poco de miedo, pero estaba terriblemente excitado. Tan sólo coger la caja y ya estaban sucediendo cosas increíbles. Volvió a centrarse en la visión y supo que María besaba al matrimonio. Sí. Eran Juan y Aurora, dos actores que habían colaborado con MARGEN en algún spot y que formaban parte de un grupo experimental de escasa proyección en el también difícil mercado de la dramaturgia insular. María se despidió de sus amigos y penetró en el pub. Allí estaba Loco. En la misma mesa del fondo que acababa de compartir con él, finiquitando un cubata. Hola, cariño. ¿Qué hay, mi amor? Besito-morreo fugaz. Si lo sabía yo...

Adolfo soltó el paquete, que cayó al suelo emitiendo un sonido seco y estridente. Se fue al baño y se mojó la cara. Aquello era imposible. Volvió al trastero, recogió la caja y se dirigió al salón. Por el camino, de nuevo el cúmulo de visiones. Dejó el paquete en la mesita central y se sentó en el sofá. Contempló el demoníaco envoltorio durante

unos segundos sin atreverse a tocarlo. Vaya con el abuelo. Al final, no eran invenciones suyas todo lo que nos contaba. El cartón verde le atraía. Era magnético. Pero él optó por resistirse durante un tiempo para intentar aclararse. ¿Qué podría contener? ¿Una vez abierto ya no habría marcha atrás? Se debatía en un mar de dudas y la curiosidad por lo que ocurría en el Cuasquías iba en aumento. Puso un dedo sobre la tapa y al instante se encontró de nuevo en el local, junto a Loco y María, pero a él nadie parecía verlo. Magia. Pero eso eran tonterías. Recordó las veces que se había reído de las estupideces de Rappel, Jiménez del Oso, Expediente X, Karmen Pastora, Aramis Fuster y demás exponentes contemporáneos del género. Quiso poner a prueba la veracidad del elemento con que empezaba a tratar. Asió la caja con ambas manos y se concentró en la imagen de Ayose. Flash. Ya no estaba en el Cuasquías. Ahora se hallaba en la casa de María y podía observar al niño de ojos azules durmiendo como un bendito y a Elena, a su lado, leyendo unos apuntes. Sí, es Magia, pensó. Esto es magia negra, nigromancia, hechicería, encantamiento, brujería, mal de ojo... Polstergeist.

También notaba que mientras permanecía en ese estado, en contacto con la caja, se sentía fuerte. Una seguridad que no había notado jamás hasta entonces se apoderaba de él. Sabía que era capaz de cualquier cosa. Lo envolvía un halo tibio, una especie de coraza protectora e imaginó que algo similar debían de sentir los fetos en el útero materno. Fue entonces cuando decidió volver al Cuasquías.

— Es que no quiere entender. Lo que no puedo hacer es echarlo todo por la borda porque el niño quiere jugar a los diseños.

— Tú lo metiste en esto, así que no quieras ahora salirte por la tangente — Loco estaba visiblemente irritado. Tras el desconcierto que le produjo la atropellada e inesperada escapada de Adolfo, se había dedicado a beber como un poseso y a replantearse su relación con María—. Y creo que deberías contarle lo nuestro. Me siento mal cuando estoy con él. Como un traidor.

— ¿Y por qué no se lo cuentas tú, guapo? Mira que tienes morro —María tampoco estaba precisamente relajada. La discusión de aquella mañana le había descompuesto y pensaba que en Loco encontraría algo de comprensión y apoyo—. Son todos unos niños.

Además, fue él quien se empeñó en meterse en esto. Y hay cosas que no hace mal... pero no está maduro todavía para el trabajo.

— Bueno, ¿qué vas a tomar?

— ¿Tú que bebes? ¿Lo de siempre?

— Havana.

— Pues, venga, Havana.

— Vengo enseguida.

María encendió un cigarrillo y se sumergió en la música. No entendía nada. De la felicidad por el *trabajito* que le habían encargado había pasado en menos de doce horas a una situación terrible. Su mejor amigo, completamente arrebatado por la ira y en plan víctima del holocausto laboral y amoroso a la que ella le había precipitado. Su amante, por otro lado, pretendía ahora hacerse el corderito y achacarle a ella toda la culpa. La mala de la película. Eso es lo que soy. Entonces, se sintió observada. Era una extraña sensación que hasta ahora no había notado. Miró a su alrededor, pero no encontró respuesta a su inquietud. Sí, claro, estaban los clásicos mirones y alguna que otra amiga a la que saludó, pero no encontró esos extraños ojos que intuía. Desde la barra, Loco le dibujó una sonrisa. Ella le ignoró. Madre mía, estoy de los nervios.

Había una segunda sonrisa. Más páfida. Malvada. Adolfo dominaba la situación. Suya era la mirada que María notaba. Una mirada imposible de descubrir porque no estaba. Porque procedía de unos ojos que se encontraban lejos, en otro espacio. Una mirada etérea que se aferraba a un mágico bulto de cartón verde y que recorría la noche con la autoridad que dan los conocimientos del espíritu y la materia. Adolfo sonreía. Comparado con aquello, Internet era un juego jurásico. Eso sí que era navegar. En vivo y en directo.

TEMA 5. Arrebatado (Instrumental)

— ¿Qué te pasa? Te noto muy nerviosa —Loco llevaba en la mesa más de cinco minutos y María no había abierto la boca.

— ¿A ti qué te parece?

— Bebe un poco, al menos, a ver si te relajas. Lo único que quiero es que aclaremos la situación. Se lo decimos y punto.

— No, no. Será mejor que se lo diga yo.

— A ver si te aclaras, mi niña.

— Es que no quiero hacerle más daño. ¿Vale? Yo lo conozco mejor que tú. Así que deja que sea yo quien elija el momento.

— Pues a mí me parece que lo que tú no quieres es cerrarte puertas, romper el vínculo que te une a él. ¿De qué tienes miedo? Pues claro que le vas a hacer daño. Normal. Pero cuanto antes se lo digas, antes se le pasa.

— Tú no conoces a Adolfo.

Y tú tampoco, pensó el aludido, cómodamente instalado en el salón de su casa. En realidad, ni él mismo se reconocía en esos momentos. De repente, sintió unos deseos enormes de darle una bofetada a María, sólo por probar los límites de su fascinante experiencia. Pero su mano le atravesó la cara sin tocarla.

— Tengo frío. ¿No notas una presencia?

— ¿Una presencia? Noto muchas presencias. Estamos rodeados de gente.

— No, no me refiero a la gente. No sé, es otra cosa.

— ¿María?

— ¿Ju?

— Estás fatal de los nervios.

— Sí —sonrisa resignada—. Eso mismo digo yo.

Adolfo se preparó un bocadillo. Mientras comía, cómodamente instalado en el sofá, no podía dar crédito a lo que estaba viviendo. Sin embargo, era real. El Tuerto era un mago, un hechicero. Las historias que se contaban de él eran ciertas. ¿Cómo pude

dejar pasar la oportunidad de aprender de todos sus conocimientos? Mi madre. Mi abuela. Ellas impidieron un mayor acercamiento entre abuelo y nieto. ¿Por qué siempre las mujeres tenían que interponerse en mi vida? Digan lo que digan las feministas, vivimos en una sociedad matriarcal. Quizá los hombres aparentemos disponer de un mayor poder, pero son ellas las que manejan todos los hilos. A estas alturas, ya podría estar montado en el dólar, ser presidente de algo, un crack del fútbol tipo Ronaldo, una estrella del rock'n'roll, o, por lo menos, tener una línea 906 de consultas esotéricas. En realidad, no sé cómo funcionan estas cosas, si hay un código de honor para no excederte en tus poderes, si hay niveles,... Con la magia del abuelo... Pero no, la confabulación femenino-familiar dispuso que yo fuera un tipo normal. Y aquí estoy. Sin rumbo, colgado de María, hecho una piltrafa. Al menos, me queda esto. A lo mejor en el interior vienen todas las claves para convertirme en el perfecto brujo. La verdad es que casi me conformo con lo de las visiones. ¿Conformismo? No. ¡Se acabó! A partir de ahora voy a ser un tío su-per-am-bi-cio-so. Eso es. Dolfi-Adolfito-Adolfo acaba de morir. Ha nacido una estrella. Superadolfo.

Afortunadamente, el viejo creyó en mí. El único que lo ha hecho hasta ahora. Siempre fui su debilidad. Adolfito, me decía entre risas, eres la única persona que aguanta mis batallitas. Y me daba un caramelo de todos los sabores, una extraña golosina que tenía la capacidad de asumir el gusto que yo deseaba en cada momento. La única pena que tengo es que cuando me necesites de verdad, no voy a estar a tu lado. Yo no entendía nada, porque siempre que necesitaba una historia de miedo o un caramelo de todos los sabores, allí estaba El Tuerto para colmar mis aspiraciones. Él sí creía en mí. Más que en ninguno de mis hermanos o mis primos. Era el preferido, y a mí fue a quien le entregó la caja.

Adolfo se incorporó y volvió a tocarla. Sin embargo, no se produjo la reacción que esperaba. Ninguna visión le vino a la mente. Sólo un mensaje: Ábreme de una vez. Se quedó estupefacto. Sin embargo, sabía que era un profano en la materia y aceptó de buen grado la invitación, aunque le hubiera gustado seguir espiando a la parejita que discutía en el pub. Buscó unas tijeras. Cortó la cuerda atada alrededor y separó la

tapa.

En el interior de la caja, amén de un penetrante olor a humedad y algo de moho, no había más que un sobre amarillento y tres esferas de barro pintadas de blanco, con distinto número de dibujos en espiral grabados en sus superficies y pegadas a la base formando un triángulo equilátero. En el exterior del sobre se podía leer:

Para Adolfo Delgado Rodríguez,

de tu abuelo

CARTA DE ANTONIO 'EL TUERTO'

Querido nieto:

Parece que al fin te has decidido a dar el paso. Ya era hora. Nuestro reencuentro no ha sido, como suponía, nada fácil; cosas de la autoridad maternal. Sí, hombre, pues claro que sé que tu madre guardó la caja bajo llave nada más entregártela. No pongas esa cara. Conociendo a mi hija, no hay que ser adivino para saber que iba a hacer lo imposible por evitar que el contenido de este paquete llegara a tus manos. No la culpes. Como sabrás, nuestra familia sufrió mucho debido a mi relación con las ciencias ocultas. Eran otros tiempos y lo suyo era una lucha por la supervivencia. También sé que durante años me has tenido completamente olvidado. Tranquilo. También era previsible. Ningún adolescente en su sano juicio se detendría a rebuscar en el pasado, y menos en tu época, tan llena de cambios, tan empeñada en inventar el futuro. Lo que realmente importa es que, por fin, después de tanto tiempo, ya me tienes en tus manos.

Te preguntarás por qué te elegí a ti. La verdad, y no te lo tomes a mal, es que fue por pena. Eras el nieto más frágil, más indefenso, el de menos luces también. No, no quiero decir que seas tonto, sino que no posees las armas suficientes para enfrentarte a la vida. Es algo que se te veía desde chico. Estabas como apelmazado, en el aire. Había que soplarte en la cara para que prestaras atención. Soñabas despierto, peor, soñar despierto no es malo. Tú roncabas. ¿Me explico? Decidí que si había alguien que necesitara de mi ayuda, ése eras tú. También tenía que agradecerte de alguna manera que fueras el único en soportar íntegros mis relatos de La Aldea, aunque nunca llegué a tener claro si lo hacías porque te atraían o, simplemente, por tu estado permanente de enajenación. Por no moverte del sitio, vamos.

Probablemente, a estas alturas, seas ya todo un hombre. Estarás enamorado de alguien que no te quiere, no habrás encontrado un trabajo que te satisfaga, tus amigos te traicionan,... Debo decirte que, en cierto modo, eso es algo normal. Pero en tu caso, seguro

que es crónico. Y por eso te has acordado de mis palabras y de la caja. En estos momentos debes de estar pasándolo fatal. ¡Adolfito, ¡Adolfito! Sigues siendo un niño obsesionado con caramelos de todos los sabores.

Como para leer esta carta primero habrás tenido que abrir la caja, supongo que la habrás tocado, y supongo también que ya sabrás que mis conocimientos no eran pura charlatanería. ¿Qué tal lo has pasado? Siento decirte que los efectos del conjuro de visión sincrónica son limitados. Cinco o diez minutos. Conociéndote, podrías haberte tirado meses espionando a tus amigos sin abrir este paquete.

Bueno, entremos en materia. Junto a esta carta hay tres esferas blancas numeradas. Están hechas de barro, fabricadas por mí mismo, según una receta que ha pasado de generación en generación, según cuentan, desde antes de la conquista. Presta atención, porque ellas son la clave de tu felicidad... o de tu desgracia. No temas, la mayor desgracia es que sigas como hasta ahora. No te enfades. Quiero decir que ningún mal pueden hacerte y que, por lo tanto, vale la pena hacer uso de ellas. Estas esferas tienen mucho poder. Como verás, están pegadas a la caja formando un triángulo. Sabes que tres puntos en el espacio siempre forman un triángulo, salvo cuando se encuentran en línea recta. Mientras las esferas forman triángulo, están inactivas. Su poder sólo se desata al colocarlas una al lado de la otra, en perfecta linealidad. Se diferencian entre sí por el número de espirales que tienen grabadas a fuego, y cada una de ellas representa un segmento de la vida: la que tiene una espiral simboliza la AMISTAD; la de dos, el TRABAJO; y la de tres, el AMOR.

Despégalas. Una vez las hayas alineado, tendrás que actuar con rapidez, pues su efecto también es transitorio. Funcionan sólo durante una noche. Esta noche. El sortilegio caduca al amanecer. Cada una de las bolas te va a permitir arreglar tu relación con un segmento vital y vivir unas mismas situaciones desde tres puntos de vista diferentes. Deberás tomar primero la esfera que tiene sólo un dibujo y enfrentarte a tu realidad . Desde el momento de la noche que tú decidas. Si todo transcurre como deseas o si te conformas con lo que has logrado, no hará falta más. Si no, has de tomar la de dos, y repetir. Lo mismo con la de tres. Cada vez que tomes una de ellas, el tiempo volverá a

situarse en el punto que elegiste para la primera. Al finalizar, también. Las bolas sólo te indicarán el camino a seguir. Cuando estés a punto de hacer o decir algo que te perjudique, emitirán un calor intenso y cambiarán de color. Tú, entonces, haz lo que consideres más oportuno.

Es importante que cuando tomes una esfera dejes las otras dos en línea recta. Si no es así, no funcionarán. También es importante que, sea cual sea el resultado, al finalizar vuelvas a alinear las tres. Al cabo de unos segundos, desaparecerán junto con esta carta, la caja y la cuerda; y tú y yo ya no volveremos a encontrarnos jamás en este plano de existencia. Si no lo haces así, nada de esto habrá ocurrido.

Por supuesto, la puesta en práctica de este juego es completamente voluntaria. Si no quieres, no tienes por qué hacerlo. Pero ten en cuenta que, si decides aventurarte, deberás seguir al pie de la letra mis indicaciones y acabar antes de que el primer rayo de sol te dé en el rostro.

Sin más, espero que el regalo te sirva de ayuda. Se despide de ti tu abuelo,

Antonio Rodríguez Melián

'El Tuerto'

Adolfo dejó los papeles a un lado del sofá y se inclinó hacia atrás. Ni el abuelo confiaba en mí, fue su primera conclusión. Se perdió en sus recuerdos de infancia y recreó todos los instantes que había pasado junto al Tuerto, no como los vivió en su día, creyéndose el preferido del patriarca, sino con la nueva perspectiva que le daba la revelación epistolar. Recreó cada una de las palabras, de las veladas, de las imágenes y comenzó a verle otro sentido a todo aquello. Un niño frágil, indefenso y no tonto, pero casi. Incapaz de enfrentarse a la vida y de encontrar un rumbo satisfactorio a sus aspiraciones. Un soñador empedernido a la búsqueda de lo imposible. El epicentro de un seísmo inexistente que jamás hizo temblar el mundo como pensaba. El eje de nada. El opaco compañero de viaje de la mujer a la que amaba. La rémora de un ser que se abría camino en las aguas turbulentas de la dura sociedad de fin de siglo. El proyecto cero. Objetivo menos uno. Un boceto de diseñador mediocre y circunstancial pretendiendo erigirse en nombre legendario de las artes gráficas. Un payaso serio meciéndose en la hamaca del destino, flotando en el devenir de los días, los meses y los años sin saber, sin querer y sin poder. El eterno universitario becado para el fracaso. La cómoda órbita que gravita, sin saber muy bien por qué, en torno a una galaxia de seres que avanzan inexorablemente hacia otro sistema. Eso es lo que soy. Adolfo Delgado Rodríguez, un imbécil que no ha sabido amar, vivir, estimar, valorar, ni encontrarle un sentido a su existencia; esperando siempre que todo se resuelva solo, o peor, que se lo resuelvan los demás. Un niño perdido en el país de los caramelos de todos los sabores. Una mierda. Una puta mierda.

Mientras se decía todo eso, Adolfo fue inconscientemente separando una a una las esferas de barro del fondo de la caja. Con la ayuda de una regla y un rotulador negro, trazó una línea recta en el cristal de la mesa y señaló tres puntos equidistantes, uno en cada uno de los extremos y el tercero en el centro. Amistad, trabajo y amor. Estaba seguro de que nada iba a cambiar, de que se trataba de una broma de mal gusto de su abuelo, o tal vez de su madre, para darle un escarmiento. Quizá, ya sola, de por sí, la carta del abuelo había sido de más ayuda de lo que lo pudieran ser las esferas. Pero iba a intentarlo. Al fin y al cabo, pensó que sería lo único realmente serio que hubiese

emprendido en su vida. Colocó las tres piezas sobre la línea y tomó la que llevaba dibujada una sola espiral. La estuvo observando durante un largo rato, esperando quizá que a través de ella pudiese ver su futuro, su presente o, al menos, su pasado. Pero la bola seguía igual de opaca y rústica. No brillaba, no se movía, no vibraba, no emitía ningún sonido. No era más que una bola de barro con un dibujo grabado sobre la superficie. ¿Amistad? Bien. Vamos allá.

Capítulo VIII.

Contactar con Maxi por teléfono era toda una aventura, un ejercicio de paciencia, destreza y obstinación sin límites. Nunca estaba donde se suponía, aunque tampoco era fácil suponer dónde tenía que encontrarse. Cada vez que necesitaba hablar con él, María estaba obligada a vivir una *Odisea en el imperio de las telecomunicaciones*, y se veía a sí misma en el bingo rellenando cientos y cientos de cartones hasta conseguir una línea que, encima, jamás paraba de comunicar. Se vistió a toda prisa y se dirigió al despacho. Abrió su agenda y allí estaban los doce supuestos números de Maxi: dos móviles, su casa, el estudio, la casa de los padres, la casa de Sonia, el apartamento del Sur, el colectivo de gays y lesbianas y cuatro más que no sabía de dónde eran. Encendió un cigarrillo y comenzó a marcar uno detrás de otro, como si estuviera en un concurso televisivo de destreza digital. Maxi no está aquí en este momento. Maxi acaba de salir. Tenía una reunión a las cinco. Fue a recoger unos pasajes. No lo he visto desde hace meses. Si hablas con él, dile que me llame. ¿Maxi? Aquí no vive ningún Maxi. Quedó en pasar por aquí sobre las ocho. Este terminal no se encuentra operativo en estos momentos o está fuera de cobertura. ¿Y a ti cómo te va? Bien, gracias. ¿Has llamado a casa de los padres? Este buzón de voz está lleno, lo siento. Me dijo que iba a pasar por su casa. Hola, soy Maxi, ahora no estoy, cariño, pero dime lo que quieres y te sorprenderé.

— Maxi, soy María. Por favor, sé bueno y llámame en cuanto llegues. Es muy importante. ¡Y enciende los móviles, tío!

Elena apareció en ese momento con dos tazas de café.

— Chica, qué pinta tienes, ¿por qué no te arreglas un poco?

— Da igual, total, así estoy en armonía con el día que llevo.

— Venga, que te peino.

A Elena le encantaba arreglar la melena larga y morena de María. Cuando tenían tiempo, se pasaba horas pasándole el cepillo y acariciando su suave cabello. Para María, aquello suponía una placentera terapia de relajación, y se dejaba llevar por el reconfortante masaje que producían los dedos de su amiga y las redondeadas puntas de las púas del cepillo. Si por la canguro fuera, también habría sido peluquera. Era una profesión que estaba más acorde con sus aspiraciones vitales. Cosméticos, verduras, pañales... Al principio de su relación, María pensó que se hallaba ante una niña conservadora y retro y decidió abrirle los ojos al maravilloso mundo de la liberación femenina. Pero Elena lo tenía incluso más claro que ella. Compartía plenamente las tesis sobre la liberación de la mujer, sólo que a ella lo que le gustaba era lo que le gustaba y que, si de elegir libremente un trabajo se trataba, ella se quedaba con lo que le gustaba. María, entonces, le había comentado que de lo que realmente se trataba era de ganarse la vida dignamente, sin depender de un hombre, y ella le había contestado que hasta el momento no había hablado de hombres, ni falta que me hacen, y que había mucha gente que se dedicaba a lo que le gustaba sin saber si iba a poder vivir bien de ello, y que, además, ¡ése es mi problema! ¡Qué generación más rara!, había pensado la jefa, y, aunque no los compartía en absoluto, acabó por aceptar y respetar los extraños argumentos de aquella especie de prototipo de mujer del nuevo milenio.

— ¿Y el niño?

— En su cuarto, jugando. Ya está hecho un hombrecito.

— ¿Cómo se portó en el parque?

— Como un niño —dijo, encogiéndose de hombros y soltando una tímida risita—.

Tenías que verlo disfrutar corriendo como un loco de un lado para otro. A ver si un día te animas y nos vamos juntos los tres por ahí. El pobre no hacía más que preguntarme por qué no habías venido tú también.

Ayose. Todavía lo veía entre sus brazos instantes después del parto. ¡Qué inmensa alegría le produjo el primer contacto con aquel ser diminuto y desvalido que se aferraba a su pecho como una enredadera sedienta de savia nueva! Podría haber sido

ayer, pero habían pasado cinco años y el enano ya le llegaba a la cintura. Alentada por Adolfo, cumplió su promesa de ponerle al niño un nombre de origen guanche. Había dudado, porque en esos momentos la originalidad de la onomástica aborígen estaba en entredicho. Miles de niños habían sido ya bautizados con apelativos de príncipes, dioses o guerreros prehispanicos y temía que, al final, *Ayose* fuera una especie de *Manolo*, pero en nacionalista. De cualquier forma, ella había decidido que su hijo llevara el nombre de uno de sus remotos antepasados, era una deuda ideológica y sentimental que arrastraba desde sus años frenéticos de militancias y había llegado el momento de saldarla. Además, le encantaba.

Adolfo había intentado asumir el papel de padre desde un principio, y ella lo había consentido porque había que reconocerle a su amigo una cierta habilidad para hacerse con la simpatía del bebé y para tomar las riendas en los momentos más difíciles. Adolfo lo bañaba, lo cambiaba, lo tranquilizaba cuando no había quien lo calmara, lo llevaba a pasear, al pediatra, e incluso le enseñó las primeras palabras. Durante los primeros tres años de vida de *Ayose*, fueron uña y carne. Adolfo ya no le parecía tan poca cosa y bien mirado tenía cierto encanto. Sintió un retazo de ese mismo candor que la había deslumbrado el día que se conocieron y que con el tiempo se había ido marchitando por culpa de la frágil personalidad y escasa garra de la que él hacía gala. María los veía tan felices juntos que llegó a pensar en la posibilidad de formar una familia, pero eso era algo que la aterraba. *Ayose* necesitaba a un padre, pero ella no necesitaba un marido. Estaba iniciando una nueva fase de su vida y no quería que nada se le interpusiera en su camino. Si Adolfo fuese menos posesivo, igual, pero, conociéndolo, sabía que iba a resultar imposible. Ella prefería que las cosas siguieran como hasta ahora. Un compañero sentimental de quita y pon de vez en cuando y nada de cadenas ni ataduras. Así y todo, estuvo a punto de proponérselo. Sabía que Adolfo se lanzaría en plancha. A pesar de todos sus desplantes, estaba segura de que seguía completamente enamorado de ella. Entonces llegó la enésima gran discusión, un nuevo cabreo, y la prohibición de que siguiera haciendo de cuidador del niño. Adolfo estuvo meses sin aparecer por su casa, hasta que las aguas fueron volviendo a su cauce. Para

ese entonces, Elena ya había aparecido en escena y Adolfo se tuvo que conformar con el papel de tío Adolfo. Estaba más tranquila, pero no se sentía especialmente orgullosa de lo que había hecho. Sonó el teléfono, y María se abalanzó sobre la mesa como una posesa, con el cepillo enredado en sus cabellos.

— Sí.

— Hola, Bonita, ¿cómo estás?, ¿me llamaste?

— Maxi, por fin, llevo todo el día intentando localizarte.

— ¡Es que tengo un lío montado, chica,...! ¡Me voy de viaje!

— ¿Que te vas de viaje? ¿Cuándo?

— Esta noche. Creo que he encontrado al hombre de mi vida.

— Maxi, no. Eso no puede ser.

— Pues lo es. Lo conocí el domingo en la playa. Un flechazo, reina, y está buení-si-mo.

— No, no me refiero a eso. Quiero decir lo del viaje. No puedes irte esta noche.

— ¿Qué te pasa, María? Te noto tensa. Pues claro que me voy. El tío es de Mallorca y me ha pedido que pase unas semanas con él. ¿Te imaginas? Estoy emocionadísimo.

— Maxi, escúchame. Ven a mi casa y hablamos.

— No puedo, de verdad, estoy preparándolo todo. Cierro el negocio hasta que vuelva... si vuelvo. Todavía me quedan mil cosas por hacer. ¿Pero qué te pasa? ¿Le ha ocurrido algo al niño?

— Es que tengo un trabajo para ti y es importantísimo.

— No, lo siento. Maxi se va de luna de miel, querida. Si quieres, te busco a alguien. Hay gente muy buena, no tan buena como yo, claro, pero que te pueden arreglar la situación. Oye, es la primera vez que un hombre me invita a irme con él y te aseguro que no voy a dejarlo escapar por cuestiones de trabajo. ¿Lo entiendes, verdad? ¿Y Adolfo? Últimamente ha mejorado mucho.

— ¡No, no, no! ¡No puede ser!

— ¡Ay!, qué pesada estás, niña. Tampoco puede ser tan grave.

— Lo es.

— Mira, ¿estás en casa?

— Sí.

— Pues hago unas gestiones y te llamo, ¿vale? A ver si consigo que alguien me pueda sustituir.

— Vale.

— Hasta ahora.

María rompió a llorar. No era posible. Hoy todo le salía al revés. Pero, ¿por qué? Miró el almanaque de sobremesa y constató que no era ni martes, ni trece. Dios mío, ¿qué iba a hacer ahora? Ella también conocía a otros diseñadores, pero Maxi era su preferido, era especial, con él no había peligro de fracaso, se entendían a la perfección. Ahora tendría que replantearse todo el proyecto. Si no lo hace Maxi, tendrá que hacerlo Adolfo, porque, si no, a ver qué explicación le doy después del farol de esta mañana. Estaba segura de que Maxi aceptaría, pero no contaba con el viaje. Sabía que era una loca, una loca veleta, pero no hasta el punto de dejarlo todo por un hombre, y precisamente hoy. ¡Qué suerte! Adolfo. Con el cabreo que debe de tener, seguro que no quiere ni hablar conmigo y mucho menos sacarme de esta situación. Joder, es que lo humillé. Soy tonta, tonta, tonta... tontísima.

— ¿Problemas? —Elena recuperó el cepillo y le pasó un brazo por el hombro.

— Hombres, Elena, hombres. Me tienen harta —María se frotó los ojos y se secó las lágrimas. Suspiró profundamente antes de incorporarse. Su mirada se detuvo en un sello de caucho que tenía sobre la mesa. MARGEN EASP. Estúpidos, Aunque inSuficientemente Pateados. Y salió de la habitación.

— Venga, Elena —la canguro la seguía en dirección a la habitación del niño—, arréglate que vamos a salir. Te invito a merendar

ESFERA 1

Capítulo IX.

— Da igual. Las ideologías han muerto.

— Amén.

Adolfo se sentía completamente derrotado. Derrotado y traicionado. Derrotado, traicionado y cada vez más mareado. Las palabras de Loco no hacían sino confirmarle algo que venía sospechando desde hacía ya algún tiempo. ¿Cómo iba a saber el maldito cubano de ojos verdes —porque Loco tenía los ojos verdes— que lo de Tres en Raya iba de ropa juvenil basada en elementos tradicionales si no había hablado con María de ello? “No, no... a mí nada”. Mentira. Loco se la está tirando. Eso es seguro. Ahora está todo claro. Clarísimo. Amigo se hace llamar. Je, amigo —pleamar de vodka garganta adentro.

TEMA 4. Golpe de suerte

Abrió los ojos. En ese instante, el Cuasquías se asemejaba a una concurrida feria del ocio. La temperatura era insoportable, se notó sudado y mareado, y con un marcado regusto a alcohol en el paladar. Allí estaba otra vez, como si nada hubiera pasado. Loco, a su lado, hablaba con una violinista checa de la Filarmónica, Gatos Pardos proseguía con su concierto y la gente se lo pasaba en grande. Preguntó la hora a alguien que tenía al lado. Van a ser las doce y media. El tiempo se había detenido... o había retrocedido, tal y como le había señalado El Tuerto en su carta.

Se palpó el bolsillo donde había guardado la esfera. Allí estaba. No era un sueño.

Loco despidió a la checa con un beso en los labios y dirigió una mirada fugaz al escenario. El cubano tiene suerte con las mujeres, pensó Adolfo, no sé yo si María estará al tanto de todos sus flirteos. Sería divertido que alguien se lo contara. Sintió un pequeño picor en el muslo derecho, se rascó y no le dio mayor importancia.

— Está buena, ¿eh?

— Pssssh, no está mal —Loco bebió un sorbo de su cubata.

— Pues ella parecía una gatita en celo cuando te miraba.

— Atracción fatal, Dolfi. Está loca. Si pudiera, me secuestraba y me ataba a la cabecera de su cama.

— Entonces, ¿están enrollados?

— ¿Y a ti qué te importa?

— Somos amigos, ¿no? —el muslo comenzó a quemarle.

— Exactamente no podría decirse que estemos enrollados —Loco se sentía incómodo en aquella conversación.

— ¿Como con María? —no había acabado de hablar cuando se volvió rápidamente para frotarse el muslo. Ardía— ¿Pero qué...? —entonces se acordó de la esfera, se la sacó del bolsillo y la contempló. Era roja, parecía que estuviera incandescente. “Cuando estés a punto de hacer o decir algo que te perjudique emitirán un calor intenso y cambiarán de color. Tú, entonces, haz lo que consideres más oportuno”, recordó, y al instante, la bola recuperó su apariencia normal.

— ¿Qué te pasa, chico? Estás tú muy raro hoy —Loco lo observaba desconcertado.

— Eh, no, nada. Perdona, no debía haberte dicho eso.

— ¿Por qué has nombrado a María? ¿Qué sabes?

— No, nada. De verdad. Cosas mías. Anda, prestemos atención a la música.

Adolfo se sintió prisionero del sortilegio. El cuerpo le pedía agredir e insultar a Loco, pero la bola le aconsejaba que se lo pensara mejor. Si quería poner cimientos sólidos a su nueva experiencia de la amistad, tendría que acatar el juicio de la esfera, muy a pesar suyo. Además, ¿qué era lo que en realidad le molestaba de Loco?, ¿que estuviera

enrollado con María?, ¿que tuviera éxito con las mujeres?, ¿que tuviera los ojos verdes? Celos, puros celos. Eso es lo que hay. Le envidiaba su capacidad para seducir, algo que él nunca podría tener. No era culpa del cubano que María se sintiera atraída hacia él, ni que éste se aprovechara de esa circunstancia, la amara o no, probablemente, se dijo, yo haría lo mismo, si pudiera. De todas formas, tenemos que hablar claro. Ocurra lo que ocurra después, no puede haber lealtad desde la desconfianza y las medias tintas.

Loco se había quedado de una pieza. No esperaba que María fuera capaz de contarle a Adolfo que estaban liados. ¿O quizás no fue ella? ¿Alguien más? ¿O tal vez había sido una deducción del propio diseñador de pacotilla? O una intuición. Esto es lo que le pasa a uno por meterse en camisas de once varas, se reprochó. Yo mismo se lo habría contado hace ya unos días, si ella no se hubiera empeñado en mantenerlo en secreto. Tenía que hablar con Adolfo. Si ya sospechaba, lo mejor sería dejar las cosas claras cuanto antes.

María apareció de repente con una silla en las manos. A ella le gustaban las entradas teatrales, impactantes. En esta ocasión fue por la espalda, aprovechando el ensimismamiento en el que estaban sumidos sus compañeros. Se instaló tranquilamente entre ambos, encendió un cigarrillo y saludó a su manera.

— Buenas noches, pareja. ¿Qué, interesante el grupo?

Loco se volvió como un rayo.

— María, mujer, dame un besito.

— He dicho buenas noches,... y mierda para los sordos —María y Loco miraban a Adolfo, que no se movía, esperando alguna respuesta.

Adolfo se había petrificado. Había olvidado que en su visión sincrónica María aparecía más o menos a esta hora en el local, y no contaba con eso. La presencia de María siempre le había acelerado el corazón, pero en aquellas circunstancias rozó la taquicardia. Simplemente, no la esperaba. Sabía incluso cómo iba vestida, notaba su perfume y ya era plenamente consciente de su relación con el de los ojos verdes. Era una situación que nunca hubiera deseado. Por otro lado, estaba su cabreo por lo del logo de Tres en Raya y, aunque ahora comprendía totalmente su negativa a darle el trabajo,

tampoco era cuestión de dar el brazo a torcer tan fácilmente. Así pues, decidió quedarse congelado y ausente, aunque con las antenas puestas. El muslo derecho comenzaba a escocerle otra vez.

— No te preocupes, es que hoy tiene un día un poco raro —Loco intentó suavizar la situación.

— ¡Que le den!

María apagó el cigarrillo con premura y se levantó. El cubano salió detrás de ella y Adolfo aplaudió los últimos compases de la canción que Gatos Pardos interpretaba en ese momento. Un calor intenso le subió por la cadera. Lo siento, pelotita, pero hay cosas que no pueden cambiarse.

— María, María, espera, por favor —Loco la había alcanzado fuera del local.

— Déjame, anda, quiero estar sola.

— Venga, sólo faltaba que el cretino ése de Adolfo nos amargara la noche.

— No es sólo eso. Es que yo también he tenido hoy un día de perros. No sé ni por qué vine.

— A verme, ¿no? —Loco puso cara de ángel seductor, convencido de que acabaría con las duras defensas de su amiga.

— Lo siento, pero no. Más bien vine a verle a él. Esta mañana estuve muy borde.

— Ahora es imposible que atienda a razones, está como fuera de sí. Venga —las manos de Loco recorrían el cabello y el rostro de María—, vamos a dar una vuelta y me lo cuentas todo.

María lo abrazó por la cintura y juntos caminaron sin emitir una sola palabra hasta llegar a una pequeña plaza en la confluencia de varias calles estrechas de la zona antigua de la capital.

Capítulo X.

Loco, María y un impenetrable silencio. Vegueta había atrapado al cubano desde que paseó por allí la primera vez. Él decía que en esas calles y en esas casas el tiempo se había detenido, haciendo un paréntesis en su fluir implacable para que los enamorados se perdieran de todo y dieran rienda suelta a sus sentimientos. La pareja se había sentado en un pequeño rincón oscuro sobre un banco de piedra adosado a una fachada. Frente a ellos, el espectáculo de la noche se concentraba en una enredadera con flores de colores púrpura y blanco, iluminadas por un haz de luz que provenía de un foco instalado estratégicamente. Hablar era una descortesía en aquel espacio sereno y mágico que sabía de siglos y de historias, de plagas y de inventos, de amores y crímenes, de partidas y reencuentros. Por eso, cuando la voz de Loco rompió el embeleso, lo hizo tímida y apagada, susurrante.

— ¿Sabes?, en La Habana también tenemos un barrio viejo y es igual de mágico. Quizá por eso me gusta tanto venir aquí. Tú ahora podrías ser una dama noble del XVII y yo un pirata enamorado que cada noche desembarca para hacerte el amor. Salvo las vestimentas y algún que otro elemento contemporáneo añadido, el resto está exactamente igual que hace siglos —Loco se hincó de rodillas y abrió los brazos ante la atónita mirada de María—. Damita mía, desde que te vi no he podido abandonar estas costas, con el peligro que eso conlleva para un perseguido como yo. Si tú quisieras venirte conmigo, te llevaría a unos mares de agua transparente como el cristal y a unas tierras bañadas en oro donde serías princesa y jugarías con pájaros mitológicos de mil colores que hablan y cantan en todos los idiomas. ¡Ay, María Eugenia linda! Paso las noches y los días esperando este momento, mirando al cielo y dibujando con mi puñal tu rostro en la mesana del buque. ¡Dame un beso, mi amor, que tu aliento es para mí

más dulce que treinta galones de ron!

María estaba acostumbrada a las salidas dramáticas del músico. Artista de cabo a rabo, y payaso donde los hubiera, también. La parodia romántica de Loco le había levantado un poco el ánimo y eso merecía una generosa respuesta por su parte. Con una sonrisa de niña halagada, acercó sus labios a los de su amante y se fundió en un beso marinero y ancestral, abriendo su boca para dejar que todos los océanos se vertieran en ella y que la nave insignia de aquel improvisado bucanero penetrara en su refugio de dama triste y ardiente. Pasaron varios minutos anclados en el puerto del placer primero. Loco ya no estaba en el suelo, ahora se recostaba sobre los muslos de María y bebía de su boca los miles de impulsos cálidos que sus labios le obsequiaban envueltos en humedades tibias y jugosas, succionando el zumo de una fruta que antes de conocerla jamás había probado; ni como músico, ni como pirata.

— Loco, ¿tú me quieres? —María se separó unos centímetros, pero se mantuvo inclinada sobre el rostro de su amigo.

— Claro, mujer, qué pregunta. Si no te quisiera, no estaría contigo.

Ella se recostó en la pared.

— Quiero decir que si me quieres de verdad, si me amas, si realmente serías capaz de abandonarlo todo por mí, como hizo el pirata.

Loco se incorporó y volvió a besarla, pero María no correspondió en esta ocasión a su cariñosa demanda.

— Vaya, la niña está mimosita —el cubano le tomó las manos—. Mi amor, ¿tú crees que hoy en día alguien es capaz de dejarlo todo por un querer? Yo estoy muy bien contigo y hasta en ocasiones siento la necesidad imperiosa de verte. ¿Eso es amor, cariño, ternura...? No hace falta más.

— A mí sí, Loco. No sé, me encuentro vacía.

— Eso es porque tienes un mal día. No confundas las cosas. Estás nerviosa y, vale, algo deprimida. Lo que necesitas es que te mime un poco y ya estarás como nueva. Animo, mujer, te quiero —Loco hizo ademán de besarla nuevamente, pero Ella lo detuvo con la frente—. Sí que estás mal, chica. ¿Pero qué le pasa hoy a todo el mundo?

—notó que había alzado la voz y roto el encanto propio del lugar. Volvió a emitir un susurro—. Bueno, está bien, cuéntame qué te pasa.

María le hizo un repaso de sus últimas doce horas. Le habló de Adolfo, de Maxi, de Elena, de Asensio, de Ayose, del tráfico, de teléfonos, de madrugones a las siete y media de la mañana, de siestas, de proyectos imposibles, de nervios, de reuniones, de broncas, de viajes, de imbéciles al frente de compañías textiles, de homosexuales, de torpezas, de silencios,... Estuvo algo más de una hora hablando sin parar, interrumpida solamente por los pasos de algún transeúnte en la distancia y por la irrupción de una pareja que pasó a su lado. Al finalizar, respiró profundo. El cubano, también. Ella lo miró con una expresión entre tierna y suplicante.

— Pero eso no es lo peor, Loco.

— ¿No? —el músico notó en su mirada algo que no había visto hasta ese momento.

— Lo peor es que desde que terminé de hablar con Maxi me siento fatal. He intentando buscar dentro de mí algún apoyo y no lo he encontrado. De pronto, me he derrumbado y sé que no es sólo por el estrés que me está produciendo este nuevo trabajo. Me encuentro muy, muy vacía. Por eso te preguntaba que de qué manera me querías. Necesito algo y no sé lo que es.

— María, ¿y tú cómo me quieres a mí?

— Tampoco lo sé —la seca respuesta provocó un acceso de ira en el cubano.

— Será mejor que volvamos al Cuasquías.

— No, espera.

— No, espera tú. Vamos a ver, primero me interrogas como si fuera sospechoso de algo que tampoco me dices lo que es, luego me cuentas todas tus desdichas y ahora me dices claramente que no sientes nada por mí.

— Yo no he dicho eso.

— Pero lo has insinuado —alguien encendió la luz de una habitación en una de las casas que rodeaban la plazoleta. Loco supo entonces que estaban hablando más alto de lo conveniente otra vez—. Mira, vamos a calmarnos. De todas formas, la cosa está

bastante clara.

— Lo que te quiero decir es que creo que te amo de la misma forma que tú me amas a mí. Me atraes físicamente, lo paso muy bien contigo y hasta a veces siento la necesidad de verte. Pero eso no es amor, Loco, ¿o sí? No sé, la verdad es que estoy hecha un lío.

— Y vas a conseguir que lo termine estando yo también. Será mejor que de esto hablemos mañana tranquilamente, cuando estés más relajada. Anda, vamos —Loco se incorporó y tiró de María.

— Yo no vuelvo al Cuasquías.

— Bueno, pues te acompaño al coche.

Al regresar, la pareja ya no iba abrazada, ni tan siquiera de manos. Ella llevaba la cabeza gacha, sumida en sus pensamientos, y él se reconfortaba contemplando los artesonados y balcones que de noche adquirirían otra clase de belleza. Sumidos en sus cavilaciones no se dieron cuenta de que estaban dando un rodeo innecesario hasta que llegaron a la plaza del Pilar Nuevo. En su camino se mezclaban todo tipo de estilos y de corrientes arquitectónicas. María miró a Loco, pero lo vio tan entusiasmado en su observación que prefirió no interrumpirle. Al fin y al cabo sólo perderían unos minutos y ella necesitaba tomar el aire. Un perro vagabundo, que reflejaba en su esquelético cuerpo los rigores de una existencia dura y miserable, salió a su encuentro sacudiendo el rabo, en un reflejo probablemente heredado de épocas pretéritas y más gratificantes, de cuando tenía un hogar y su amo volvía a casa, o algo así. María le acarició el lomo y le dedicó alguna palabra de aliento. El perro esperaba algo más, un trozo de carne, por ejemplo, y continuó siguiéndolos a cierta distancia el resto del camino. Loco casi ni notó la presencia del chucho, contemplaba la trasera de la catedral y pensaba en que quizá sus ancestros habían sido canarios y que, quizá también, siglos atrás hubieran pisado ese mismo suelo y contemplado lo mismo que él ahora veía. Borearon el bello edificio religioso y tomaron una calle que les llevaba a la ancha carretera del Centro que separaba el barrio de Triana, donde estaba ubicado el pub, del de Vegueta. Allí, cerca del cruce entre ambas vías, se encontraba aparcado el coche de María. Sujeto por el

limpiaparabrisas, un folleto anunciaba la inminente llegada de un circo a la ciudad. Lo tomó en sus manos y se sonrió. Chiquito circo tenía ella encima. Arrugó el papel y lo depositó en una papelera situada cerca de donde se encontraban, ante la atenta mirada de Loco, quien reprimió poner en evidencia su curiosidad por el contenido del pasquín. Más tarde cogería alguno de otro coche.

Se despidieron con un corto beso de compromiso y María comentó algo sobre la sintonía de Tres en Raya, recalcándole la necesidad de acelerar al máximo el trabajo. Loco asintió y cerró la puerta del vehículo, esperó a que María se perdiera en la distancia y emprendió el camino de vuelta al Cuasquías. El perro observó la escena y también esperó a que Loco se diluyera en el paisaje. Resignado, orinó en una esquina y dio media vuelta. Lo de mover el rabo, debió pensar, ya no era tan efectivo. Se detuvo y alzó las orejas, mirando fijamente la calle por donde había seguido a la pareja. Al fondo, bañada por la tenue luz de una farola, se adivinaba la figura bamboleante de un hombre que pronto desapareció tras una de las esquinas de aquellas calles angostas. El can volvió a mover la cola alegremente y aceleró su paso, con la esperanza de dar alcance a aquel sujeto por si tenía a bien ofrecerle alimento o, cuanto menos, algo de compañía, en una suerte de acoso triste y estéril o de mendicidad animal, herencia distorsionada de lo que en épocas pretéritas debió de haber sido un soberbio instinto natural para la caza.

Capítulo XI

Tema 5. Arrebatado (Instrumental)

A Adolfo le hizo gracia el título de la canción, porque él se sentía precisamente así, alborotado y sorprendido, viviendo una experiencia increíble al alcance de sólo unos pocos. Esperaba que Loco, y tal vez María, regresara de un momento a otro, pero lo cierto es que ya estaba tardando más de la cuenta. Supuso que estarían en la puerta del local, o sentados en alguna mesa de la terraza, haciéndose todo tipo de carantoñas y diciéndose toda clase de cursilerías. Decidió olvidarse de la parejita por un rato y prestó atención a lo que ocurría sobre el escenario.

Arrebatado hacía honor a su nombre, tanto en forma como en espíritu. Había comenzado con una frase ejecutada a tiempo lento y en exclusiva por el saxo tenor, una de esas melodías envolventes que podrías escuchar una y mil veces sin cansarte en la soledad de tu cuarto. Pet, el saxofonista, ocupaba un lugar destacado a la derecha del cantante-guitarrista, según la perspectiva de Adolfo. Era el único rubio del combo. Holandés, flaco, desgarbado, vestía una mezcla de moda hippie y tradición oriental, con un saquito de lana colgándole del cuello. Dejó que la última nota muriera lentamente por espacio de unos segundos que parecieron interminables, apurando todo el aire que le quedaba en sus pulmones. Hizo un gesto gracioso, como queriendo dar a entender que había estado a punto de asfixiarse —algo que, por otra parte, era completamente cierto— y recibió las carcajadas y los aplausos del público. Al instante, las baquetas del batería marcaron la entrada y toda la banda acometió una inesperada y frenética sucesión de sonidos de resultado tan perfecto e impactante que a Adolfo le parecía imposible. En ese momento, todo estaba aparentemente al servicio de la línea melódica

central, a la que se habían sumado, junto al saxo, la mano derecha del teclista haciendo sonar un sintetizador instalado sobre el piano eléctrico y la guitarra; pero, en realidad, allí todo estaba al servicio de todo.

La sección rítmica, compuesta por una batería convencional y un conjunto de congas, bongós, cajas rumberas —o pailas, como les llamaban los cubanos—, un par de platos y elementos menores como triángulos, cascabeles, cajas chinas, conchas y hasta tapones de botellas colgados por todos lados, hacía saltar chispas. En mimética conjunción, Ramón, el batería, y Rubén, el percusionista, sentaban los fundamentos sobre los que se estructuraba el tempo de la ejecución. De cuando en cuando, y cuidando de no romper el débil equilibrio del grupo, se enfrascaban en una especie de competición con alternativas de poder que hacía temblar los cimientos del patio. Rubén era negro y cubano. Vivía con Loco en un piso del Puerto y estaba a punto de casarse con una madrileña que residía por motivos de trabajo en Las Palmas de Gran Canaria. Vestía camisa de seda y pantalones de pinzas, y había conseguido un puesto de profesor de percusión en la universidad. Ramón y Chiqui, el teclista, constituían la representación canaria en Gatos Pardos. Hermanos gemelos, combinaban sus estudios con clases de música y tocatas nocturnas. Mientras estaban sobre el escenario, era fácil distinguirlos: Ramón a la batería y Chiqui a los teclados —así y todo, alguna vez bromeaban cambiándose de lugar durante las tocatas—; pero sin sus instrumentos era prácticamente imposible diferenciarlos. Por eso, y por comodidad en su trabajo, Ramón siempre llevaba puesta una camiseta sin mangas.

La armonía estaba a cargo de Chiqui. Su mano izquierda dibujaba acordes y arpeggios que se iban abriendo y complicando a cada vuelta de tuerca, con cada repetición del coro. Apoyando sus evoluciones, y engranando éstas con la sección percutiva, se encontraba Mustá, un sudafricano de amplia sonrisa y enormes manos que convertían el bajo en un remedo de timple grave y eléctrico. *No problema* era su frase preferida, y una de las pocas que conocía del español. Había llegado a la isla hacía sólo dos semanas y Ramón lo había descubierto una mañana mientras intentaba ganarse la vida tocando unos tambores africanos en la avenida de Las Canteras. El líder del grupo era Pablo

Valdés, don Pablo Valdés, como se hacía llamar por los novatos, un veterano que había recorrido el mundo desde que logró salir de su país a mediados de los años setenta. Pablo era blanco, demasiado para ser cubano, y su cara estaba cubierta por una poblada barba canosa, como su escaso cabello. El exilio no le había sentado nada mal, a tenor del color sonrosado que lucían los escasos fragmentos despoblados de sus mejillas y de la abultada panza que hacía vibrar cuando le apetecía levantar al público. Como complemento de la banda estaba Marta, una flautista del conservatorio que hacía sus pinitos en esto de la música popular. En *Arrebatado* ella no tocaba, por eso ahora seguía la pieza desde el suelo, a la izquierda del escenario, dando buena cuenta de un whisky con agua y hielo.

Adolfo movía la cabeza y los hombros al ritmo de la música, es decir, vertiginosamente. No era el único. Gatos Pardos había vuelto a conectar con el personal. Con los ojos cerrados, se vio a sí mismo corriendo desnudo por un paisaje de dunas, saltando, brincando, sacudiéndose, revolcándose por la arena según las sensaciones que le iban transmitiendo los distintos instrumentos. Tres bolas blancas y enormes rodaban detrás de él e imitaban todos y cada uno de sus movimientos. Estaba a gusto y se sorprendió a sí mismo cuando rechazó una oferta de vodka de Luifer y descubrió que el que tenía sobre la mesa estaba intacto. Vaya, parece que el conjuro no admite ingerencias alcohólicas, pensó. Se sentía fuerte y seguro, aunque el cuello le empezaba a doler un poco.

Llegó el momento de los solos. Comenzó la guitarra. Pablo marcó cuatro notas, pinceladas de lo que hasta ese momento había sido la melodía, dejando un breve silencio entre cada una de ellas, repitiendo esta ejecución dos o tres veces. Entonces arrancó. Sus dedos recorrieron el mástil como si le estuviera quitando el polvo. Rellenó, deformó, hinchó, alargó y contrajo la frase como le dio la gana, culminando con una exhibición de movimiento melódico-armónico de blancas de altos vuelos para acabar incrustando un pasaje del tema central de *Los aristogatos* y dar paso a Pet. Entre los aplausos entusiasmados del público, el holandés no se anduvo con chiquitas y se marcó una estridencia aguda y rota que duró dos coros para empezar. Pablo le dijo algo a gritos,

mientras Ramón y Rubén se miraron y emitieron una sonrisa cómplice. Al acabar tan arrebatadora introducción a lo que prometía ser una exhibición inolvidable, el público le obsequió con una fuerte algarabía. Sin embargo, parecía que toda la fuerza se le había ido en el primer intento, el resto del solo lo pasó intentando encontrar una vía sólida, culminó discretamente y resolvió como pudo. Tímidos aplausos, mientras Pablo asentía con la cabeza como diciéndole que no pasaba nada. Pet levantó las cejas y se fue a por un vaso de agua.

Chiqui lo tenía claro. Ya con las dos manos sobre el piano, se dedicó a edificar acordes aún más complicados que los que había utilizado hasta el momento. A una señal suya, pararon el resto de sus compañeros y redujo el tempo casi a la mitad. Se enfrascó en una especie de suite caribeña y atonal, que poco a poco fue acelerando y reconvirtiendo en el esquema original. Indicó algo al resto, y cuatro compases después ya estaban todos otra vez ejecutando una pieza recreada y transformada en una estructura transparente y delicada donde la frase originaria sólo emergió en el último de los coros. Los asistentes le dedicaron todo tipo de piropos y silbidos de admiración sobre la base del aplauso agradecido. Había llegado el turno de la sección rítmica. Ramón, Rubén y Musta habían acordado en los ensayos marcarse un solo a trío. Alguien les reprochó que un solo es un *solo*, y que un trío es un *acompañado*, no un *solo*. Tras mandarlo unánime, conveniente y cariñosamente a la mierda organizaron el pasaje que, en opinión de Pablo, Marta y Pet había quedado cojonudo, y según Chiqui, era una petardada. Se hizo el silencio. Saxofonista, teclista, flautista y guitarra se volvieron ansiosos hacia sus compañeros.

El primero en atacar fue el africano. Puro ébano acariciando el metal del instrumento. Tanta suavidad era imposible en una herramienta musical “nacida para matar”, como decía Pet. Musta hacía tal alarde de ternura y sensibilidad en la técnica del glisando, que a quien no estuviera mirando le hubiese parecido que tocaba un fretless, un bajo sin trastes. Rubén, por su lado, iniciaba un repaso a su munición ligera: un toquito al triángulo, ahora las campanillas, después las conchas,... creando ambiente. Un ambiente que comenzó a cuajarse cuando Ramón hizo vibrar sus platos muy suavemente, como el eco lejano de una tormenta. En el pub no se movía ni una pestaña

y sólo se escuchaba el choque de las bolas en la tronera, hasta que este sonido también cesó. Musta ya estaba marcando un dibujo sólido y constante en el bajo cuando Rubén y Ramón decidieron que era hora de incrementar la tensión. La tormenta se acercó lenta pero implacablemente hasta alcanzar todo el patio y entonces comenzó la fiesta del ritmo. Musta, Rubén y Ramón percutían como demonios sobre sus instrumentos y la gente les acompañaba con palmas o bailaba directamente. Fue un estallido general. Adolfo estaba estupefacto. Chiqui hacía unas reverencias dirigidas alternativamente a los compañeros que estaban tocando y a los que aguardaban su turno, y éstos se partían de la risa mientras bailaban desaforadamente. Pablo decidió entonces que había llegado el momento de añadir algo de número circense al espectáculo y comenzó a hacer vibrar su vientre, lo que producía que la guitarra saltara sin control ante el delirio de los asistentes. De pronto, se quedó solo Rubén, que realizó una filigrana; luego, Ramón; después Musta; y, por último, los tres al unísono en un complicado redoble que cerraba su intervención. Locura colectiva y vuelta al tema original, que ya estuvo acompañado de aplausos hasta el último compás.

— Otra, otra, otra —la petición era unánime, y el bullicio, ensordecedor.

— Muchas gracias —Pablo estaba bañado en sudor y se secaba la frente con un pañuelo. Bueno, esto es to, esto es to, esto es todo amigos —la imitación de Porky le salía francamente bien—. Si les parece, nos vemos mañana a la misma hora en este mismo escenario. ¿Oquei?

La cosa no estaba demasiado *okay*, así que volvieron a tomar posiciones para dar satisfacción al público. Éste les agradeció el detalle con un nuevo estrépito. Sin embargo, Gatos Pardos lo tenía todo calculado, por lo que la siguiente pieza, que tenía como único objetivo relajar a los presentes para dar por finalizada la sesión, fue un hermoso bolero en versión instrumental de los de la época del movimiento filin cubano, es decir, un *Valium* acústico de eficacia más que contrastada.

Bis. No te empeñes más (Instrumental)

La barra se llenó de codos y bocas sedientas. El camarero de sala se veía impotente para atender las demandas de todos los clientes que preferían pedir su copa en la mesa y corría de un lado a otro como una ardilla con la bandeja repleta en volandas, realizando complicados ejercicios de equilibrio para no acabar por los suelos junto a su frágil mercancía. Adolfo también tenía sed, pero sabía que en ese momento sería inútil intentar conseguir una copa, así que decidió esperar unos minutos hasta que finalizase la actuación, entonces el local se despejaría y todo estaría más relajado. Aprovechó para ir al baño y, de camino, saludar a un conocido que se encontraba sentado en una de las mesas en aquella dirección. Se trataba de un escritor de escaso éxito que vivía gracias a la generosidad de las instituciones oficiales, las cuales siempre tenían un hueco en su presupuesto para él. Sus cometidos eran múltiples, lo mismo coordinaba un seminario que ejercía como anfitrión de alguna figura invitada, dirigía una revista o distribuía subvenciones, al tiempo que aprovechaba para, de cuando en cuando, colar la publicación de alguno de sus libros. Tanta *capacidad* condensada en un solo hombre obnubilaba a Adolfo, que a su lado se sentía un caracol de huerta, un inútil. No le parecía mal la actitud de Iván, que así se llamaba el sujeto, conocía a otros que también vivían del erario público en mayor o menor medida y en distintos campos del arte y pensaba que cada cual tenía derecho a ganarse la vida como mejor pudiera. Lo que no le gustaba de Iván era que, amparado en el desahogo que le producía la avenencia con funcionarios, técnicos y políticos de turno, ridiculizara y puteara a aquellos artistas que intentaban salir adelante en el difícil entramado cultural y comercial de la isla gracias a su talento y a su empeño. Con unas cuantas copas encima, se permitía incluso alardear en público de su supuesta superioridad intelectual, a pesar de que sus *habilidades* eran bien conocidas por la gran mayoría de los que le rodeaban y su *genio* quedaba plasmado en unos volúmenes que nadie leía y que estaban condenados a dormir el fosilizante sueño del olvido en los estantes de las librerías y en los almacenes de aquellas mismas instituciones que los habían financiado. Pero con Iván había que estar a bien, por suerte

o por desgracia. Quizás en algún momento tuviera que recurrir a él para que le echara una mano en algún proyecto personal, siempre y cuando, claro está, estuviese a la altura de su elevada, refinada y evolucionada psique.

De regreso a la mesa, Adolfo volvió a preguntarse por Loco y por María. Había pasado cerca de media hora y aún no regresaban. Se asomó a la puerta y recibió un soplo de aire fresco. Se acordó de que tenía sed, pero prefirió quedarse allí unos minutos charlando con Mario, el portero, que no trabajaba esa noche. Mario era un tipo bonachón y simpático con quien solía compartir alguna que otra escapada nocturna a la bulliciosa y cosmopolita zona del Puerto. Le gustaba su compañía porque con él todo era normal, diáfano, sencillo. Practicaba una particular filosofía de la vida en la que la risa —una extraña risa vocálica en *e* entre nasal y aspirada— y la amistad ocupaban un puesto destacado y, a pesar de que las diferencias culturales, ideológicas y generacionales — Mario había rebasado con creces los cuarenta— entre ambos eran enormes, se entendían a la perfección.

Mario acababa de llegar y Adolfo le contó lo extraordinario de la actuación de Gatos Pardos y la anormal afluencia de público para el día que era. El portero echó un vistazo al interior de la sala y volvió a salir, comentando algo entre risas a un par de jovencitas que abandonaban el pub. Le dio una palmada en el hombro y le preguntó cómo le iba. Adolfo le narró por encima los últimos acontecimientos, reservándose todo lo concerniente a su abuelo y al conjuro, y Mario le dio algún consejo y lo invitó a irse con él al Dos Gardenias. Dos Gardenias era el nombre de un piano-bar al que Mario solía ir cuando cerraba el Cuasquías, pero aquella noche había quedado con una amiga y, ya que no tenía que trabajar, aprovechaba para ir más temprano. Ver a Mario en un piano-bar era todo un espectáculo. Le encantaba cantar, pero no tenía ni remoto sentido del tempo y tampoco demasiada voz,... ni oído siquiera. A pesar de todo, él se volvía loco por coger el micrófono y ponía cara de Sinatra durante su interpretación. Para ayudarse, se golpeaba cadenciosa, pero arrítmicamente con una mano en el vientre, porque le habían dicho que así se cogía mejor el compás. Su canción preferida era *Amor, no me quieras tanto*, un bolero de Rafael Hernández popularizado por Los Panchos. Los

pianistas, afortunadamente, ya lo conocían y estaban adiestrados en la complicada tarea de seguirle por los prados compulsivos y atonales de su particular finca musical. Mario estaba tan convencido de su valía que se presentaba a cuanto concurso de nuevas voces se convocase, si bien nunca pasaba de la fase de preselección, lo que le había llevado a la terrible conclusión de que... todos los concursos estaban amañados y siempre ganaba el sobrino del pianista. Adolfo recordó el día que le hizo partícipe de esa disparatada deducción. Se estuvieron riendo juntos durante varios minutos, y aún no tenía claro si el singular personaje se creía su propia mentira o no.

Lo cierto es que con voz o sin ella, desafinando o no, Mario estaba siempre rodeado de mujeres maduritas locas porque les dedicara una canción. Él les decía, con esa gracia tan particular que le caracterizaba, que hablaran con su manager, señalando a Adolfo. En el fondo, lo que Mario quería es que se buscara una amiga, pero el sobrino de El Tuerto prefería quedarse como espectador, en un segundo plano, y evocar la imagen de María. Mario lo había intentado todo, pero aquel muchacho era imposible.

— Adolfo, tienes que despertar. La vida hay que vivirla como viene, con honradez y alegría y dejarse de amarguras. Cuando te lleven a la tumba, nadie va a llorar por ti.

— ¿Ni siquiera tú?

— No, yo te cantaré una canción, ej ej ej ej.

Mario no podía reprimir su humor ni en los instantes más delicados y Adolfo se lo agradecía, porque estaba harto de tanta seriedad y tanto estrés, y tanta chorrada y tanta hipocresía. Le encantaba aquella risa disparatada, tan nasal y tan aspirada —ej ej ej—, de la que el portero hacía gala continuamente. Estuvo tentado de aceptar su invitación, pero tenía que seguir adelante con el conjuro y eso le obligaba a permanecer cerca de las personas con las que tenía cuentas pendientes. Al fin y al cabo, para ser un buen amigo de Mario no hacía falta esferas, ni sortilegios. Mario era la amistad en persona. Aunque se preguntó qué pasaría si un día lo sorprendiera, por ejemplo, besando a María, ¿seguiría viéndolo como hasta ahora? El muslo le dio un aviso. No, no de verdad... La pregunta se fijó en sus pensamientos. Mario notó que Adolfo volvía a entrar en una de sus crisis de ausencia, le hubiera gustado quedarse un rato más con él,

pero sabía que, por un lado, no iba a servir absolutamente de nada, y, por el otro, corría el riesgo de desaprovechar la ocasión de compartir una grata velada con la rubia maciza que le esperaba en el Dos Gardenias para oírle cantar y quién sabe qué más.

— Adolfo, me tengo que ir. ¿De verdad que no te vienes?

— No, no Mario. Gracias. Hay algo que tengo resolver.

— No te fundas los plomos pensando, ¡y lígate a una con las tetas grandes! Ej ej ej ej.

Mario se fue emitiendo sonoras carcajadas. Adolfo bajó la cabeza ruborizado y entró rápidamente en el local, nadando a contracorriente en un mar de cuerpos sudorosos que buscaban desesperadamente la salida. Estaba azorado. Mario le había largado la última frase a grito pelado justo en el momento en el que comenzaba a desfilar por el pasillo buena parte del público que se encontraba en el local, señal inequívoca de que la actuación de Gatos Pardos había llegado a su fin, y todos los que estaban fuera lo habían mirado entre asqueados y burlones. Sólo me faltaba que me cargaran el sambenito de machista, o de apocado, que no sé lo que es peor. Este Mario es un traidor y un bocazas. En ese momento, Loco entró en el patio y pasó a su lado sin saludarle, dirigiéndose directamente a una mesa donde estaban reunidos varios de los músicos que acababan de tocar. La música en vivo había acabado; ahora sonaba un elepé de Rubén Blades, *La rosa de los vientos*.

Capítulo XII.

El local recuperaba poco a poco la apariencia normal de un día entre semana. Algunas personas apuraban los restos de sus bebidas en distendida conversación mientras otras aguardaban cerca de la puerta al compañero o compañera que había ido al baño o se encontraba en la barra esperando su turno para pagar la cuenta. En una mesa cercana al escenario, un grupo obsequiaba a una de sus miembros con un ruidoso y desafinado *Cumpleaños feliz*, llamando la atención de cuantos se encontraban en la sala. Luifer aprovechaba para recoger y limpiar las mesas que se iban quedando vacías y, en una de sus idas y venidas, ofreció a Adolfo un vodka verde, pero éste le pidió un vaso de agua fría sin gas, lo que produjo que el camarero dibujara una irónica sonrisa en su cansado rostro. Los clientes habituales comenzaron a tomar posiciones en cuanto el pub quedó lo suficientemente despejado. Adolfo seguía atentamente con la mirada todas las evoluciones de Loco, tomando pequeños sorbos del cristalino líquido que Luifer le acababa de entregar. En ese momento, quedaban en el Cuasquías unas treinta o cuarenta personas, repartidas entre las dos barras, las troneras y el patio.

Loco llegó a la mesa y saludó a los músicos palmeando sus manos al estilo NBA. En su cara se podía adivinar que no estaba teniendo una buena noche, aunque intentaba disimularlo. Pablo Valdés y Rubén le preguntaron por el concierto y él les confesó que sólo había podido escuchar hasta mediada la cuarta canción, ganándose un sonoro abucheo. En ese momento se incorporó al corro Pet, que traía una cerveza y se lamentaba de su desafortunada ejecución en el solo de *Arrebatado*.

— Holandés —le dijo Pablo muy serio—, lo tuyo fue una especie de eyaculación precoz.

El comentario del cantante provocó las carcajadas de los presentes, incluidas las

de Pet, cuyo español tampoco era demasiado bueno y no había entendido en absoluto las dos últimas palabras de su jefe. Además de Pet, Pablo, Rubén y Loco, en la mesa se encontraban también Laura, la compañera sentimental de Valdés, de origen venezolano, y Estrella, la novia madrileña de Rubén, quienes solían asistir a todos los conciertos en los que participaban sus respectivas parejas. Laura era la referencia directa de Pablo en el público. Durante las actuaciones, ella le hacía todo tipo de gestos para indicarle cómo se iba desarrollando la tocata, según su perspectiva: un movimiento de cabeza en señal negativa, no se escucha nada bien; un dedo índice señalando a uno de los componentes y la palma de la mano derecha hacia arriba ascendiendo y descendiendo, hay que subir el volumen de ese instrumento; ídem, pero con palma derecha hacia abajo, ese instrumento se escucha demasiado; un movimiento afirmativo de cabeza, la cosa va bien; una sonrisa, estoy gozando, amor; un bailoteo, éxito asegurado. Era divertido observarla desde lejos intentando comunicarse con Pablo utilizando el código descrito sin que el resto del público lo notara. De regreso a casa, Laura le exponía un informe detallado de los aspectos negativos y positivos de la actuación, y una valoración general de la misma.

El cuadro lo completaban Chiqui y Musta, a quien el teclista le intentaba traducir en ese momento lo que significaba *eyaculación precoz*, ante la atenta mirada del rubio y despistado saxofonista. Ramón y Marta conversaban en la barra.

— Hermano, tenías que haber estado en el último tema —Pablo se dirigía a Loco. Cuando los músicos hablaban de repertorios, los bises no se contaban. Por eso, en la relación de temas interpretados esa noche, *Arrebatado* era el último—, aquello fue una auténtica locura. *Arrebatado*, ¿te acuerdas?, la pieza que te comenté la pasada semana. Salió bordada, la pena es no haberla grabado.

— Yo sí casete. Yo di Segio, no problema —advirtió Musta.

Sergio era el técnico de sonido del local, un estudiante de FP que había trabajado en varias empresas de sonido, y la iniciativa del sudafricano fue celebrada por todos. Rubén le dio un beso en la frente y salió disparado hacia el escenario, donde el joven encargado de la acústica se dedicaba a recoger los micrófonos. Alguien propuso entonces

unir dos mesas, justo antes de que Luifer apareciera con la comanda. El camarero tomó nota de las bebidas como pudo en medio del follón que se había organizado con la ampliación. En total, fueron cuatro cubatas, tres cervezas —el holandés se había bebido la suya de dos tragos— y un whisky con hielo. A su lado, el grupo del cumpleaños, bastante entonadito, se levantó y se dirigió a la barra entre risas y cánticos. Dos de los componentes de tan extravagante celebración ayudaban a una joven que arrastraba los pies y decía *los quiero a todos* torpemente una y otra vez y sin sentido aparente. Una chica le puso un cubito de hielo en la nuca y le recriminó algo a uno de los chicos. En la barra, Iván, el escritor, levantaba el dedo índice en demanda de alcohol y lanzaba piropos a las camareras.

Loco le preguntó a Chiqui si conocía a alguien que pudiera asesorarle sobre ritmos tradicionales del Archipiélago, para un trabajo que tenía entre manos. El teclista le informó de que su hermano estaba bastante documentado en la materia y que había tocado en una banda folk hacía un par de años. Pablo se burló de él preguntándole si ahora se iba a dedicar al folclore, pero hizo caso omiso de sus palabras y se limitó a sonreír. Cuando Luifer llegó con las copas, Loco aprovechó para lanzar una mirada furtiva a Adolfo y lo pilló observando una especie de bola blanca que tenía en sus manos y con la que jugaba distraídamente pasándosela entre los dedos. Vaya imbécil, pensó, me ha jodido la noche. Ramón y Marta se incorporaron a la reunión en ese momento. La pareja saludó a Loco y éste aprovechó para quedar con Ramón para el día siguiente. La relación entre el batería y la flautista había comenzado precisamente en aquel local hacía un par de meses. Ella frecuentaba el pub los fines de semana y había visto tocar al batería en diferentes formaciones. La noche que se conocieron, había asistido con un grupo de amigas y una de ellas se lo presentó. Estuvieron tomando copas y charlando durante bastante tiempo, lo que Marta aprovechó para contarle que le gustaría tocar música moderna y para pedirle su opinión sobre la posibilidad de entrar a formar parte de alguna de las bandas a las que él pertenecía. Al día siguiente, Estrella se encontraba ensayando con Ramón y Chiqui en casa de éstos una selección de piezas standard del repertorio jazzístico. A pesar de que no le era del todo desconocido —había realizado

algún cursillo de iniciación—, tardó algún tiempo en acostumbrarse a las peculiaridades del nuevo estilo al que se enfrentaba, aun todavía se le atravesaban algunas escalas y, sobre todo, las síncopas y fraseos característicos, por no hablar de la improvisación; pero avanzaba rápidamente y ya se atrevía a interpretar algunos temas en público.

— Oye, Loco, ¿aquél no es Adolfo? —Chiqui había descubierto al diseñador mientras echaba una ojeada a la plataforma desde la que se controlaba el sonido de la sala, donde Sergio y Rubén, con unos cascos, intentaban localizar el punto exacto donde daba comienzo *Arrebatado* en la cinta que le había dejado Musta para grabar.

— Ajá—a Loco se le notó que el descubrimiento del pianista no le entusiasmaba.

— Eh, Adolfo. ¡Adolfo! —el interpelado alzó la vista y la dirigió hacia el grupo—. ¿Qué haces ahí solo? Siéntate aquí con nosotros.

A Loco se le revolvieron las tripas y a punto estuvo de levantarse, pero le pareció un poco fuerte y, además, le apetecía tomarse el cubata que Luifer le acababa de dejar sobre la mesa. Adolfo se sentó entre Musta y Chiqui, quien le preguntó si esperaba a alguien y si había escuchado el concierto. Adolfo se explayó narrando lo bien que se lo había pasado con la última pieza y la putada que era que los excelentes músicos que tenían en la tierra no fueran valorados como realmente se merecían. Se lamentó del hecho insular y del colonialismo al que, según él, estaban sometidos.

— Si estuviéramos en Madrid —sentenció Adolfo—, ya hace tiempo que tendrías un buen contrato discográfico y te pasarías el año de gira.

Chiqui asintió. Luifer dejó sobre la zona de la mesa que ocupaban una cerveza y el whisky de Musta.

— ¿Tú? ¿Bebida? —preguntó el sudafricano a Adolfo.

El camarero se anticipó a la respuesta de su amigo.

— No, Adolfo, se ha pasado al agua. ¿Qué, otro vasito o directamente una botella? Una noche es una noche.

Adolfo puso cara de circunstancias y le dijo a Luifer que un vaso, por favor, entre las pesadas bromas de sus compañeros de tertulia. Iván dejó la barra con una

copa en las manos y se dirigió tambaleándose a las mesas ocupadas por los músicos y sus amigos. Llevaba un rato observándolos y aprovechó el jolgorio que había producido el comentario del camarero para iniciar una torpe maniobra de acercamiento. Para entonces, en el patio sólo quedaban él, dos tipos con pinta de ejecutivos charlando en la barra, una pareja sentada en una de las mesas altas, el grupo donde se encontraba Adolfo y el personal de la sala. Bruscamente, la música cesó. Rubén, desde la plataforma, solicitó atención y, acto seguido, comenzó a sonar la grabación de *Arrebatado*. En las mesas se produjo un pequeño revuelo que dio paso a un atento silencio. Iván, a medio camino, se giró hacia la plataforma y allí se quedó hasta que finalizó la pieza, con la cabeza exageradamente erguida, los ojos cerrados y apoyado en una de las mesas para no perder el equilibrio.

Los músicos, a excepción de Musta, estaban tensos, reviviendo la ejecución a través de las columnas de la sala. Adolfo observaba a Loco que, junto al resto de los reunidos, seguía el acelerado ritmo de la pieza con la cabeza y los pies. Pablo y Laura tenían los ojos cerrados, Chiqui, por el contrario, parecía observar su copa con los párpados bien abiertos, Pet hacía como que tocaba el saxo, Estrella fumaba y se divertía con las payasadas que Rubén le dedicaba desde la plataforma, Ramón y Marta tenían las manos entrelazadas y se miraban, y Musta sonreía a una de las camareras de la barra. Al llegar a los solos, comenzaron a escucharse aullidos y silbidos, a la par que el improvisado esquema coreográfico creado por el grupo cobraba mayor vivacidad. Cuando le tocó el turno al saxo, Pet se tapó los oídos, desatando la hilaridad de sus compañeros. Por fin, la gran exhibición a cargo de la sección rítmica y el bullicio del público al concluir la interpretación.

Tras unos segundos de silencio, volvió a sonar la música de Rubén Blades, que se convirtió en banda sonora del cruce de felicitaciones que se produjo entre los componentes del grupo y sus allegados. Loco le tendió la mano a Pablo en señal de reconocimiento y éste se la estrechó con emoción. Los músicos discutían acerca de sus aciertos y sus errores, mientras Adolfo repetía *fantástico* una y otra vez. Fue en ese momento cuando Iván aterrizó sobre las mesas. La irrupción del escritor cogió por

sorpresa a todo el mundo. Loco y Pablo se apresuraron a levantarlo y Luifer apareció con una bayeta para limpiar el líquido que se había derramado, tras comprobar que, afortunadamente, no se había roto ningún vaso.

— Tranquilos, tranquilos. Enseguida les repongo las copas —comunicó el camarero.

Tras recuperarse del vahído etílico que acababa de sufrir, Iván comenzó a largarles todo tipo de insultos y a decirles que su música era una mierda. Adolfo se estaba temiendo algo parecido, pues conocía de sobra las salidas de tono de aquel proyecto de escritor cuando estaba bebido.

— Yo sí soy un artista, pandilla de vagos —Iván hablaba con dificultad, como si la lengua se negara a obedecer las órdenes que le llegaban lenta y torpemente desde el cerebro—. ¿Qué se creen?, ¿que por tocar en un antro como éste se pueden llamar músicos?

Los compañeros intentaron ignorarlo y continuaron las conversaciones que mantenían antes de aquella desagradable intromisión, pero el borracho, ante tal desplante, reaccionó con mayor virulencia, dando una fuerte palmada en la mesa y gritando.

— Venga, a tocar, imbéciles. Yo soy un cliente de este local y exijo que suban a tocar. Venga, ¡que empiece la verbena! —un ataque de tos seca interrumpió la carcajada que había comenzado a emitir en solitario. Fue entonces cuando intervino Musta.

— Tú mal. Tú casa —el bajista se había levantado y agarraba a Iván por un brazo—.

El escritor seguía con su ataque. Pablo quiso intervenir para que Musta no se viera envuelto en problemas que le podrían traer graves consecuencias dada su condición de inmigrante, pero éste le hizo un gesto para que se estuviera tranquilo. No problema. Una vez hubo acabado de toser, Iván escupió en el suelo e intentó empujar a Musta con las dos manos, pero no consiguió mover aquel metro ochenta de sólida constitución.

— Negrito, suéltame el brazo.

— Tú caes, yo ayudar salir. Yo taxi.

— Tú Chita, yo Tarzán —se burló Iván.

Marta tuvo que agarrar a Ramón para que no se levantara, al tiempo que Luifer, Sergio y Rubén se acercaban al lugar. La situación era tensa. Adolfo intentó mediar, pero Iván le ordenó que se callara, que eso lo arreglaba él a trompadas. Entonces ocurrió algo que nadie se esperaba. Musta tomó al escritor entre sus brazos, como si de un bebé se tratara, y se dirigió hacia la salida entonando algo parecido a un cántico religioso.

— Llamar taxi. No problema —gritó a las camareras de camino a la calle.

Iván se resistió un poco, pero pronto entró en un profundo sueño del que ya no despertaría hasta encontrarse en el interior del taxi. Chiqui y Sergio acompañaron a Musta en su cómica procesión, ante la atónita mirada de todos los presentes, quienes, al cabo de un rato, estallaron en sonoras carcajadas y prosiguieron su tertulia.

Cinco minutos después, Musta y sus ayudantes ya estaban de vuelta. Los comentarios jocosos de Chiqui narrando lo acontecido centraron la atención del corrillo. Tras un cuarto de hora en el que la conversación había derivado hacia aspectos demasiado técnicos, alrededor de las tres y media de la madrugada, Pablo y Laura anunciaron a los presentes que debían retirarse porque habían dejado al niño en casa de una amiga y tenían que recogerlo. Estrella, Rubén y Pet aprovecharon también para levantarse y despedirse. Sergio intercambió algunas palabras con el holandés a solas y salió junto con éste de la sala, tras preguntarle a Luifer si no le importaba encargarse de apagar los equipos. Adolfo sabía que la reunión estaba próxima a su fin, y que Loco no tardaría tampoco en desaparecer. Sabía que no había avanzado demasiado en su tarea, y que amanecería en unas pocas horas. Tenía que hacer algo rápidamente y decidió tomar la iniciativa, justo en el momento en el que Loco, tras unos minutos de indecisión, se había incorporado y comenzaba a despedirse del personal, especialmente de Ramón, a quien le recordaba su cita de aquella mañana.

Adolfo reaccionó de inmediato. Rodeó las mesas unidas y se situó a la altura del cubano, al que no debió de agradarle demasiado aquella estratagema desesperada, a tenor de la penetrante mirada que le lanzó por encima del hombro, suficiente para fulminar a cualquiera que no llevara una esfera mágica escondida en un bolsillo del

pantalón.

— Loco, necesito hablar contigo —Adolfo perseguía a su amigo a través del patio.

— Déjame en paz.

— No entiendo por qué estás tan cabreado.

— Vale, déjalo para mañana —Loco empujó la puerta que daba al pasillo y a punto estuvo de darle con ella en las narices a Adolfo.

— Eh, espera un momento. Tú yo tenemos que hablar y dejar claras un par de cosas. Cuanto antes lo hagamos, mejor.

Loco había alcanzado la calle y miraba a izquierda y derecha, sin tener muy claro a dónde dirigirse. Adolfo seguía hablándole, pero él prefería no escucharle. A unos veinte metros frente a ellos, sentados en el capó de un viejo y destartado Panda de color crema, se encontraban Pet y Sergio, que charlaban desenfadadamente mientras quemaban un porro. Las mesas de la terraza estaban recogidas y en ese momento se apagó el luminoso que servía de reclamo al pub. La noche era agradable, tibia, y la ciudad dormía plácidamente. Las palabras de Adolfo retumbaban en la cabeza de Loco como una apisonadora, lo estaba poniendo realmente nervioso. El cubano se apoyó en la fachada.

— ¿Qué tú quieres, chico? —el tono de Loco denotaba cansancio y resignación.

— Hablar —Adolfo sintió que estaba ganando la batalla.

— ¿De qué? —el cubano miraba al suelo.

— De nosotros, de María, de todo.

— Venga, dispara —Loco dejó escapar un resoplido de hastío.

— No, aquí no. Mejor damos una vuelta.

Tenían tres posibilidades. Tomar el callejón trazado en perpendicular hacia el Cuasquías y en el que se encontraban Sergio y Pet; girar a la derecha, a una vía peatonal que conducía a la calle mayor de Triana, auténtico corazón comercial de la zona; u optar por el corto tramo de la izquierda que moría en la bajada que llevaba al cruce entre el comienzo de Triana y la carretera del Centro. Un poco más abajo, el Pérez Galdós,

en cuyas inmediaciones se encontraba aparcado el escarabajo negro del cubano. Se decidieron por esta última alternativa. Loco pensó que de esa manera la conversación finalizaría al llegar al coche, y a Adolfo le daba exactamente igual un camino que otro.

— Vamos a ver, cuéntame qué te pasa.

— No —Loco intentaba marcar un paso un tanto acelerado—, eres tú quien parece tener problemas.

— Oye, así no vamos a ningún lado. Si quieres, hablamos, y si no, me doy media vuelta y me voy. Tampoco tengo por qué aguantar tus desaires —Adolfo había llegado al límite de su paciencia,... y Loco también. Se frenó en seco y se enfrentó a su fastidioso compañero.

— Mira, chico, ¿qué clase de tonto eres tú? ¿Desaires? ¿Cómo llamarías tú a la gilipollez que le hiciste a María? ¿Qué te crees, el ombligo del mundo? Si quieres darte la vuelta, vete de una vez y no me des más la vara.

— Ah, eso era. Resulta que todo se reduce a mi actitud con María. ¿Qué pasa, que te dejó plantado? —de nuevo, el picorcillo en el muslo—. Perdona. Venga, hablemos de María. Parece que el destino de nuestra amistad pasa inevitablemente por esa mujer que tenemos a medias.

Loco fue consciente en ese momento de que, de alguna manera, Adolfo ya estaba al tanto de su relación. Quizá había sido él mismo quien, con su actitud, había terminado por desvelar todo el pastel. Entonces bajó de la nube a la que había estado encaramado desde que discutió con María. Frente a él tenía a un amigo al que, en cierta medida, había traicionado. No por haberse enrollado con la mujer a la que amaba desde hacía años, al fin y al cabo nadie es patrimonio de nadie, sino por no habérselo dicho en su momento. Comprendió la postura de Adolfo y lo duro que tenía que ser para él todo aquello. Lamentó haberle dejado solo en el Cuasquías y haberle sometido a la tortura de la indiferencia delante de sus amigos comunes. Si había alguien que debiera cargar con la culpa de cuanto estaba ocurriendo, ése era él, Hipólito Ramos Bejerano. La situación se había enredado más de la cuenta aquella noche. El enfado y las sospechas

de Adolfo, para empezar, y luego la bronca con María. Se preguntó quién le mandaría a él meterse en esos fregados y hasta qué punto valía la pena estropear una amistad de aquella manera.

— Dolfi, te debo una disculpa.

— Vaya, parece que, por fin, reaccionas. Déjate de disculpas. La noche no ha sido fácil para ninguno de nosotros. Lo que sí tenemos que hacer es aclarar esas cosas que están comenzando a separarnos.

— Tengo una idea. Cogemos el coche y nos vamos a la playa. A estas horas es un lugar ideal para relajarse y mantener una agradable conversación con un buen amigo, ¿OK?

— OK.

Antes de arrancar, Loco le ofreció a Adolfo una raya, pero éste declinó sin saber muy bien por qué, quizá por la misma razón por la que no había probado el vodka desde que abrió la caja del abuelo. El cubano decidió no esnifar tampoco y comentó que tenía razón, que para hablar de hombre a hombre no necesitaban aquella porquería. No obstante, encendió un porro que llevaba en el bolsillo de la camisa. Puso en marcha el motor y se dirigió al cruce con la intención de incorporarse a la carretera del Centro en dirección a la avenida marítima. La autopista corría paralela al mar y desde ella se podía observar el reflejo de la luna en las tranquilas aguas y las luces de los barcos que se encontraban fondeados en la bahía. De cuando en cuando, aparecía dibujada la figura de un pescador aferrado a su caña y parapetado entre varias capas de abrigo para hacer frente a los rigores del relente. Mientras le pasaba el porro a Adolfo, que rehusó, le comentó que Gran Canaria era como Cuba en pequeño y que cada vez se sentía más integrado en la isla.

— Seguro que mis antepasados partieron de aquí. Mira, el Puerto, los barcos, el mar, la brisa,... Me da la impresión de que jamás he salido de mi tierra.

Adolfo también miraba al mar, pero se había perdido en sus recuerdos. Evocaba sus primeros viajes de estudiante a bordo de un correílo, un pequeño transporte a caballo entre un barco de pesca y un ferry, y la imagen nocturna del Puerto al partir o

regresar. Todo era luz y oscuridad. La noche, la luna, los barcos, los faros, los muelles, los barrios,... Era una visión única que le había impactado y acompañado desde entonces. Siempre que se hallaba fuera de la isla y comenzaba a sentir añoranza, su primer recuerdo era el de una noche de luna llena plagada de estrellas en la proa de un barco que se adentraba en la bahía.

Capítulo XIII.

Conseguir un aparcamiento en las inmediaciones de la playa de Las Canteras era un auténtico calvario incluso entre semana; la cantidad de viviendas, residencias, apartamentos y hoteles, junto al sinfín de locales de ocio que proliferaban en la zona, se unían a la caótica infraestructura de estacionamientos para hacer del Puerto una especie de olla a presión que alcanzaba su punto máximo de ebullición los fines de semana. Sin embargo, aquella noche, ese sector de la ciudad presentaba un aspecto semidesértico y, después de un par de vueltas por aquel entramado de calles estrechas y vías peatonales, Adolfo y Loco consiguieron un hueco a dos manzanas del paseo, a la altura de la llamada Playa Chica, una especie de caletilla artificial que se encontraba en el mismo corazón de la extensa franja de arena que servía de escaparate turístico a la capital. Eran las cuatro de la madrugada y la mayoría de los pubs y discotecas habían cerrado, en la calle sólo se veía algún sujeto acurrucado entre planchas de cartón en el portal de algún edificio y pequeños grupos de marineros, pertenecientes a algún barco extranjero que acababa de llegar a la isla, andando sin rumbo de un lado para otro y preguntando torpemente por mujeres. Alguna pareja, algún camello, algún guardia, alguna prostituta... y poco más. De camino a la playa, Loco sacó dos cervezas de un expendedor automático de bebidas.

Al llegar a la avenida, el cubano le propuso a su amigo sentarse en la arena y éste aceptó. Bajaron la escalera y se sentaron al pie del muro de contención del paseo, allí era difícil que pudieran ser vistos y querían disponer de la máxima intimidad. Loco le ofreció una de las dos cervezas a Adolfo y éste, tras dudarlo un breve instante, acabó por cogerla. No le apetecía, pero no quería seguir despreciando ofertas de su compañero. Al fin y al cabo, una birra no era nada. El cubano rompió el fuego. Abrió

su lata y, tras tomar un largo y espumoso trago, comenzó a ponerle al corriente de todo lo que había acontecido con María. Cuándo y cómo había comenzado su relación, el empeño de aquélla por mantenerla en secreto, cómo se veían, que él no estaba seguro de que la cosa fuera en serio, lo difícil que era esa mujer, el encargo que le había hecho para Tres en Raya, la bronca que habían tenido esa noche, lo mal que se sentía por no habérselo dicho, que lamentaba haberse enfadado con él y su actitud en el pub... Adolfo sabía que debía ser lo más comprensivo posible, pero la sangre comenzaba a hervirle en las venas y la bolita a quemarle en el bolsillo. Loco se estaba sincerando y se merecía un respeto y una gran dosis de indulgencia por su parte. Él es así, pensó, natural, vitalista, sencillo. No es culpa suya que María tenga tan mal gusto. No se podía explicar cómo la odiosa promotora de MARGEN EASP podía haber caído tan bajo al enrollarse con aquel energúmeno que no se cortaba en decir que nunca se la había tomado en serio. El calor de la bola comenzó a traspasarle la carne. Loco seguía hablando. Un polvo es un polvo, no hay que buscarle mayor trascendencia, pero las mujeres son así de acaparadoras, enseguida van a casarte. Son unas conejitas. Aquellas palabras colmaron la paciencia de Adolfo.

— Loco, eres una mierda, ¿sabes? —una lengua de fuego le atravesó el muslo de lado a lado. A Adolfo se le saltaron las lágrimas, pero resistió estoicamente la embestida esotérica e insistió—. Una mierda de ojos verdes.

— ¿Qué tú estás diciendo, pingajo? —el insulto de Adolfo cogió a Loco por sorpresa, provocando en él un arrebato de cólera que le hizo incorporarse.

Adolfo también se levantó. El incendio que la esfera había provocado en el muslo se estaba extendiendo a toda la pierna y sabía que no estaba obrando conforme a lo que se esperaba, pero la mezcla de tensiones y frustraciones acumuladas durante años podían más que todos los dolores del mundo. Su mente estaba llena de las últimas palabras del cubano y de cientos de imágenes de María, de desprecios, desaires, de noches eternas evocando su imagen, de amor, de odio. Volvió a repetirle que era una mierda y un maldito chulo cubano, al tiempo que le propinaba un empujón que a punto estuvo de derribarlo. Loco reaccionó con destreza y le lanzó un directo de izquierda

que rozó la mandíbula de su enfurecido contrincante. Adolfo cayó a la arena quejándose agriamente. Para perplejidad de su agresor, el diseñador se echaba las manos a su muslo derecho y se retorció como una serpiente. Él hubiese jurado que no le había tocado la pierna. La imagen de su amigo era tan penosa, que su desconcierto se convirtió rápidamente en lástima y arrepentimiento.

— Dolfi, Dolfi, ¿qué te pasa? —el cubano intentó ayudarlo, pero su dolorido compañero se lo impidió con una mano—. Oye, chico, perdona... Es que te pusiste fatal. Yo...

Adolfo notó que el calor iba remitiendo hasta casi desaparecer. Se palpó el muslo desde el interior del pantalón, pero no notó que se hubiese producido ninguna herida. De todas formas, prefirió permanecer unos minutos más tumbado en la fría arena. No quería hablar con Loco, la rabia le seguía carcomiendo el pecho y las imágenes aún no se habían disipado totalmente. Tuvo ganas de llorar, pero no quería parecer un blandengue, anotar un nuevo mérito en su currículum de imbécil *cum laude* y experimentado. El cubano había vuelto a sentarse y apuraba su cerveza entre reflexiones.

— Entiendo que te haya sentado mal lo que te dije, yo tampoco me siento especialmente orgulloso, pero es mi forma de ver y vivir la vida. Lo siento. Sé que amas a María como yo nunca podré hacerlo y que te sientes especialmente protector con ella. No me entiendas mal, no me estoy aprovechando, es que yo vivo el amor de otra manera. ¿Sabes? En Cuba estaba casado. Para mí fue terrible tener que partir y dejar allí a Estela. Decidí que ya más nunca me volvería a enamorar. No vale la pena, Dolfi, no vale la pena. El amor sólo trae disgustos. Hay que vivir la sexualidad de una manera más superficial y desenfadada.

Adolfo lo escuchaba y por primera vez sintió que Loco hablaba con el corazón. Se sentó y le pidió perdón. Ahora era él el que se sentía avergonzado. El cubano le preguntó si le había hecho daño, pero Adolfo le restó importancia al puñetazo y al dolor de la pierna, a pesar de que tenía un pequeño corte en el labio inferior, pero apenas sangraba.

— ¿Puedes entender lo que significa María para mí, Loco? Seguro que no.

Durante todos estos años, he visto cómo me ignoraba y cómo iba cambiando de pareja sin importarle lo que yo sentía, despreciándome, hiriéndome. Y yo, manteniendo la ilusión de que quizá algún día...

— No es cierto que no le importes. Ni por nada del mundo quería que supieras lo nuestro. Esa mujer tiene algo contigo, no sé. A lo mejor es amor o amistad... o tal vez sea sólo sentimiento de madre . Pero, que le importas, es seguro.

— ¿Tú crees?

— Dolfi, nadie aguanta tanto a nadie como María te aguanta a ti, si no le estima aunque sea un poquitito.

— Sí, pero a lo mejor es sólo piedad.

— María no tiene vocación de monja, Dolfi. Eso lo puedes tener claro.

Adolfo luchaba contra la esperanza, no quería abrir otra puerta que le llevara a un nuevo fracaso. Nunca había hablado con el cubano en aquellos términos. Loco se protegía tras una coraza de suficiencia y frivolidad con la que él nunca había terminado de comulgar. De pronto, sintió deseos de saber más de él, de conocer sus deseos, sus problemas, su historia,...

— Háblame de Estela —le dijo, al tiempo que se recostaba en la arena y apoyaba su cabeza en la pared azul que limitaba la playa.

Loco se sonrió y comenzó el relato de su vida. Una infancia de miserias y de amplia solidaridad popular, rodeado siempre por la música, que brotaba en las calles y en las esquinas, y en las reuniones y en los juegos. Una juventud marcada por el fervor revolucionario y por las clases de solfeo, piano, canto,... impartidas por estrictos y cuadrículados profesores de la Unión Soviética.

— Fíjate, Dolfi, qué tendrá que ver la idiosincrasia caribeña con todo aquello. Allí estábamos los morenitos calientes, llenos de ritmo y calor, traspasados por los témpanos de hielo de un músico siberiano.

Fue en aquel tiempo cuando conoció a Estela. Ella era actriz. Cuando habló de su mujer, a Loco se le empañaron las pupilas. Se la describió a Adolfo con ternura y añoranza, con un aire de inocencia tan impropio de él, que a su compañero le pareció

que nunca antes había oído hablar a su amigo.

— Yo la llamaba Gacelita, mi gacela. Era... es preciosa, y de una dulzura que ya no he vuelto a ver jamás en ninguna otra mujer.

Adolfo se la fue imaginando a medida que Loco le hablaba. Fue reconstruyendo el perfil de una mujer que no conocía, pero que le llegaba nítida a través de las palabras de su marido. La vio sentada en un parque que tampoco conocía, leyendo el guión de una obra que debía memorizar. Frágil, alegre, de ojos negros, mirada clara y pómulos marcados. Vio las arrugas de su frente cuando algo no le gustaba y la sonrisa exagerada al acudir a su encuentro. También vio su pelo, castaño, rizado y su piel rosada salpicada de pecas que eran como estrellas en aquel universo en negativo. Su apoyo constante a los proyectos de Loco, su propio esfuerzo por despuntar en su carrera. La boda, las fiestas, las reuniones, el círculo de amigos. La imagen de la despedida. El nudo que a Loco se le hizo en ese momento en la garganta, los besos bañados en lágrimas, los no me olvides, los te quiero. Un paisaje de maletas y pañuelos corriendo por los pasillos, un Loco huyendo de su destino y una Gacela herida con el corazón roto perdiéndose en un tumulto de cuerpos y de voces.

El policía nacional se había asegurado de llegar a donde se encontraban sin que se percataran de su presencia. El otro agente, que lucía un poblado bigote, se había quedado al pie de la escalera con una mano apoyada amenazadoramente en la funda de la porra.

— Buenas noches.

Los dos amigos se volvieron sobresaltados y se levantaron de inmediato.

— Documentación, por favor —a una señal suya, su compañero encendió una linterna y se puso a buscar algo en la arena, alrededor de los dos amigos.

Adolfo sacó su estropeado carné de identidad y se lo dio al policía, quien leyó los datos. Loco se quedó inmóvil, helado. Recordó que no se había traído los papeles, normalmente no lo hacía cuando iba al Cuasquías. Afortunadamente, había dejado la papela de cocaína en el escarabajo. El agente volvió a pedirle la documentación y el cubano, muy nervioso, le contestó que no la llevaba encima.

— ¿Eres cubano? —el acento de Loco era inconfundible. En ese momento, el del mostacho vaciaba las latas de cerveza y las sacudía intentando averiguar si contenían algo más.

— Sí, sí, pero estoy legal. Permiso de residencia y todo, pero tengo los papeles en casa. Si quiere...

No le escuchaba. Tras recibir el informe de su compañero, que no había hallado nada de lo que buscaban en el lugar, el que parecía estar al mando le entregó el DNI de Adolfo al otro y le pidió que lo comprobara por radio.

— ¿Qué hacíais aquí?

Adolfo tomó la iniciativa.

— Hablábamos, simplemente. Yo puedo confirmar...

— ¿Cómo te hiciste ese corte en el labio? ¿Alguna pelea?

— No, no...

— ¿A qué te dedicas tú, cubano?

— Soy músico.

— Un momento, no se muevan de aquí —el agente se dirigió al encuentro de su compañero y volvió con el carné de Adolfo—. Toma —se lo entregó—, tú puedes irte. El cubano se viene con nosotros.

— ¿A dónde se lo llevan? No estábamos haciendo nada ilegal, sólo hablábamos. No lo puede detener por eso.

— Tranquilo, tranquilo, si no quieres que te llevemos a ti también. Es un extranjero y está indocumentado, ¿vale? Si tanto le aprecias, lo mejor que puedes hacer es intentar conseguir esos papeles. Venga, vamos —el segundo agente le colocó unas esposas y tiró de él.

— Eh, cuidado, no soy un delincuente —Loco se revolvió y el policía le sujetó los dos brazos—.

— Eso ya lo veremos, ¡andando!

Loco estaba desesperado. Adolfo no sabía qué hacer.

— Loco, los papeles, ¿dónde están?

— Llama a María, Dolfi, ella sabe. Están en mi casa.

Adolfo los siguió hasta que se metieron en el coche patrulla y desaparecieron. No sabía qué hora era. A unos cien metros, divisó la figura de un hombre que salía de un portal y se dirigió hacia él para preguntarle. Las cinco y veinte, no sabía que fuera tan tarde. De pronto, recordó. ¿A qué hora amanecería? Sacó la bola del bolsillo y la examinó cuidadosamente, intentando averiguar si tenía algún otro poder oculto que el abuelo no le hubiera mencionado en la carta. Se concentró lo mejor que podía y le pidió alguna señal. No notó nada. La frotó, se la pasó por la frente, hizo la señal de la Cruz con ella, la lanzó al aire, la agitó,... nanay. Maldito boliche de barro, no sirve para nada, se dijo, mientras volvía a guardar la esfera. No sabía qué tiempo le quedaba y eso le planteó una duda importante. Prácticamente, había arreglado su asunto con Loco, y, si no volvía a casa antes del amanecer, el sortilegio se rompería. Por otro lado, ¿qué podía hacer ahora por su amigo? Rebuscó en el bolsillo en el que solía guardar la calderilla y sólo encontró unas monedas. Quince pesetas. ¿Llamar a María y que ella se encargue de todo? Tardaría una media hora en llegar a su casa caminando. Pobre Loco, debía de estar pasándolo fatal. Volvió a sacar la esfera, pero no encontró ningún signo que le indicara el camino a seguir. Si me decido por ayudar al cubano, probablemente me dé las doce del mediodía en comisaría, y todo se habrá ido al garete.

Estuvo andando nervioso de un lado para otro, reflexionando en torno a los pros y los contras de cada una de las opciones. De pronto, se paró. No podía dejar tirado a su amigo. Ya era hora de hacer algo positivo en su vida. Tenía la oportunidad de romper el maleficio, de acabar con su desidia, con su tendencia a dejar que los demás lo resolvieran todo. Ayudaría a su compañero aun a costa de perder su propia felicidad. Al fin y al cabo, al menos habría logrado triunfar en uno de los niveles a los que se había enfrentado. Porque, si eso no era amistad, entonces nunca sabría lo que era. Se puso en marcha, había perdido un tiempo precioso y tenía que darse prisa. Buscó una cabina y marcó el número de María. Tras unos segundos, una voz temblorosa, ronca y apagada sonó por el auricular.

— ¿Quién es? —las monedas desaparecieron por la ranura estrellándose

sonoramente en el depósito. La pantallita del teléfono público le indicó que disponía de crédito cero.

— María, soy Adolfo. Escúchame con atención. Ya sé que es tarde, pero es una urgencia. Loco está en problemas. Por favor, coge el coche y ven a buscarme. Te espero en la plazoleta de Farray.

María estaba aturdida. Pensó que se trataba de un sueño. No, de una pesadilla. ¿Qué hacía Adolfo a esas horas de la madrugada llamándola y hablándole del cubano? ¿Habría enloquecido ya definitivamente? Éste es el remate a una jornada alucinante, pensó. Entornó la puerta del cuarto de Ayose y vio a Elena durmiendo junto al niño. Se puso lo primero que encontró y le escribió una nota a la canguro que, afortunadamente, había decidido quedarse a dormir allí esa noche. Espero estar de vuelta antes de que despierten. Cogió las llaves del coche y salió, cerrando la puerta con extremo cuidado.

Farray no estaba demasiado lejos del lugar desde donde Adolfo había llamado a su jefa. Ella tardaría unos quince minutos y él estaría allí en cinco, más o menos. Esperaba que María supiese dónde se encontraban los papeles del cubano, porque, si no, todo habría sido en vano. Caminaba despacio recordando la conversación que acababa de mantener con Loco en la playa. A pesar de todo lo ocurrido, se sentía bien. Lástima que la policía hubiera aparecido justo en ese momento y hubiera roto el encanto. La plazoleta de Farray era un conocido punto de encuentro de los modernos y progres de la ciudad y estaba situada al borde de una de las arterias vitales de la zona, la calle de Guanarteme, donde a esas horas ya había un cierto movimiento. Varios empleados municipales regaban el asfalto, al paso de camiones, furgones y otros vehículos comerciales que iniciaban la jornada, mientras otros se dedicaban a barrer la plaza y las aceras. Obreros, trabajadoras y algún trasnochador esperaban en la parada de guaguas.

María paró al borde de la acera y hizo sonar la bocina. Adolfo tiró al suelo el cigarro que le había pedido a uno de los obreros y se introdujo en el coche.

— Supongo que tendrás un buen motivo para hacerme levantar de la cama a estas horas —le advirtió, visiblemente malhumorada.

Adolfo la puso al tanto de la situación. María se echó manos a la cabeza y, por un momento, pensó que iba a pedirle que se bajara del coche, pero arrancó de improviso y se dirigió a casa de Loco.

— Espero que Rubén se haya quedado allí esta noche —exclamó María. Adolfo miró el reloj que había en el salpicadero. Las seis menos veinte. No lo iba a conseguir.

Por el camino, casi ni se hablaron. Al cabreo, María sumaba la evidencia de que Adolfo estaba al corriente de su relación con el cubano. Si no, ¿a cuento de qué iba a saber ella dónde guardaba los papeles? Le comentó a su amigo que Loco hacía honor a su nombre al salir sin documentación a la calle. Él asintió. Notaba a Adolfo excesivamente preocupado. Intentó calmarle diciéndole que, en cuanto le llevaran los papeles a la policía, lo pondrían en libertad. El diseñador le comentó que todo tenía que acabar antes de que saliera el sol. Ella no dijo nada, pero lo miró de una forma extraña y se dijo para sus adentros que su amigo estaba en las últimas.

Cinco minutos después, María estacionaba frente a un lúgubre edificio de apartamentos. Ambos se bajaron y se introdujeron en el portal. No había luz. Intentaron llamar al ascensor, pero no funcionaba.

— Vaya, lo que faltaba, tendremos que subir los cuatro pisos a pie —María ya se dirigía a la escalera.

Adolfo intentó seguirla, pero ella iba saltando los peldaños de dos en dos, y a él comenzaba a dolerle la rodilla. Cuando alcanzó la vivienda que Rubén y Loco compartían, ya María se encontraba dentro, rebuscando en un cajón de la mesa de noche de Loco, a la luz de una vela que un atónito Rubén sostenía entre sus dedos. Al entrar, chocó con Estrella que también se dirigía al cuarto a toda prisa abrochándose la blusa que se acababa de poner. Volvió a relatar lo sucedido, ante la petición de la desconcertada pareja. María juraba en arameo, maldecía a la compañía eléctrica por los cortes de suministro y lanzaba todo tipo de objetos por los aires. No encontraba los malditos papeles, él siempre los guardaba allí. Rubén comentó que el día anterior había tenido que presentarlos en la universidad, para intentar formalizar un contrato y que a lo mejor los había dejado en otro sitio. Adolfo sintió que el mundo se le venía encima.

Se lo había estado imaginando. Los papeles nunca aparecen cuando uno los necesita, y aquéllos no eran una excepción. Todos, menos él, que se encontraba petrificado, se pusieron manos a la obra, poniendo la habitación patas arriba y haciendo todo tipo de cábalas sobre dónde podría haberlos dejado.

— ¡En el coche! —gritó de pronto Estrella, como iluminada.

No, en el coche no, suplicó Adolfo. Estaba a punto de llorar. Loco se había llevado las llaves. Salió de la habitación y se dejó caer sobre uno de los sillones de la pequeña sala. Un reloj de sobremesa le advirtió de que ya eran casi las seis. El tiempo corría inexorable. Sabía que no serviría para nada, pero aferró la bola con todas sus fuerzas y le pidió al abuelo un milagro. Notó un pequeño destello, pero pensó que era producto del cansancio. Entonces volvió la luz y lo vio. Junto al televisor. Había un pasaporte. María llegaba en ese momento preguntándole si sabía dónde había dejado Loco el escarabajo. Le señaló el documento y ella confirmó que se trataba de lo que estaban buscando. Lo hojeó y comprobó que dentro estaban también, doblados, los certificados de residencia y de trabajo. Al menos eso sí que estaba en su lugar, suspiró.

Estrella y Rubén se ofrecieron a acompañarlos, pero María declinó el ofrecimiento aduciendo que no era necesario. Volvió a bajar las escaleras a toda velocidad, seguida de un jadeante Adolfo que le pedía una y otra vez que revisara si llevaba todo lo necesario. Ya en el coche, Adolfo volvió a mirar el reloj. Habían transcurrido cinco minutos más.

— María, ¿sabes a qué hora amanece?

— Oye, ¿de qué vas ahora, de vampiro? —suspiró profundamente y le contestó a regañadientes—. Sobre las seis y media, creo.

La comisaría del distrito se hallaba en una de las perpendiculares a la calle donde se encontraban, seis o siete manzanas más lejos. Llegarían en un minuto. Sin embargo, no habían recorrido ni cien metros cuando se encontraron con un camión de recogida de basura, de esos que avanzan un pequeño tramo cada media hora, y se vieron obligados a dar un enorme rodeo. A las seis y seis minutos, el coche de María aparcaba en las inmediaciones del edificio policial.

Entraron en las dependencias tras explicarle al guardia de la puerta a qué venían.

Dentro, tuvieron que esperar a que pasaran una pareja y un señor tembloroso que habían venido a formular una denuncia. Cuando les llegó el turno, el policía que les atendió examinó la documentación y, tras lanzarles un par de miradas desconfiadas, les anunció que tendrían que esperar un poco. A Adolfo, los minutos se le pasaban volando. Andaba de un lado a otro moviendo ostensiblemente la cabeza y los hombros. María le pidió que se calmara, pero él no la escuchó. A las seis y veinte, apareció el funcionario que los había atendido y les comunicó que aún iba a tardar un poquito. Adolfo se encaró con el policía y le exigió que lo sacaran ya, que aquello era una detención ilegal y que todo estaba en regla. María se quedó de piedra, jamás había visto así a su amigo. No le creía capaz de enfrentarse ni a una hormiga. Afortunadamente, el policía no se lo tomó en serio.

— Tranquilo, muchacho. Es sólo papeleo. En cuanto firme un par de documentos, podrá salir.

Efectivamente, al poco de acabar de hablar el agente, Loco apareció por la puerta que daba a las dependencias interiores acompañado por otro policía.

— ¡Adolfo!, ¡María! Ya pensaba que iba a quedarme aquí un tiempito.

Adolfo estaba fuera de sí. Contento y orgulloso de haber ayudado a su amigo, pero aterrado con la idea de que se deshiciera el sortilegio. Eran las seis y media. Se asomó a la puerta y se tranquilizó un poco al observar que seguía siendo de noche. Achuchó a sus amigos, a quienes casi empujaba al vehículo, y le pidió a María que lo llevara a su casa ¡in-me-dia-ta-men-te! María accedió no sin cierto desconcierto, mientras Loco repetía una y otra vez que su coche estaba cerca y que él se podría quedar por allí. Adolfo fue taxativo.

— O me llevan a mi casa a toda leche, o se olvidan de que tienen un amigo.

María y Loco se miraron y asintieron. Puso el motor en marcha y se estuvieron riendo de Adolfo todo el camino. Loco, que ocupaba el asiento trasero, se pasó el trayecto agradeciéndoles la molestia que se habían tomado y dándole palmaditas de cariño a Adolfo en la espalda. Éste, sin embargo, no hacía sino mirar hacia el cielo, esperando descubrir de un momento a otro el rayo mortal que lo fulminara. María

conducía fascinada con la obsesión del diseñador, mirando de cuando en cuando hacia donde estaba y sacudiendo la cabeza en señal de desconcierto.

Cuando llegaron, La Esquina ya estaba abierto y Asun montaba su chiringuito. Abrió la puerta, dijo adiós a secas y salió a todo trapo hacia su casa. En el cielo comenzaba a dibujarse la aurora. No esperó al ascensor. Al fin y al cabo, vivía en el primer piso. Subió las escaleras de dos en dos, desafiando a sus recuerdos y su rodilla, abrió la puerta con una destreza inédita, encendió la luz, sacó la esfera, se puso de rodillas frente a la mesa, la colocó en su punto, cogió la esfera de dos espirales, suspiró... Y en ese momento una tibia luz inundó, un breve instante, el salón y el cuerpo sudoroso de un joven que dormía profundamente.

ESFERA 2

Capítulo IX.

— Da igual. Las ideologías han muerto.

— Amén.

Adolfo se sentía completamente derrotado. Derrotado y traicionado. Derrotado, traicionado y cada vez más mareado. Las palabras de Loco no hacían sino confirmarle algo que venía sospechando desde hacía ya algún tiempo. ¿Cómo iba a saber el maldito cubano de ojos verdes —porque Loco tenía los ojos verdes— que lo de Tres en Raya iba de ropa juvenil basada en elementos tradicionales si no había hablado con María de ello? “No, no... a mí nada”. Mentira. Loco se la está tirando. Eso es seguro. Ahora está todo claro. Clarísimo. Amigo se hace llamar. Je, amigo —pleamar de vodka garganta adentro.

TEMA 4. Golpe de suerte

Abrió los ojos y, de nuevo, el Cuasquías. Tuvo que frotarse los párpados para cerciorarse de que no estaba soñando. Acababa de llegar a su casa al filo del amanecer y, de repente, regreso al punto cero, al origen de todo. Miró a su lado, y allí estaba Loco charlando con la violinista. Echó un vistazo a su alrededor y todo estaba igual. Gatos Pardos interpretaba el bolero de corte mexicano que ya había escuchado tres veces, Iván ocupaba la misma mesa donde él lo había descubierto... ¿cuándo? ¿Ayer? ¿Hoy? ¿Nunca? Estaba hecho un lío. Ni siquiera le hacía falta preguntar la hora. Faltaba poco para los doce y media. Así y todo, quiso confirmarlo y repitió una operación que ya

conocía. El chico de al lado le confirmó su sospecha. En ese momento cayó en la cuenta de que llevaba en la mano una de las esferas. La miró y comprobó que se trataba de la que tenía dos espirales. Trabajo. Pues sí que estoy yo para tratar de trabajos ahora, pensó. Guardó la bola en el mismo bolsillo derecho del pantalón, justo en el momento en que Loco besaba a su amiga.

Se le planteó un terrible dilema. ¿Debía obrar tal y como lo había hecho anteriormente o podía cambiar el guión? ¿Guardaba solamente él memoria de todo lo acontecido o, por ejemplo, Loco podría salirle ahora con un gracias por haberme sacado de la comisaría? Era una situación aún más extraña, si cabe, que todas las que había vivido hasta ese momento. Llegó a la conclusión de que lo mejor sería buscar las respuestas en la práctica. Atacó al cubano como recordaba lo había hecho, digamos, en la primera esfera.

— Está buena, ¿eh?

— Pssssh, no está mal —Loco bebió un sorbo de su cubata.

Hasta ese momento, todo se desarrollaba exactamente igual. Decidió entonces introducir alguna variante.

— Hombre, la tía está genial. Si me mirara como te mira a ti, yo no me lo pensaría dos veces —escrutó a su amigo con una mirada expectante.

— Te la regalo, chico. Está loca. Si pudiera, me secuestraba y me ataba a la cabecera de su cama.

No había sido un gran cambio. Tampoco él había cambiado demasiado su argumentación. Tenía la sensación de que, de continuar por ese camino, repetiría exactamente todo lo vivido con anterioridad. Igual funcionaba así, a una pequeña variación por su parte le correspondería un pequeño cambio en la situación; y a una grande, una alteración mayor. Optó por esta última vía.

— Loco, ¿te gusta este bolero? —dirigió su vista al escenario, como poniendo atención a lo que hacía Gatos Pardos, aunque en realidad observaba de reojo la reacción de su colega. Loco ni se inmutó.

— No está mal, pero, como el bolero cubano, no hay otro, Dolfi.

Se había producido el gran cambio. Había variado la historia sólo con permutar una frase por otra. Ya no le preguntaría al cubano si estaba enrollado con María, al menos con la poca delicadeza con que lo había hecho antes. De pronto, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Acababa de descubrir el enorme poder que tenía en sus manos. Conocía perfectamente cuanto iba a ocurrir y podría variar los acontecimientos a su antojo, porque era plenamente consciente del futuro. Era una responsabilidad demasiado grande, pero le gustaba. Por ejemplo, podría corregir su desplante a María y darle un nuevo rumbo a su encuentro. Estaba más excitado que nunca. Aprovechó que Luifer pasó a su lado y le pidió un vaso de agua con gas. Esperaba que el camarero se sonriera o que le soltara alguna broma, pero lo cierto es que lo único que hizo fue picarle un ojo y seguir andando. Igual no me entendió bien, se dijo, y se dispuso a seguir el concierto. Sabía que María haría su entrada teatral de un momento a otro, y no quería estropeársela.

— Buenas noches, pareja. ¿Qué, interesante el grupo?

A Adolfo le dio un salto el corazón. Estaba asistiendo a la película de su vida. Dejó que Loco la saludara y luego se volvió lentamente.

— Hola, María —le dijo serio, dando a entender que no estaba muy entusiasmado con su presencia, pero con corrección, asegurándose de que ella no pudiese sentirse ofendida. Un pequeño cambio en la situación, pensó, no más.

¡Bingo! María le dio un espontáneo beso en la mejilla. ¡No saldría corriendo del local! Luifer dejó el vaso de agua en la mesa y aprovechó para tomar nota del cubata que le pedía María. Adolfo se quedó mirando al camarero esperando algún comentario, pero nada. Estaba desconcertado. Igual es que no está de humor y no quiere andarse con tonterías, pensó. De todas formas, quiso dar un paso más antes de que se retirara.

— ¿Ves, Luifer? Un vaso de agua —sonreía absurdamente señalando el vaso, lo que provocó un instante de confusión en el camarero.

— ¿Y...? —le preguntó indiferente mientras se alejaba.

Loco hablaba en esos momentos con un amigo que se le había acercado y Adolfo notó que María le miraba con un cierto aire de incredulidad. Al mirarla, ella le preguntó

que si se encontraba mal, que qué había pasado con el vodka verde, y él le respondió que nada, que simplemente no le apetecía. Aquello sí que era extraño. A Luifer daba la impresión de parecerle normal que pidiera agua y, en cambio, a ella le chocaba. Estuvo haciendo memoria y cayó en la cuenta de que María no había tenido tiempo de descubrir su enigmática condición de abstemio en la etapa de la anterior esfera porque no había bebido nada en su presencia. Miró a la mesa, y allí estaba el vaso de vodka que había pedido antes de su regreso de no sabía muy bien dónde ni cuándo, hacía ya un rato, ileso. No sólo él era capaz de acordarse de las cosas vividas, el resto de la gente también. Pero, ¿de qué manera? Era algo que tenía que descubrir. María interrumpió sus cavilaciones para preguntarle qué le estaba pareciendo el concierto. Adolfo le dijo que bien, muy animado, pero que la canción que estaban interpretando en ese momento no le iba nada.

— Una ranchera, ¿no? —le apuntó su jefa.

— Más o menos —ironizó Adolfo.

Loco se incorporó a la conversación en el instante en que comenzaron los aplausos. Le pasó el brazo a María por el cuello y le dio un beso en los labios diciéndole que esa noche estaba bellísima. A Adolfo aquello le pareció un descaro. Hasta ahora la pareja nunca se había atrevido a hacerse carantoñas en su presencia. Realmente, aquí hay algo que no encaja, pensó, y se bebió el vaso de agua de un solo trago.

— Para finalizar, vamos a interpretarles pura dinamita —Pablo Valdés se dirigía al público—. Es un tema compuesto por Chiqui, nuestro intrépido pianista, pero arreglado por la banda para que cogiera algo de calidad —Chiqui y Pablo se cruzaron una mirada cómica y los asistentes irrumpieron en carcajadas—. Queremos ver bailar a todo el mundo, ¿eh? Esto se llama *Arrebatado*. Así que, a gosaaaaal.

Tema 5. Arrebatado (Instrumental)

Al escuchar el nombre de la pieza, Loco les comentó a sus amigos que Pablo le había hablado acerca de ella la pasada semana y que estaban terriblemente ilusionados,

pensaban que era lo mejor que habían hecho desde que montaron la banda. Adolfo le dijo que tenían razón y que no se lo perdiera, era fenomenal, si no se contaba el solo de Pet. Supo que había metido la pata. Nada ni nadie se lo había advertido, pero algo le decía que adelantar los acontecimientos no entraba en las reglas del juego. María le preguntó si no le gustaba cómo tocaba el holandés y él improvisó que sí, que le encantaba, pero que Ramón le había confesado que el saxofonista era el que más problemas estaba teniendo para adaptarse al frenético ritmo de *Arrebatado*. Su explicación pareció surtir el efecto deseado, pues Loco y María siguieron escuchando como si nada hubiese pasado. Y se juró que ya no volvería a incurrir en ese tremendo error.

Notó que María se esforzaba en estar a bien con él. Cada vez que loco se despistaba, se dedicaba a darle conversación, como si quisiera disculparse disimuladamente por la discusión de aquella mañana o por la demostración de cariño con la que el cubano le acababa de obsequiar. Cuando Luifer llegó con el cubata, María le extendió un billete de cinco mil pesetas, advirtiéndole a Adolfo que esa noche le tocaba pagar a ella. Tomó el cubata y bebió. Loco estaba absorto siguiendo a Gatos Pardos. María pasó a la ofensiva.

— Adolfo, tengo un problema.

Lo sabía. Cuando María se ponía tan amable con él, es que necesitaba algo. Maldita bruja interesada, pensó.

— Sé que no tengo derecho a pedirte un favor, pero mi situación es extrema. Maxi no puede hacer el trabajo.

Adolfo no supo qué hacer. Se quedó mirándola durante un rato, dudando entre reírse o mandarla directamente a paseo. Ahora resultaba que el gran Maxi, el genio de los diseños, le había dado calabazas y ella se arrastraba a sus pies. Increíble. Pensó en la esfera y en que, tal y como se estaban desarrollando los acontecimientos, ya no le iba a ser de gran utilidad. Lo que había estado esperando desde hacía años le llegaba de improviso. María le suplicaba que se hiciera cargo del logo central de una gran campaña. Contuvo su entusiasmo durante un instante. Recordó todo lo que había estado

reflexionando desde la mañana anterior. Había llegado a una clara conclusión: a él no le gustaba diseñar y, además, lo hacía bastante mal. Tenía que buscar su propio destino, encontrar algo con lo que disfrutara, donde pudiera rendir a tope, ser protagonista de su propia historia. No las tenía todas consigo. La tentación era demasiado fuerte como para hacerse justo ahora el héroe. Además, no iba a tirar por la borda todos esos años de esfuerzos... y la oportunidad de demostrarle a María lo que era capaz de hacer. Se lo pondría difícil de todas formas, no quería parecer desesperado y aún le quedaba su orgullo. Un picorcillo familiar comenzó a dejarse notar en el muslo.

— ¿Cómo puedes decirme eso después de lo de esta mañana?

— Ya lo sé. Fue un error. No esperaba que Maxi...

Adolfo la interrumpió. Tenía la sartén por el mango y podía freír en ella lo que le viniera en ganas.

— Sí, claro, yo de segundón, como siempre.

— Entiéndeme. Esto es muy importante para mí.

Tenía razón, pensó Adolfo. Maxi es un artista con el ordenador, con el Corel, con el Freehand y con la madre que lo parió, pero a él no le apetecía reconocerlo. Así que estuvo un buen rato haciéndola sufrir e intentando obligarla a que le dijera lo maravilloso que era, lo mucho que había progresado en los últimos tiempos y que ese trabajo estaba hecho para él, pero no lo conseguía. Volvió a la Tierra al escuchar la última frase de María.

— En realidad, puedo encargárselo a cualquier otro, pero tengo una deuda moral contigo.

Comenzaron los solos. Loco les animó a que no se lo perdieran. Adolfo se los conocía de memoria. María no, por eso aceptó la invitación de buen agrado y dejó a su compañero con la frase en la boca. En el Cuasquías reinaba un gran silencio, y Adolfo se vio tentado a levantarse y advertirle a Pet de que se tomara su intervención con calma, que, si no, estaría abocado al ridículo, pero rápidamente alejó aquella idea de su mente.

Capítulo X.

Se quedó pegado a su asiento. Uno entre un montón, se lamentó. Eso es lo que soy, lo que siempre he sido. Se preguntó cómo había podido caer en la trampa una vez más. Supo que se había estafado a sí mismo al ceder a la seducción laboral a la que María le había sometido. Había traicionado sus nuevas convicciones. Había demostrado que no estaba preparado para el cambio, que seguía siendo el perrito faldero de aquella mujer y que por mucho que se empeñara en evitarlo así iba a ser toda la vida. Recordó con cierta melancolía sus aspiraciones juveniles, quería ser maestro, escritor o periodista. De hecho, no escribía nada mal. Su facilidad para las letras había sido reconocida por sus profesores, tanto del instituto como de la Escuela de Magisterio, carrera ésta por la que se decidió finalmente ya que era la más corta de las tres. Durante sus años de estudios universitarios, llegó a publicar un pequeño libro de poemas, cuya edición corrió a cargo del Departamento de Literatura, y se hizo cargo de la dirección de la revista cultural que habían puesto en marcha los estudiantes. Entonces conoció a María, y su vida se transformó. Se olvidó de todo cuanto ansiaba e hipotecó su futuro en ella. La fuerza que transmitía, el amor que le profesaba y su inconfesada y ya madura vocación de perezoso hicieron que ni siquiera intentara presentarse a las oposiciones. Se aferró a ella como una cría de mono a su madre y dejó que ésta le transportara por las ramas de la existencia sin siquiera molestarse en mirar hacia abajo. Para matar el gusanillo de escritor frustrado se había comprado un diario un par de años atrás, aunque no fue capaz de pasar de la primera página.

¿Escribir? Era algo que tenía ya olvidado, pero que ahora, de repente, le apetecía. ¿Por qué no? Eso sí que le gustaba. No obstante, a estas alturas, mis facultades de juventud deben estar ya oxidadas y mis conocimientos del lenguaje, más que fosilizados,

se dijo. No, ya no sería capaz jamás de retomar aquella vocación. Notó un incendio en su pierna. Pensó que le había caído una colilla en el pantalón, pero pronto se dio cuenta de que se trataba de la bola. ¿Y a ésta qué le pasa ahora?, se preguntó, ya trataba a aquellos objetos mágicos con cierta familiaridad. La sacó del bolsillo y la colocó sobre la mesa. Ya había notado antes su calor, cuando estaba a punto de aceptar la oferta de María. ¿Qué quieres, que me dedique a escribir? —Adolfo intentaba comunicarse con la esfera—, ¿que abandone MARGEN y vuelva a comenzar de cero? ¿Y cómo me gano la vida? Escribiendo, imposible. El abuelo me dijo que yo debía elegir. Pues bien, elijo.

— María —Adolfo le tiró de la camisa para llamar su atención—. ¿Para cuándo necesitas el logo?

— No me digas que aceptas —María le regaló una inmensa sonrisa—. Eres un cielo, Adolfo, déjame que te abrace.

Adolfo se mantuvo tieso, no estaba para celebraciones.

— Dime para cuándo —su seriedad contrastaba con la alegría de María.

— ¿Para el lunes puedes tener los bocetos?

— El lunes tendrás el logo terminado.

— No hace falta que te des tanta prisa, hombre. Si quieres, nos vemos mañana y te explico algunas ideas que tengo.

— Vale, pero lo dicho: el logo lo tendrás el lunes... y necesito algo por adelantado.

— Eso está hecho. ¿Cuánto?

— Si pueden ser cinco...

— ¡Venga! —María sacó un billete de su bolso y se lo dio—.

— Gracias —Adolfo se sentía terriblemente incómodo—.

— Gracias a ti, eres un sol. ¿Quieres una copa?

— No —Adolfo se mostró seco y cortante.

María hizo un gesto de paz y ambos volvieron la vista al escenario. La sección rítmica iniciaba su exhibición.

Adolfo se levantó y se fue al baño. No saludó a Iván porque éste se encontraba

pasmado contemplando la actuación y porque no le daba la gana después de la desagradable escenita que sabía iba a protagonizar más tarde, si él no lo impedía, claro. Al salir del servicio se cruzó con un par de amigos, con los que intercambió alguna que otra frase y pidió un vaso de agua en la barra que estaba situada en aquella zona. Sabía que *Arrebatado* estaba a punto de finalizar y decidió esperar allí hasta entonces. Se llevó una mano al bolsillo y notó que no estaba la bola. ¡Se la había dejado encima de la mesa! Un sudor frío comenzó a correrle por la frente. ¿Cómo podía haber tenido semejante despiste? Salió disparado hacia la mesa y, al llegar, contempló horrorizado que había desaparecido. Miró debajo de la mesa, rodó la silla que había estado ocupando. No estaba allí. La sala irrumpió en una escandalosa ovación y cientos de pies comenzaron a deambular de un lado para otro. ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡Qué suerte la mía! Se levantó y vio que Loco y María lo miraban con curiosidad. Les preguntó por la bola, pero ninguno de los dos sabía nada. Miró alrededor, por si descubría algún rostro sospechoso, pero lo dejó porque en aquel instante todo el mundo le parecía culpable. Pensó en dar la orden de que se cerraran todas las puertas y cachear uno por uno a los que fueran saliendo, pero llegó a la conclusión de que lo tomarían por un pirado. Se dejó caer en la silla y apoyó los brazos sobre la mesa. Se sentía abatido, huérfano, desvalido. ¿Qué pasaría ahora?

Bis. No te empeñes más (Instrumental)

Loco y María intentaban consolarlo y le rogaban que les explicara por qué era tan importante la bola blanca que había perdido. Él se limitaba a responder que no podía decirles nada, pero que era cuestión de vida o muerte. Los dos compañeros de mesa se pusieron a buscar por los alrededores, pero tampoco encontraron nada.

— No te lo tomes así, hombre —María no acertaba a comprender la angustiada actitud de Adolfo.

— Déjenme, por favor —dijo, mientras levantaba una mano para reforzar su petición.

Se sentían realmente mal. No comprendían en absoluto lo que estaba pasando, pero no les gustaba ver a su amigo en aquel estado. Por otro lado, se estaban convirtiendo en el centro de atención de la sala. Estuvieron un rato sin emitir palabra hasta que Loco decidió romper el hielo. Le contó a María que aquella mañana había estado en la universidad y que era muy probable que le hicieran un contrato, que había rellenado la solicitud y que le responderían en un par de días, pero que el vicerrector le había asegurado que no iba a haber ningún problema. Ella le felicitó, pero le recordó que también tenía un contrato con ella y que ni se le ocurriera dejarla tirada. El cubano le tomó las manos y la tranquilizó: le encantaba trabajar para una jefa tan bonita.

Adolfo se había perdido una vez más. Ahora que había extraviado la bola, suponía que el sortilegio quedaba sin efecto. Intentó hacer balance de lo que había ocurrido hasta entonces. Él era plenamente consciente de cuanto había ocurrido con la anterior esfera y tenía la potestad de cambiar el transcurso de unos acontecimientos que se repetían inexorablemente. El resto de las personas parecía haber asumido el resultado de los sucesos ocurridos, aunque él aún no tenía muy claro si les ocurría lo mismo con los hechos concretos. Es decir, Luifer, por ejemplo, sabía que se había pasado al agua con gas, pero desconocía si recordaba cómo y cuándo se había producido el cambio. Si así fuera, ellos también sabrían qué es lo que iba a ocurrir, y eso era imposible. Loco actuaba con María en su presencia como si su relación sentimental fuera la más natural del mundo, como si supiera que él ya conocía sus vínculos y que habían estado hablado del tema, pero dudaba que recordara su conversación de la playa, la llegada de la policía, su detención, etcétera. Simplemente lo sabían, habían añadido a su memoria sensaciones y conceptos que eran producto de hechos que para ellos ni tan siquiera habían ocurrido aún. Probablemente, si le preguntara a Luifer que desde cuándo bebía él agua con gas, no sabría qué responderle. Llegó a la conclusión de que así era como funcionaba todo aquello. Se trataba de planos diferentes de una misma realidad, paralelos e interactivos, que podía manipular a su antojo. Sorprendente, se dijo. Lástima que lo haya echado a perder.

Alguien le tapó los ojos y le pidió que adivinara quién era. Adolfo no estaba para

jueguitos, así que apartó fuertemente las manos de su cara.

— Así no vale, ej ej ej ej.

— Coño, Mario —Adolfo acogió con alegría la llegada del portero.

Mario besó efusivamente a María y le dio un apretón de manos a Loco.

— ¿Cómo está la familia? Ej ej ej ej —buscó al camarero con la mirada—. Luifer, una cervecita, plis, que me voy pa'l Dos Gardenias.

Le preguntó a Adolfo que como era que se encontraba tan abatido y entre los tres le pusieron al corriente de la situación. Mario sacó de su bolsillo un chicle rojo de ésos de bola y comentó que a su hija también le jodía perder bolitas -ej ej ej ej—. Adolfo no podía enfadarse con Mario, le resultaba del todo imposible, así que se limitó a quitarle el chicle y echárselo a la boca, entre las risas de todos.

— Mario, eres increíble, si lo hubieras visto hace sólo unos minutos... —a María también le encantaba la personalidad de aquel ser extravagante—. Estaba hecho polvo.

Mario les contó lo de la rubia que le esperaba en el piano-bar y los invitó a irse con él, mientras apuraba la cerveza que un excesivamente risueño Luifer le acababa de traer.

— Venga, Loco, ámate. Para que demuestres, ej ej ej ej.

Loco le dijo que cantar no era su fuerte y que no se le podría comparar en la vida. Mario se puso de pie y hizo una cómica reverencia, gritándole a los que se encontraban en la sala que aquel señor sí que entendía de música y no los que formaban parte de los jurados de los concursos de promesas. El ambiente de la mesa se había distendido lo suficiente como para que Adolfo intentara corroborar uno de los aspectos del sortilegio sobre el que había estado reflexionando. Si lo hacía con habilidad y nadie picaba su anzuelo, todo podría quedar como una broma más. Se dirigió a Loco.

— ¿Te acuerdas del policía del mostacho?

Los tres amigos se quedaron esperando algo más, pensando que era algún tipo de chiste y dispuestos a continuar con las risas.

— Sí, hombre el de la playa —añadió con menos convicción.

Loco y María se miraron pensando cada cual que el otro sabía de qué iba aquello. Adolfo se quedó bloqueado, lo que había dicho no tenía maldita gracia y tenía que buscarse rápidamente una salida. No hizo falta. Mario cogió espuma de la cerveza que tenía ente sus manos y se la pasó por el bigote, imitando a continuación el saludo militar. Volvieron las carcajadas y Adolfo anotó en su mente que le debía otra a su fiel y gracioso amigo.

A Mario también le gustaba pintar, aunque tampoco era demasiado bueno. Sin embargo, eso a él poco le importaba. Buena parte de las paredes de los hogares de sus amigos se hallaban decoradas con cuadros suyos. Adolfo tenía tres. Los regalaba, pero exigía que los colgasen. Dando y dando, solía decir. Cuando le preguntaban cuánto dinero había sacado en su carrera como pintor, él contestaba que, en realidad, no recordaba si había vendido algún lienzo en su vida. Mario aprovechó aquella improvisada y divertida reunión para contar una anécdota que, según él, había tenido lugar aquella misma mañana en su estudio.

— Resulta que se presentó en mi casa un tío, un viejo inglés, al que había conocido en uno de los conciertos del WOMAD en Las Canteras con una mamada impresionante. Por lo visto, le había invitado a pasarse por mi casa a ver los cuadros, y debía de ser verdad, porque traía un papel arrugado con mi dirección . Y aquélla era mi letra. Fíjate tú los meses que hace de eso y el peo que tenía que tener yo encima. Por lo visto, también le dije que era una gran artista canario y que estaba preparando una exposición en Nueva York. Pero que, como el tío me caía bien, a lo mejor le vendía algún cuadro. Y el tío va y se presenta esta mañana en el estudio dispuesto a ver las pinturas. Yo le dije que todo era un mal entendido, pero el hombre desconfiaba, ej ej ej ej —Mario aprovechó para echar otro trago de cerveza—. A lo mejor se pensaba que no quería venderle un cuadro, ej ej ej ej. El viejo me decía: tú decir mentira, tú ser una gran pintor, yo tenga dinero. Madre mía, no había quien lo sacara de allí. Bueno, pues mi hombre se mete pa'dentro y se pone a mirar los lienzos que tenía por allí. El tío convencido, ¿eh? Yo me senté y encendí un cigarro, me di cuenta de que cuanto más le dijera que no, el loco aquel más se iba a empeñar. Guonderful, bonita, talenta... Robert

Mu, que así me dijo que se llamaba, no decía más que tonterías. Entonces cogió una pintura que le dediqué a mi novia —porque Mario tenía novia, Ana. De hecho, había elaborado una peculiar teoría sobre las novias, de la que presumía ante sus amistades. Era tan machista y disparatada que Adolfo nunca pudo entender cómo se podía pensar de aquella manera a las puertas del año 2000, ni si Ana estaría al corriente de sus pensamientos y correrías, porque lo cierto es que se llevaban estupendamente— y me preguntó que cuánto costaba. Yo ya estaba caliente. Le dije cinco mil para quitármelo de encima. Pero va el tío se me queda mirando y me dice: tú grande persona, tú sencilla. Me larga diez mil duros y sale por la puerta pa'fuera con el cuadro en las manos. Yo intenté seguirlo, pero el Robert Mu se me mete en un taxi que lo estaba esperando y se larga. ¡El primer cuadro que vendo en toda mi vida!, ej ej ej ej. ¡Hay que ver lo colgada que está la gente! —volvió a beber cerveza—. El dinero lo tengo guardado en mi cuarto, porque, lo más seguro, es que cuando se entere de lo que acaba de comprar, volverá para reclamármelo, ej ej ej ej.

La risa de Mario era contagiosa y la historia increíble. Verdaderamente, con Mario los límites entre la realidad y la fantasía eran completamente inexistentes. Nadie podía corroborar lo que decía, pero tampoco nadie podía negarlo. Lo cierto es que allí todo el mundo se reía y a él eso parecía bastarle.

— Bueno —dijo levantándose y acabándose su bebida—. Éste que está aquí se va a cantar. ¿Te animas, Adolfo?

— No, me quedo, Mario. Gracias.

— Pues ten cuidado, y no pierdas más bolas, ej ej ej ej —Mario se alejó recreándose en su propia broma.

A Adolfo, la burla de su amigo volvió a dejarlo en fuera de juego. No podía resignarse a perder la esfera. Torpe. Torpe. Torpe. Se repetía una y otra vez. No soy capaz ni de acabar algo tan maravilloso como el regalo del abuelo. Menos mal que está muerto, si no, le quedaría plenamente confirmado lo que pensaba de mí. María se dio cuenta de que su amigo había vuelto a entrar en trance y le pellizcó el brazo para despertarle. Él le dijo, que a lo mejor, ahora que la sala ya estaba casi vacía, podrían

encontrarla. De nuevo, los tres a cuatro patas bajo las mesas altas del patio buscando un objeto que, al menos dos de ellos, no habían visto jamás. ¿Es blanca, dices? ¿De barro? ¿Con un círculo? ¿Qué? ¿Una espiral? ¡Ah, dos! En la barra, Luifer y las camareras se partían de la risa viendo a aquellos tres patéticos exploradores. María les gritó que se dejaran de reír y echaran una mano, a lo que el camarero respondió, entre carcajadas, que con tres topes ya era suficiente. Lo cierto es que la jocosidad de Luifer había comenzado hacía ya un buen rato, justo desde el momento en que Adolfo descubrió que la bola había desaparecido. Se había pasado todo el tiempo observándolo y haciendo señas a la barra celebrando cada una de las maniobras de Adolfo, primero, y del trío, después.

Los tres amigos se sentaron de nuevo en la mesa. María se arreglaba el traje, Loco se frotaba las rodillas y Adolfo apoyaba la cabeza en las manos en señal de desesperación, con toda la pinta de estar a punto de volver a entrar en estado catatónico. Entonces, llegó Luifer, serio y solemne, mostrando la esfera en una de sus manos.

— ¡Eh, gente! ¿No será esto lo que andaban buscando?

TEORÍA DE LA NOVIA

- por Mario Pérez Sosa-

Consideraciones generales

Es importante tener novia. Todo hombre debería tener una, por lo menos.

- Una novia ha de ser mujer, necesariamente.
- La novia es algo que te debe acompañar durante toda la vida, siempre y cuando eso sea posible. Si te cansas de la novia, déjala. No hay nada peor que estar con una novia a la que no se quiere. Si ella no te quiere a ti, también puedes dejarla, si te apetece, aunque no es estrictamente necesario.
- Uno nota que tiene novia cuando sale con ella más de la cuenta, cuando te llama más de dos veces al día, cuando te pone ojitos de vaca cuando te mira, cuando se ríe de todos tus chistes, cuando se enfada porque llegas tarde a una cita o cuando te pregunta histérica dónde estabas anoche.
- Cuando se observe alguno de los síntomas descritos, puedes preguntarle tranquilamente si quiere ser tu novia. Es un mero trámite, pero a ellas les encanta.
- Uno puede pasármelo tremendamente bien con las novias, siempre y cuando no se las tome demasiado en serio.
- Una novia siempre queda bien cuando sales con parejas, o cuando tu jefe te invita a comer. También quedan estupendamente para que tu madre compruebe que ya has sentado la cabeza.
- La novia no tiene por qué ser guapa. Las feas se lo toman más en serio.
- Nunca discutas con un amigo por una novia. La amistad es lo primero. Ni se te ocurra pelearte por ellas. Sólo si le tienes ganas a la otra persona, entonces está permitido.
- Nunca llesves a una novia a los bares o discotecas que frecuentas. Hay que evitar exponerlas a vicios y situaciones poco recomendables, sólo aptos

para personalidades fuertes y maduras como la tuya.

- No dejes que una novia se interponga nunca en tus asuntos personales: tu trabajo, tus amistades, tus negocios,... Son capaces de acaparar y arruinar absolutamente todo.
- Hazle regalos y llévala a comer, al parque, al cine, a la playa... Si la conservas bien, la tendrás siempre sana y será una compañera excelente en tus ratos libres.

Derechos de la novia

La novia tiene derecho a:

- Tener un novio.
- A enamorarse del novio.
- A idear, programar, poner fecha y preparar tu boda, aunque ésta nunca se celebre.
- A cuidar los hijos que tuvieras con otras relaciones.
- A ser conveniente y amablemente tratadas.
- A lavar y planchar tus ropas.
- A recibir regalos el día de su santo, cumpleaños, día de San Valentín, Navidad y Reyes.
- A visitar a tus padres.
- A acompañarte a los actos públicos a que te inviten, siempre y cuando sea de día.
- A contarte sus problemas y a escuchar los tuyos.
- A hacerse amiga de tus amigas, dejando claro quién es quién, para que no haya problemas.
- A echarte broncas de vez en cuando, sin pasarse.
- A llorar y ser consolada, aunque sea con mentiras.
- A serte fiel.

Deberes de la novia

(ver punto anterior, es lo mismo)

Es importante saber que no es obligatorio tener novia, si bien las ventajas superan con creces a los inconvenientes. A mí, de hecho, la mía me ha salido buenísima. Llevo diez años con ella y estamos como al principio. Es una más de la familia.

Capítulo XI.

Adolfo salió corriendo tras el camarero, que aún tenía la esfera en su poder, desoyendo los requerimientos de sus dos compañeros de mesa y búsqueda, que le pedían examinar el objeto por el cual se habían puesto en ridículo y le volvían a preguntar por qué era tan importante para él, que si era una joya, un recuerdo o algo así. Perseguidor y perseguido se perdieron por el pasillo y salieron a la calle, protagonizando una alocada carrera en la que a punto estuvieron de atropellar a Maxi, que se disponía a entrar al pub. ¿Maxi? Se detuvo desconcertado, como si aquella visión repentina no encajara en sus planes. Se miraron durante unos segundos, sorprendidos. Uno por la imprevisión del encuentro y el otro por la violencia del mismo. Maxi, después de examinarlo de arriba a abajo como si de un loco se tratara, le preguntó si María se encontraba dentro. Adolfo respondió con un *sí* seco y balbuciente. Estaba como atontado. Tuvo que hacer un nuevo esfuerzo para responder cuando su colega en el mundo de los diseños le preguntó si se encontraba bien. Sí, sí, repitió. Adolfo notó que algo no se ajustaba a lo que hasta entonces había entendido como leyes inmutables del sortilegio. Barajó un par de ideas tan rápidas como estériles y fugaces y se le quedó mirando hasta que se perdió por el pasillo. En su mente se encendió una señal de alarma. Entonces enfiló hacia Luifer. El camarero lo esperaba a unos cincuenta metros a la derecha de donde se encontraba, sonriendo maliciosamente y pasándose la bola acrobáticamente de una mano a otra. Adolfo tenía en su casa una colección de videos de National Geographic y sabía perfectamente cómo acabar con aquella fastidiosa situación en poco tiempo. Se puso el chip de leona de la sabana africana y se marcó unos sigilosos pasos hacia su presa. Su mirada era realmente amenazadora y su estampa, grotesca. Luifer se quedó inmóvil ante la inesperada reacción de su amigo y a Adolfo le pareció que al camarero le

salían rayas blancas y negras de víctima-cebra por todo el cuerpo. Se fue aproximando, cerrando todos los posibles ángulos de huida y, cuando estimó que las posibilidades de éxito eran suficientes, se abalanzó sobre su acorralado amigo con la destreza del felino que se sentía en aquellos momentos. Con un preciso movimiento de sus manos-garras le arrebató la esfera, y a punto estuvo de morderle el cuello a aquel pobre animal-camarero que, paradójicamente, no hacía más que reírse de forma histérica. Sin embargo, tan pronto como la bola entró en contacto con su piel, sintió una especie de descarga eléctrica que le obligó a soltarla. La esfera cayó al suelo y se fue rodando calle abajo hacia Triana, mientras Luifer, aprovechando la confusión, decidía poner tierra de por medio y regresar al pub. Adolfo recogió la bola y sintió otro latigazo, aunque mucho menos intenso que el anterior. La examinó y comprobó que no estaba dañada. Reflexionó sobre aquel nuevo prodigio y, después de darle muchas vueltas, llegó a la conclusión de que probablemente la pelotita se había enfadado por su imperdonable descuido y se preguntó de qué más serían capaces aquellos extraños objetos mágicos.

¿Qué hacía Maxi allí? No recordaba haberle visto en su anterior experiencia. A lo mejor es que simplemente no nos cruzamos en la etapa de la amistad, pensó; pero era difícil, porque a esas horas ya el pub estaba prácticamente desierto y él estaría mirando justo en la entrada cómo Loco se unía a los músicos y el grupo de al lado cantaba el *Cumpleaños feliz*. Si Maxi hubiese entrado en el local, se lo hubiera topado con toda seguridad. La única posibilidad, estimó, es que hubiese llegado al patio, hubiese echado una ojeada y se hubiese marchado sin él haberse percatado de su presencia; o que ni siquiera hubiese llegado a entrar: quizás le preguntó a alguien por María en la puerta y este alguien le dijo que no se encontraba allí. No eran malas teorías, reconoció, pero intuía que había algo más en todo aquello. Reparó en la esfera que aferraba en su mano y se preguntó si su transitoria pérdida no habría influido de algún modo en aquella inesperada aparición. Quizá durante el tiempo que no la tuvo en mi poder, especuló, se abrió un paréntesis, una especie de puerta entre los distintos planos de realidad y Maxi se coló por ella. De todas formas, la irrupción de Maxi a él le daba más o menos igual, aunque le inquietaba el hecho de que hubiese preguntado por María. La señal de alarma

seguía encandilando su pensamiento e iba cobrando forma en una idea inquietante. Ella no iba a dar marcha atrás ahora en lo del logo de Tres en Raya y dejarlo con la miel en los labios. No, María no era capaz de eso. ¿O sí? Un súbito temblor le recorrió todo el cuerpo. Alerta roja.

Cuando regresó al patio, ya Maxi y la jefa se encontraban dialogando. Ella parecía sorprendida y él no paraba de hacer gestos con las manos, mientras Loco los escuchaba en una actitud que Adolfo percibió como de desagrado. Le llegaban las carcajadas de los músicos que se encontraban reunidos al fondo siguiendo una conversación que se sabía de memoria y los exabruptos de algún miembro del penoso grupo del cumpleaños. También se percató de que Iván se dirigía hacia la barra. María se fijó en él y apartó rápidamente la mirada. Luifer recogía las mesas y, de cuando en cuando, le dedicaba, riéndose y haciendo muecas, algún gesto obsceno echándose manos a la entrepierna. Adolfo se guardó la esfera y se dirigió hacia la mesa.

— Como lo oyes, chica. El muy cabrón me llama y me dice que se lo había pensado mejor y que prefería que no lo acompañase ahora. Que si sus padres, que si en unos meses... Si lo llego a tener delante, me lo como —Maxi estaba terriblemente indignado—. Si ya me lo decía yo. Era un sueño. Un sueño y nada más. Bueno, sólo vine a comunicártelo por si te servía de ayuda, como me fue imposible localizarte en casa... Pero, nada, si ya lo tienes resuelto —dirigió su mirada a Adolfo—, no hay ningún problema.

Adolfo esperaba que su amiga confirmase la última frase del genio, que le agradeciera el detalle y que le explicara que había llegado a un acuerdo con él que, lógicamente, ahora no iba a romper. Miró a Loco y éste agachó la cabeza, mientras Maxi percutía nerviosamente con sus dedos en la superficie de la mesa. Fueron tres segundos interminables. Todos estaban pendientes de la decisión de María.

No habló. Se limitó a mirar a Adolfo con los ojos suplicantes del pollo que sabe que lo van a sacrificar. Una táctica que su amigo conocía perfectamente y que sabía utilizaba sólo cuando se encontraba realmente desesperada. Loco comunicó que se iba a saludar a los músicos. Adolfo no entendió muy bien al principio qué es lo que le pedían

aquellas pupilas exageradamente dilatadas y cuajadas de unas lágrimas que nunca llegarían a romper, pero no tardó en hacerse una idea casi exacta de lo que ocurría. Su intuición no le había engañado. El genio había dado marcha atrás y María pretendía declinar en él toda la responsabilidad de una decisión que sólo a ella competía, pero que no se atrevía a tomar. Estaba atrapada entre sus inmensas ganas de darle de nuevo el trabajo a Maxi y la promesa que le acababa de hacer a Adolfo hacía apenas unos minutos. Volvió a sentirse humillado. Peor. Sucio, violado, vejado, denigrado. Maxi reiteró que no había ningún problema, que lo mejor era dejar las cosas como estaban, que él necesitaba descansar unos días, que estaba deprimido, que... Adolfo no le escuchaba. María sintió miedo de la expresión que había adquirido el rostro de su amigo. Intentó hablar, pero ya era demasiado tarde. La bomba había sido activada y ya no había quien la parara. El cerebro y el corazón de Adolfo trabajaban a marchas forzadas, las ideas se le mezclaban en un torbellino de conclusiones, juramentos y evidencias, mientras el pulso se le disparaba y un sudor frío le quemaba la frente. Quería insultarla, ofenderla, denostarla,... gritarle lo que llevaba dentro, lo negativo que había amasado en su interior durante sus años de convivencia, toda la mierda que acumulaba y que en esos instantes le corroía las entrañas. Sin embargo, concluyó que aquello era una cuestión de dignidad. Estimó que una escenita sería una prueba más de su debilidad, una señal del tremendo dolor que le causaba la enésima traición de aquella diosa cruel y desalmada. Era consciente de que no lo lograría del todo, pero optó por aparentar el máximo grado de indiferencia posible. Sabía que los nervios le impedirían articular más de cuatro palabras seguidas, así que hizo un extraordinario esfuerzo de concentración y vomitó la primera frase que se le vino a la cabeza.

— Haz lo que quieras.

Acto seguido se dio media vuelta y desapareció a toda prisa por el pasillo del local.

Capítulo XII.

Bienvenido a Macintosh. Menú Apple. Aplicaciones recientes. Freehand 5.5.1. Archivo. Nuevo. SIN TITULO-1. Archivo. Guardar como... Carpeta MARGEN. Documento Freehand. Tres en Raya. Fondo transparente. Paleta de Herramientas. Líneas. Trazar. Seleccionar. Editar Copiar. Editar. Pegar. Editar. Copiar. Editar. Pegar. Paleta de Herramientas. Voltear. Perpendicular y centrada. Tablero. Seleccionar. Paleta de Colores. Color bordes *Negro* (o Cian, o Magenta, o Amarillo, 100 Negro). Color relleno *Ninguno*. Paleta de Herramientas. Elipses. Círculo. Fijar casilla superior izquierda. Paleta de Mezclas. CMYK. o Cian, 55 Magenta, 93 Amarillo, o Negro. Paleta de Colores. Opciones. Nuevo. Color bordes *Esfera*. Color relleno *Ninguno*. Seleccionar. Editar. Copiar. Editar. Pegar. Fijar casilla central. Editar. Pegar. Casilla inferior derecha. Paleta de Herramientas. Líneas. Trazar. Seleccionar. Editar. Copiar. Editar. Pegar. Paleta de Herramientas. Voltear. Cruzada y centrada. Equis. Seleccionar. Fijar casilla central derecha. Paleta de Mezclas. CMYK. o Cian, o Magenta, 100 Amarillo, 3 Negro. Paleta de Colores. Opciones. Nuevo. Color bordes *Cruz*. Color Relleno *Ninguno*. Archivo. Colocar. Carpeta Photoshop. Subcarpeta Motivos. Subsubcarpeta Espirales. Subsubsubcarpeta Abiertas 2L. Azul. EPS. Aceptar. Seleccionar. Trasladar a primera esfera. Calcular. Paleta de Herramientas. Escalar. Editar. Copiar. Editar. Pegar. Editar. Pegar. Seleccionar. Trasladar a segunda esfera. Editar. Pegar. Editar. Pegar. Editar. Pegar. Trasladar a tercera esfera.

Hizo un alto. Llevaba tres cuartos de hora trabajando como un poseso en la soledad de su cuarto desde que dejara el Cuasquías hacia ya hora y media. Una fuerza imparable le había empujado a dirigirse a su casa, encender el ordenador y lanzarse a la composición del logotipo de Tres en Raya. Una fuerza que nada tenía que ver con

esferitas ni sortilegios, pensó, sino con la profunda rabia que le había producido el último menosprecio de María. Cayó en la cuenta de que era la segunda vez que salía disparado del pub en esa misma noche, aunque, a diferencia de la anterior, en ésta sí recordaba cómo había llegado hasta allí: caminando. El agudo dolor en la rodilla era la mejor prueba de su arrebató. Tenía dinero, María le acababa de adelantar cinco mil pesetas, más que suficiente para coger un taxi, pero había preferido caminar. Total, se había dicho al iniciar el largo trayecto, ya estoy acostumbrado. Miró la esfera que había colocado sobre la mesa, al lado del teclado del ordenador, y le comentó que, para ser la que regía los asuntos laborales, no le estaba siendo de gran ayuda. Como era de esperar, la bolita ni se inmutó. Estiró los brazos y se fue a la cocina en busca de agua. De regreso, se distrajo con el salvapantallas que tenía instalado en su sistema informático, un programa que comenzaba a actuar a los cinco minutos de inactividad y que impedía que la pantalla del monitor *se quemara* por estar expuesta durante un período prolongado a los efectos de una imagen congelada. Bart Simpson corría de un lado a otro persiguiendo a un perro de aspecto anémico que se iba zampando todo lo que se encontraba por el camino. La loca carrera de Bart dejaba tras de sí una estela negra que iba borrando la pantalla progresivamente. Al quedarse completamente oscura, la operación se repetía a la inversa, y ahora era el perro el que perseguía a Bart, que iba dejando las cosas en su sitio originario. Adolfo siempre había admirado a Bart Simpson. Le parecía el símbolo de una generación terrible, atrapada entre la crueldad y el profundo materialismo productos de una sociedad consumista y desigual y la inocencia característica de la infancia. Le atraía la complejidad del personaje: interesado, caprichoso, cruel, despótico, pendenciero, mentiroso,... y capaz, por otro lado, de llorar por la muerte de una cría de pájaro aparecida en su jardín. Dialéctica, relatividad y lucha de contrarios, pensó. Todos llevamos dentro el germen del bien y el del mal, y durante toda nuestra vida los vamos desarrollando como podemos, hasta que, poco a poco, uno se va imponiendo al otro, aunque nunca de forma plena. Él era Bart Simpson y el perro era María. Cuando uno iba delante, el otro iba detrás, y viceversa, sin llegar nunca a tocarse, destrozando cuanto se hallara en su camino, oscureciendo todas las pantallas y

todas las imágenes. Volvió su vista a la esfera. La dichosa bolita se lo había advertido a tiempo, cuando María le propuso hacerse cargo del logo, pero no le había hecho el menor caso. Una vez más, había elegido el camino equivocado. ¿Escribir? Sintió unos deseos enormes de cerrar el programa de diseño y abrir el procesador de textos. ¿Escribir qué? Le daba igual. Llenar una decena de folios con prosa o verso, traducir en palabras el caudal de sentimientos y sensaciones que llevaba acumulado. Lanzarse a la aventura de la comunicación retomando una técnica que tenía prácticamente olvidada. ¿Cómo escribía yo? Rebuscó en una de las estanterías que había en su estudio y cogió un pequeño volumen con tapas de cartón. Mi diario. Abrió por la única página escrita y leyó varias veces su contenido. No está mal, estimó al concluir por quinta vez la lectura. Un poco tétrico, la verdad, pensó, pero fiel reflejo del sueño al que hace referencia y que tenía ya casi olvidado. Un sueño que le había acompañado desde que conoció a María y que nunca había acabado de descifrar, pero del que tenía, cómo no, como cuatro o cinco teorías interpretativas formuladas. Sus dedos acariciaron con suavidad las tapas y las páginas del librito y se vio tentado a escribir una segunda página, pero recordó que tenía a medias el diseño del logo y que quería llevárselo a María esa misma noche, en cuanto lo acabara, como documento finiquitador de sus relaciones y muestra palpable de su talento. Con mucho cuidado, dejó el diario sobre la mesa. Mañana será otro día, pensó, a no ser que las bolitas decidan fulminarme o algo por el estilo. A partir de mañana se acabó el Adolfo diseñador segundón de MARGEN EASP. Quizá sólo para ver nacer a un Adolfo escritor de pacotilla, pero al menos sería el camino que habría elegido y en el que se encontraría a gusto.

Bart acababa de colocar la paleta de colores cuando Adolfo movió el ratón, maniobra suficiente para desactivar el salvapantallas y regresar al programa de diseño. Lo cierto es que era el trabajo más rápido que había hecho en toda su vida. Nada más encender el aparato había comenzado a teclear y a mover el ratón inconscientemente, como un loco, trazando líneas, creando colores, esferas, volteando, fijando, importando, copiando, pegando... dejando que sus manos y su mente volaran libremente, como una parte más del sistema informático, como un autómatas, como si alguien o algo guiara

sus acciones. Madurez creativa, se aduló. Es una pena que tenga que dejarlo ahora que empezaba a cogerle el tranquillo. Se quedó mirando lo que había dibujado y se sorprendió. No había sido consciente de lo que había hecho hasta ese mismo momento. Vaya, está realmente bien, se felicitó. Ante sus ojos aparecía un tablero típico del juego de Tres en Raya perfectamente trazado: dos líneas paralelas cruzadas por otro par de idénticas dimensiones originando nueve casillas. Simulando una jugada ganadora, había colocado tres esferas situadas en las casillas superior izquierda, central e inferior derecha. La primera con una espiral, la segunda con dos y la tercera con tres. En la casilla central derecha, había situado una equis, que nada podía hacer contra las otras. Aunque en realidad faltaba al menos otra equis si el jugador de esferas había iniciado la partida, no le dio mayor importancia, ya que el efecto estético superaba con creces el conceptual. De todas formas, ironizó, el jugador de las equis debía de ser malísimo. Ahora sólo faltaba el nombre del producto. Sin darse cuenta, había mezclado en el diseño las ideas que envolvían la campaña de lanzamiento y aspectos de su propia cosecha, familiares. Las esferas, cuyos bordes eran de marrón claro, para indicar que eran de barro y con las espirales situadas tal y como se encontraban en los objetos esotéricos del abuelo. El fondo era transparente, pero podía ser blanco. Estaban todos los colores de la bandera canaria. Identidad, uno de los requisitos de la compañía. El blanco, el azul de las espirales y el amarillo de la equis. No dudó en elegir el color de las letras: verde. Por dos motivos, el verde de las estrellas que no aparecían en la bandera oficialista y el verde que simboliza la ecología. Rebeldía y defensa del medio ambiente, dos características de la juventud contemporánea, otro de los requisitos. Las espirales representaban la conexión con el pasado, pues eran unas de las figuras más utilizadas en las pintaderas aborígenes, pequeños objetos de barro cocido o madera que servían para decorar o marcar propiedades. Es perfecto, se congratuló. Estaba realmente sorprendido. Nunca antes había trabajado con tanta rapidez y tanta clarividencia. Una sospecha le pasó por la mente y le obligó a echar un nuevo vistazo desconfiado a la esfera, pero le pareció que ésta miraba hacia otro lado, como si disimulara. Sólo le faltaba elegir el tipo de letra. Algo informal, juvenil, que rompa el conjunto.

Volvió a mover el ratón justo en el momento en el que Bart y el perro volvían a las andadas. El programa de diseño volvió a activarse y su mente y sus manos a dispararse. Encendió la impresora sin darse cuenta. Estaba absorto, ido. Ahora era un Simpson más que navegaba por los circuitos del ordenador intentando acabar el monumento a la nada, el canto de cisne de un diseñador iluso y mediocre que había decidido morir para renacer al día siguiente convertido en proyecto de literato convencido en busca de primer trabajo.

Paleta de Herramientas. Texto. Tipo. Marydale. "Tres". Cuerpo. 146. Color bordes *Ninguno*. Paleta de Mezclas. CMYK. 90 Cian, 0 Magenta, 100 Amarillo, 3 Negro. Paleta de Colores. Opciones. Nuevo. Color relleno *Letras 3R* Paleta de Herramientas. Cursor. Seleccionar. Trasladar. Fijar. Editar. Copiar. Editar. Pegar. Trasladar. Paleta de Herramientas. Texto. Seleccionar texto. "en". Paleta de Herramientas. Cursor. Fijar. Editar. Pegar. Trasladar. Paleta de Herramientas. Texto. Seleccionar texto. "raya". Fijar. Guardar. Archivo. Ajustar Página. Tamaño del papel. A4. Dirección. Vertical. Opciones. Color CMYK. Resolución. 360 DPI. Tipo de papel. Coated 360 DPI. Aceptar. Aceptar. Archivo. Imprimir. Páginas. Todas. Copias. 2. Encajar en papel. Sí. Imprimir.

Apagó el ordenador y la impresora. Se quedó unos minutos contemplando su obra y al cabo guardó una de las copias en un portafolios. La otra la dejó sobre la mesa. Apagó la luz del cuarto-estudio y salió a la calle. No había acabado de cerrar la puerta, cuando de nuevo sintió una cascada de sudor espalda abajo. ¡La bola! Volvió a entrar maldiciendo su estúpida propensión al despiste. Dejó el portafolios sobre el sofá y se dirigió al cuarto. Allí estaba la esfera, sobre el diario. ¿Sobre el diario?, se preguntó. No recordaba haberla dejado allí, hubiese jurado que estaban uno al lado del otro. Demasiadas emociones para una sola noche, pensó. Salió y pasó al salón para recoger el logo. Se detuvo un instante a contemplar la caja, la carta y las dos esferas sobre la línea recta dibujada en la mesa.

— Espero que todo esto acabe bien.

Cerró la puerta y bajó a la calle. Dos minutos después, Adolfo entraba en un taxi.

Capítulo XIII.

No recordaba el tiempo que hacía que no viajaba en taxi. Los taxistas, por lo general, le caían bastante bien, siempre y cuando fueran conversadores y no intentaran meterse demasiado en su vida privada. Admiraba el espíritu de sacrificio de esos profesionales que, según decía, exponían su vida durante los turnos de noche y madrugada. No en vano, cada vez era mayor el número de casos de atracos y de agresiones que se registraban en este sector del transporte público. Sabía que nunca podría dedicarse a una profesión de esas características, sometido a un horario y sentado durante horas al mando de un volante soportando a todo tipo de gente. Comparado con ellos, sentía que todas sus incertidumbres profesionales no eran más que estúpidos dilemas de pequeño burgués.

En todo esto pensaba cuando se introdujo en el viejo Mercedes que acababa de parar. Lo primero que le llamó la atención fue la cantidad de fotografías, pins y pegatinas que había distribuidos a lo largo y ancho del salpicadero, así como el intenso aroma a pino sintético que se respiraba en el interior. La tapicería de cuero mostraba numerosos parches y desgarrones, testimonio silencioso de la longevidad del vehículo; por contra, la pulcritud que impregnaba cada rincón denotaba el mimo con el que el dueño trataba su herramienta de trabajo. El conductor rondaba los sesenta años, lucía un fino bigote entre cano y rubio y era bastante grueso. Un tipo socarrón y cachondo que no paró de contar chistes y de inventarse frases y situaciones durante todo el trayecto. El sujeto parecía anclado en décadas anteriores, tanto por su forma de hablar como por las continuas referencias a hechos de los que Adolfo sólo tenía referencias por su padre. En tono jocosos, le realizó una extensa comparativa entre la sociedad en general, y la juventud en particular, de antes y la de ahora. Adolfo, también entre

risas, intentaba rebatirle sus argumentos, pero pronto se dio cuenta de que era inútil y prefirió dejar que el hombre se explayara a gusto. Conocía el noventa por ciento de los chistes que le contaba aquel hombre, bastante malos y antiguos. Así y todo, pasó un buen rato hasta que por fin llegaron a las inmediaciones del pub. Adolfo pagó y se despidió, dirigiéndose al local.

Eran las cuatro y cuarto de la madrugada. La puerta se encontraba cerrada y el letrero apagado, pero sabía que por lo general varios de los músicos solían quedarse dentro con Luifer de tertulia, por lo que era más que probable que María y Loco aún estuvieran por allí. Si no, volvería a su casa y daría por concluido el segundo capítulo de sus *Aventuras Esféricas*; de todas formas, ya tenía bastante claro lo que quería hacer. Hizo sonar el timbre un par de veces y al cabo de un rato, apareció el camarero. Luifer le preguntó que a dónde había ido y le informó de que ya estaban a punto de irse, confirmándole, además, a una pregunta de Adolfo, que su jefa y el cubano aún se hallaban allí.

Cuando María vio entrar a Adolfo, salió corriendo hacia él desplegando los brazos.

— ¡Adolfo! —la jefa lo abrazó como si se tratara de alguien a quien no se ve desde hace siglos—. Pensaba que ya no ibas a venir.

En la mesa de María se encontraban Loco, Chiqui, Ramón, Marta, Musta y una de las camareras. No había nadie más en el local. Todos, incluido Luifer, se llevaron una gran sorpresa por aquella exagerada reacción, pero ninguna pudo compararse a la que sintió Adolfo. Notó que Loco sonreía y que el resto de los contertulios intercambiaban comentarios y risas. Luifer le preguntó si iba a tomar algo y Adolfo contestó que agua, naturalmente.

— ¿Por qué te fuiste de aquella manera?

La pregunta de María le puso de mal humor.

— ¡Venga, déjalo!

— No, en serio. Sé que tuve un momento de debilidad, ¡no sabes lo importante que es esto para mí!, pero no me diste tiempo ni a hablar.

— ¿De verdad crees que hacía falta que dijeras algo? Te conozco desde hace demasiado tiempo como para saber exactamente qué piensas en cada momento. Pretendías que te liberara del compromiso que acababas de adquirir conmigo... — hizo una pausa para coger el vaso que Luifer le ofrecía y esperó a que el camarero se marchara junto al resto del grupo— y así poderle dar el trabajo a Maxi sin... digamos,... ¿remordimientos?

— Bueno, no es así exactamente, pero casi. Ya te he dicho que tuve un momento de debilidad. Si en ese instante me hubieras dicho que renunciabas, no hubiese dudado un segundo en encargarle el logo a Maxi, pero me hubiera arrepentido a los cinco segundos.

— Ya, supongo —Adolfo hizo ademán de caminar y María lo retuvo por un brazo.

— Lo que te estoy intentando decir, cabezón, es que el trabajo es tuyo.

— ¿Cómo?

— Que es tuyo, tío, el logo de Tres en Raya es completamente tuyo.

— ¿Qué pasa, que te di más lástima de lo habitual?

— No, me di lástima de mí misma. ¿Sabes?, cuando vi la expresión que pusiste, me di cuenta de que lo estaba haciendo realmente mal, y no veas la bronca que me echaron Loco y Maxi cuando te fuiste. Pero, aparte de eso, lo cierto es que no puedo seguir jugando a la gran jefa india que hace y deshace a su antojo. Sé que te he tratado un poco mal y que te mereces esa oportunidad que tantas veces me has pedido —María comenzó a acariciarle el cabello—. Así que espero que ahora no me dejes tirada.

Estaba en blanco. Una vez más se veía ante la tentación de romper consigo mismo, con la decisión que había tomado minutos atrás en su casa. Al parecer, al final María había recobrado un poquito de sensatez y sentido de la lealtad. Otra vez en la encrucijada. En ese momento, Ramón los llamó a gritos, pidiéndoles que se incorporaran al grupo, consigna que fue coreada por el resto de los presentes, a excepción de Loco que hacía gestos de impotencia y resignación, mientras sonreía. Tal fue la algarabía, que Adolfo y María no tuvieron más remedio que aceptar la invitación. Ella le dijo que lo

mejor era dejarlo para más tarde.

Adolfo dejó el portafolios en una mesa situada al lado de donde se encontraban reunidos sus amigos y se incorporó a la reunión. Tras soportar algunas bromas sobre las parejas que se separan del resto y de horas impropias para hablar de trabajo, comenzaron a informarle del suceso más sobresaliente de esa noche, sin contar con la notable ejecución de *Arrebatado*. Chiqui fue el encargado de hacer de narrador oficial, interrumpido continuamente por las aclaraciones y/o aportaciones del resto de los testigos. El cuento se titulaba algo así como *De cuando Musta el negrote logró adormecer y despachar a un intelectual del tres al cuarto más bien borracho y agresivo*. Adolfo tuvo que escuchar con cara de sorpresa e incredulidad el relato de una historia que él ya había vivido, pero con la que nadie le relacionaba. No hay mal que por bien no venga, se dijo, al menos he podido comprobar que los hechos transcurrieron exactamente igual que cuando yo los presencié. Adolfo aprovechó para preguntarle a Musta que si había sido brujo en su tribu o algo así. El sudafricano le contestó que no, que:

— Él borracho. Él dormir. Yo no venga tribu, yo El Cabo. Ciudad. Tú mucho tele.

Adolfo se disculpó, mientras el resto del grupo se reía y aseguraba que aquello había sido magia, negra pero blanca, según una ocurrencia de Loco que fue celebrada por todos, incluido el azorado bajista. Adolfo aprovechó también para aclarar un aspecto que no le había quedado nada claro.

— Musta, ¿tú sabes dónde vive Iván?, ¿qué le dijiste al taxista?

— Oh, fácil. No problema. Tú llevar Wilson, decir. Discoteca. Puerto. No problema. Despertar por camino. Él gran sorpresa.

Volvieron las risas y los comentarios jocosos. La conversación se centró en poner a parir a Iván y a todo lo que tuviera que ver con las instituciones públicas. Cada cual expuso su experiencia particular, que, curiosamente, coincidía con la del resto. El reparto de subvenciones, la mala organización de conciertos al aire libre, el profundo desconocimiento musical del que hacían gala la mayoría de los responsables, la falta de apoyo sistematizada,... Musta se mantenía al margen, tonteando con la camarera con la

que había ligado esa noche y a la que llamaba Maneve, contracción espontánea de Mari Nieves.

Poco después, tras una enérgica —aunque soporífera— diatriba de Chiqui contra los representantes y empresarios, que, según argumentaba, lo único que hacían era aprovecharse del talento, el esfuerzo y las calamidades de los creadores, Luifer se levantó de la mesa y comunicó que tenía que cerrar y que estaba realmente cansado y un poco harto de todos ellos. Los compañeros apuraron sus bebidas y comenzaron a desfilar por la puerta tras despedirse del responsable del pub en esos momentos. María, que se había adelantado con Loco, esperó en la acera hasta que saliera Adolfo, a quien le preguntó si le apetecía sentarse un rato a charlar. Loco les dijo que se iba para casa y María le indicó que igual luego pasaba por allí. Adolfo aclaró que a él no le importaba que el cubano escuchara la conversación, pero éste insistió y señaló que, además, tenía que alcanzar a Musta hasta su apartamento.

Jefa y diseñador se quedaron solos, tras despedirse oportunamente de todos sus amigos, incluyendo a Luifer, que había dado un espectacular suspiro nada más cerrar la puerta del pub. Decidieron sentarse en uno de los bancos de madera de la calle de Triana.

— Bueno, ¿entonces qué?

A Adolfo le hubiese gustado responder de forma automática, segura y convincente, pero lo cierto es que estaba hecho un lío. Para colmo, la esfera comenzaba a hacer de las suyas agazapada en el bolsillo del pantalón. Apretó el portafolios contra su pecho y se quedó un rato mirando al suelo.

— Oye, ya te he explicado el motivo de mi reacción y lo mal que me lo monté, pero... —María comenzaba a impacientarse.

— No es eso. Necesito pensar un poco.

María encendió un cigarrillo y se dedicó a recrearse en la vista de las fachadas de los viejos edificios que dominaban la calle. Adolfo seguía deshojando su margarita y soportando la llama que crecía en su muslo derecho. Si accedía a lo que pedía y a ella le gustaba el resultado, lo más probable es que se olvidara de todo cuanto había estado

cavilando esa noche. Volvería a ser diseñador, un poco más valorado quizá, pero con la consciencia de que lo hacía sólo por estar al lado de su amada. No volvería a escribir una línea y contradiría la voluntad de la dichosa bolita de barro, que no sabía muy bien por qué, estaba empeñada en que se volviera escritor. Por otro lado, si optaba por negarse, dejaría de ganar un dinero que no le vendría nada mal, no se daría el gusto de demostrar lo que era capaz y más que probablemente se alejaría de María, tal vez para siempre. Al repasar este último argumento, el corazón le dio un vuelco. No había barajado esa posibilidad. El único vínculo que les unía desde hace algún tiempo era el trabajo. En el plano sentimental, ella había buscado otros caminos, y en el afectivo, la relación estaba bastante deteriorada. Perderla definitivamente, soltar las amarras. No, no podía. No se sentía preparado. A un mismo tiempo, comenzó a sudar y a sentir que le ardía la pierna. Decidió poner fin a todo aquello y lanzarse una vez más contra la telaraña que aquella diosa-insecto le tendía. Estaba a punto de emitir la primera palabra cuando se inició el incendio. Emitió un ahogado grito de dolor y se agarró la pierna con ambas manos. María se sobresaltó y le preguntó qué le pasaba.

— ¿Un calambre? ¿La rodilla?

— No, no es nada, no te preocupes. Me ocurre de vez en cuando.

Adolfo disimuló el dolor y se concentró, con los ojos cerrados, lo mejor que pudo. La descarga le había aclarado las ideas. Una vez más, la esfera tenía razón. No podía volver a traicionarse a sí mismo. Era el momento de poner en práctica sus auténticas aspiraciones. Aceptaría el trabajo, pero sería lo último que hiciera para María. Comenzó a sentirse bien, seguro, tranquilo. La decisión estaba tomada.

Se volvió hacia María.

— He estado reflexionando mucho sobre todo esto.

— ¿Sobre qué? —estaba nerviosa y desconcertada.

— Sobre mi trabajo en MARGEN y sobre mis auténticas aspiraciones. He decidido que Tres en Raya es lo último que voy a hacer para ti.

— Pero, hombre, ya te he dicho que fue una...

— No, tú no tienes nada que ver. Es algo que me compete sólo a mí. Es mi

vida.

— Sí, pero ¿qué vas a hacer?

— Voy a escribir.

— ¿Ahora?

— Sí, lo tengo muy claro.

María se debatía entre dos sensaciones. Por un lado, se sentía algo culpable de que Adolfo hubiese tomado aquella determinación, pero por el otro estaba encantada con la misma. No sólo por el hecho que dejara de trabajar para ella, era sincera cuando decía que le parecía que había avanzado mucho y que podía hacerse cargo de un diseño de cierta responsabilidad; sino porque por primera vez en su vida había visto a un Adolfo fuerte, decidido, con ganas de ser independiente. Tuvo que admitir después de unos minutos de discusión, que lo de escribir se le daba bastante bien y que, si se lo tomaba en serio, podía salir adelante, aunque al principio le resultara duro. Ella también comenzó a sentirse bien.

Adolfo la interrumpió cuando se disponía a relatarle las ideas que tenía para el logo. Le tapó la boca con una mano y con la otra asió el portafolios.

— Cierra los ojos. Esto es una sorpresa.

Cuando tuvo el logo en sus manos y, tras mirarlo unos instantes, para cerciorarse de que realmente era tan bonito como recordaba, le pidió que le echara un vistazo y le dijera qué le parecía. Notó por su sonrisa que había dado en el clavo. Le gustaba. Ella se le abrazó y él vibró con el calor que su cuerpo le transmitía. Por un momento sus labios llegaron a rozarse y ambos titubearon durante una milésima de segundo que no condujo a nada.

— Es sencillamente magnífico. Perfecto —María no se lo podía creer.

— Lo había hecho como despedida a fondo perdido, pensando que le habías dado el trabajo a Maxi, pero, bueno, ahora sirve. ¿No?

— ¿Que si sirve...? Es genial. Me encanta.

Le explicó cómo lo había creado, qué significaba cada línea, cada objeto, cada color, las posibilidades de encogerlo, recortarlo, de encajarlo en los anuncios, de cómo

molarían las letras por separado, todo... Todo, menos la simbología de las esferas.

— Es una idea en torno a las pintaderas guanches —le dijo.

María estaba pletórica y volvió a abrazarlo.

— ¿Sabes? No importa a lo que te dediques a partir de ahora. Siempre que te apetezca, tendrás un hueco en mi empresa. La vida del escritor principiante no va a ser nada fácil, y siempre te vendrá bien un dinerillo. ¿Vale? —le tendió las dos palmas hacia arriba.

Adolfo esperó un instante, seguro de que la esfera le quemaría vivo, pero no sintió nada.

— ¡Vale!

El sonido de las manos al chocar resonó en la noche como un trueno. Minutos después, María dejaba a Adolfo en la puerta de su casa, tras pedirle que se pasara durante la mañana por la oficina. Adolfo tomó el ascensor y entró en la vivienda. Allí estaban las dos bolas en perfecta linealidad, la caja y la carta del abuelo. Se sonrió a sí mismo y tomó la esfera que llevaba en el bolsillo.

— No creas que ha sido gracias a ti, pequeña. Es talento natural —así y todo, le dio un beso.

La esfera no reaccionó, simplemente se dejó colocar en su puesto, ocupando el centro de la recta trazada sobre el cristal de la coqueta mesa del salón. Adolfo se tendió sobre el sofá con la tercera bola entre sus manos. Hizo balance de lo acontecido y comenzó a atar cabos entre las dos experiencias vividas, sobre lo maravilloso y productivo que estaba resultando todo aquello. Volvió a ver a su abuelo, riendo, sentado frente a él y ofreciéndole un caramelo de todos los sabores. Un caramelo que llevaba dibujadas sobre su superficie algo parecido a tres espirales, una imagen familiar que en ese momento se le escapaba. El abuelo le dio un beso en la frente y le deseó buenas noches, como lo hacía cada noche veinticinco años atrás. Los párpados se le fueron cerrando lentamente, la cabeza le pesaba. Un sueño cálido y reparador comenzaba a inundar su cuerpo y su mente.

ESFERA 3

Capítulo IX.

— Da igual. Las ideologías han muerto.

— Amén.

Adolfo se sentía completamente derrotado. Derrotado y traicionado. Derrotado, traicionado y cada vez más mareado. Las palabras de Loco no hacían sino confirmarle algo que venía sospechando desde hacía ya algún tiempo. ¿Cómo iba a saber el maldito cubano de ojos verdes —porque Loco tenía los ojos verdes— que lo de Tres en Raya iba de ropa juvenil basada en elementos tradicionales si no había hablado con María de ello? “No, no... a mí nada”. Mentira. Loco se la está tirando. Eso es seguro. Ahora está todo claro. Clarísimo. Amigo se hace llamar. Je, amigo —pleamar de vodka garganta adentro.

TEMA 4. Golpe de suerte

De nuevo, el mariachi electroacústico le taladraba los tímpanos y le devolvía a la vigilia del último sueño que le tocaba vivir esa noche. Del último sueño o de la última realidad, no estaba seguro. No quiso abrir los ojos durante un tiempo, haciendo balance de todo lo ocurrido y recreando en su mente el escenario que iba a redescubrir en cuanto levantara los párpados. Sabía que era capaz de permanecer inmóvil y dejar que todo transcurriera como en una de esas películas que has visto una decena de veces y de la que te conoces cada secuencia, con la particularidad de que en esa pantalla gigante que era su vida podía manejar el desarrollo del guión a su antojo. Recordó *La rosa*

púrpura de El Cairo, de Woody Allen, y se sonrió. Había rebobinado la cinta del vídeo de *La rosa púrpura de Adolfo* ya dos veces y en cada proyección, el filme era distinto. Apasionante, se dijo. A pesar de que hacía dos o tres vivencias que sólo bebía agua con gas, volvió a sentir un marcado regusto a vodka en su paladar. La violinista checa, la llegada de María, las paridas de Mario, *Arrebatado*, ¿Maxi?, la borrachera de Iván, la tertulia con los músicos, cumpleaños felices,... ¿De qué manera dispondría ahora de su destino? ¿De qué forma situaría sus piezas en el tablero? ¿Qué apertura? ¿Qué ataque? ¿Qué defensa? Hasta ahora había improvisado, pero en ese momento tomó la determinación de elaborar una estrategia.

¿El amor?, ¿qué es el amor? En este punto se mostraba más escéptico que en ningún otro. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Conquistar a María? ¿Aclarar su relación? ¿Aparecería alguna princesa azul en celo? ¿Meterse a monje budista? Tampoco tenía demasiado claro lo que realmente quería. Tenía la impresión de que entre las islas que eran él y María los puentes no estaban del todo derruidos. Adolfo-isla se encerraba cada vez más en sí mismo, pero su corazón tejía pasarelas de cáñamo cada vez que ella se le acercaba. María-isla se movía en cualquier dirección, menos en la suya: dirección Irlanda, dirección Cuba... en busca de otras islas y otros nombres, si bien sus corrientes cálidas la devolvían una y otra vez a las playas heridas de Isla Adolfo. Había estado a punto de besarla esa misma noche, dentro de un par de horas, cuando la excitación por el logo de Tres en Raya la había llevado a abrazarlo de manera tan efusiva. Una milésima de segundo, una fracción de deseo y esperanza que ambos habían abortado al momento. Besar a María... un puente frágil y peligroso, de esos que le encantaban a *Indiana Jones*. Un héroe, algo que él nunca podría llegar a ser.

Labios de terciopelo rojo, un paño carnososangrentado agitándose en su boca sedienta de diosas y jefas. Ya lo había hecho alguna vez, hacía muchos años... demasiados, cuando aún Adolfo era escritor y María una joven entusiasta prendada de su verso fácil y adolescente. Fue una tarde de otoño y estudiaban juntos la primera evaluación de Inglés. Ella se dejó abrazar y besar, y se anudaron como tallos de enredadera, floreciendo al amor en cada vibración, cada diez centímetros, en cada lengüetazo goloso de temblores

y descubrimientos. No había pasado nada más. ¿Nada más?, se sorprendió, aquello no había sido poco. Realmente había marcado toda su vida posterior. Desde entonces, vivía atrapado en aquel beso profundo y tierno de María. Meses después, aún seguía besándola, pero a cada encuentro ella se fue tornando más fría e impenetrable. En realidad, pensó, sólo había existido un beso, un auténtico beso. El beso. The Superósculo. Ése que le envolvía en sus noches más duras y que se regalaba en sus tardes de depresión y abatimiento. Ese beso era María. Cuando su relación se transformó al cabo de los meses —y, como casi todo en su vida, sin saber a ciencia cierta por qué— en amistad-hermandad-camaradería tolerada, la imagen de aquellos labios se convirtió en bandera de su platónica ansiedad cotidiana.

— Buenas noches, pareja. ¿Qué, interesante el grupo?

¡Dios! Ya estaba allí. ¿Y Loco? Estaba a su lado, saludando a María. Vaya, esta vez sí que me he enredado en mis pensamientos, se dijo, al tiempo que recordaba que, al final, no había tenido tiempo ni de diseñar un plan. Es normal en mí, siempre he sido un desastre y siempre lo seré. Estaba a punto de retomar el hilo de sus pensamientos cuando notó un picorcillo familiar en el muslo y escuchó de nuevo a María.

— ... y mierda para los sordos.

Saltó como un resorte. Estaba a punto de cometer una estupidez.

— Perdona, María. Es que estaba...

— Ya, pensando. ¿No?

— Sí, más o menos —sonrió y le dio un beso en la mejilla.

Pidieron las bebidas, unas con alcohol y otras con gas, e intercambiaron impresiones sobre la ¡HORROROSA,-VULGAR-Y-MACHACONA-PIEZA-QUE-INTERPRETABAN-LOS-GATOS-PARDOS-EN-ESOS-MOMENTOS!, según una interpretación de Adolfo que dejó completamente desconcertados a sus dos compañeros de mesa. Tenía que decirlo, joder —se justificó a sí mismo—.

— Tienes razón, quizás no esté a la altura de lo que suelen hacer —señaló Loco, intentando desbloquear la situación.

—Eso. Eso quería decir, perdón. Por ejemplo, *Arrebatado* les va a salir de puta

madre, a no ser el sólo de Pet, que...

Paró en seco. Le había salido sin darse cuenta. Cerró los ojos y se mordió la lengua, ante las atónitas miradas del cubano y María. ¡Maldita sea!, se reprochó, ¿es que siempre voy a ser tan torpe? Salió por peteneras explicando que, conociéndolos, seguro que lo iban a hacer muy bien, pero que alguien le había comentado que el saxofonista no tenía el solo demasiado trabajado. Sus compañeros asintieron mientras se intercambiaban un gesto de perpleja complicidad. Fue en ese instante cuando alguien saludó a Loco por su espalda y María aprovechó para preguntarle si ya había escrito algo. Vamos, que qué tal le iba su nueva vida de literato. Para Adolfo, aquello representó un auténtico shock. No porque no estuviese ya curado de espanto en lo concerniente a las múltiples posibilidades de su experiencia esotérica, sino, simplemente, porque aquella pregunta no se la esperaba. O sea, ¿que ya saben todo?, se dijo. Reflexionó un poco y llegó a la conclusión de que era lógico en cierta medida. Probablemente, no sabrían ni dónde ni cuándo ni cómo se había producido el cambio, pero sí sabían que se había producido. Ahora tendría que funcionar como escritor, aunque lo cierto es que esa decisión, en realidad, no la debería tomar hasta dentro de unas horas y que no había escrito absolutamente nada. Improvisó como pudo.

— Bueno, sí, cosillas. Ya sabes, retomando conceptos —se bebió el vaso de agua de un trago.

— A ver cuando me enseñas algo, ya sabes que siempre fui una admiradora tuya.

Adolfo vio ahí una posibilidad, pero, aunque el cuerpo se lo pedía, le pareció que no debía acelerar los acontecimientos. Lástima que la bola de tres espirales no compartiera su criterio y decidiera obsequiarle con una de esas descargas que a él ya le parecían tan naturales. Decidió hacerle caso a su corazón y, sobre todo, a la esfera, y le anunció a María que, si se portaba bien, a lo mejor esa noche le mostraba algo, lo primero que había escrito, sólo para ella. El picor cesó al instante y él se dijo que por fin, ya era hora, estaban de acuerdo él y la esfera. María se sintió halagada. Le dedicó una sonrisa y le aseguró que iba a ser una chica buena, o que al menos lo iba a intentar.

Adolfo no sabía si alegrarse o desmoronarse. Pero, ¿qué le iba a mostrar? Tendría que improvisar algo, recurrir a algún truco... ¡Ajá!, lo vio claro: el viejo diario. Arrancaré la página. No, tiene fecha. La copiaré. Quizá sea un poco tétrico, pero puede servir. Ya lo creo que sí, sentenció.

Se quedó un rato mirándola, mientras ella se fumaba un cigarrillo y observaba el escenario. Seguía igual de bella y notó que ahora que ya no dependía directamente, al menos en parte, de su *mecenazgo*, lo trataba de otra forma. No sabía explicarse muy bien cómo, con más soltura, mayor distensión... más respeto también, quizás. Ella notó su mirada y se la mantuvo durante un instante, antes de preguntarle si aquello que sonaba era una ranchera. A él le hubiese gustado que fuera un bolero, pero la pieza tenía más de ranchera que de otra cosa, así que asintió y le regaló una sonrisa tierna y tímida, a la que María correspondió justo antes de que Loco la tomara por el cuello y la besara.

— Esta noche estás bellísima, reina.

María se volvió hacia Adolfo, pero éste miraba al escenario.

Tema 5. Arrebatado (Instrumental)

Sencillamente, no tenía ganas de volver a escuchar la extraordinaria ejecución del tema que ya comenzaba a sonar. Se disculpó ante Loco y María y salió a la terraza a tomar el fresco. Se sentó en una de las anchas sillas que había instaladas alrededor de las mesas exteriores y se dedicó a contemplar a la gente que entraba y salía del local. Estaba notablemente molesto consigo mismo. Por unos momentos pensó que igual María y él podrían llegar a algo, pero la interrupción del cubano le había devuelto a la realidad. A saber por qué se está mostrando tan amable, se dijo, igual quiere algo más de mí o está agradecida por lo del logo. Lo que sí está claro es que, sentimentalmente, me sigue viendo como a un hermano menor, un amigo de la infancia al que se le permite compartir sólo una pequeña parcela vital de la que, por supuesto, el amor no forma parte. En esta ocasión, pensó, la bola se equivocaba tanto como él. Su futuro no estaba

en María, ni tan siquiera su presente.

Se entretuvo mirando a las chicas que pasaban, esperando que alguna le guiñara un ojo o le preguntara la hora, por ver si la esfera le hacía alguna indicación. A lo mejor conocía a alguien interesante esa noche y podría comenzar una nueva vida lejos de la pesadilla que le representaba su empecinado y longevo enamoramiento. Hacía tiempo que no se dedicaba a esa tarea, pero al poco recordó lo estéril que solía resultarle. Las chicas que a él le gustaban no le hacían el menor caso, y las que no le hacían ninguna gracia no paraban de mirarlo. Éste debe de ser mi sino, pensó. Vio salir a la violinista checa de la Filarmónica y la saludó con una mano. Ella correspondió al saludo y se perdió por el pasaje que conducía a Triana. Ésa sí que le gustaba, tenía un morbo especial que le atrajo desde la primera vez que la vio. Un poquito flaca para su gusto, quizás, pero bella y misteriosa. Si al menos tuviera coche, podría proponerle llevarla a casa, pero ni eso. Desde luego, se dijo, ligar lo tengo aun más difícil que escribir. Al menos, escribiendo era bueno, pero en esto de flirtear nunca me comí un rosco. Un grupo de jovencitas que se encontraba en el interior del bar le miró al recibir el comentario de una de sus miembros y comenzó a reírse disimuladamente. Adolfo miró hacia atrás, pero allí no había nadie, luego realizó un examen a su vestimenta y no notó nada raro. ¡Bah, niñas!, se consoló, aunque lo cierto es que sintió algo de vergüenza y estupor. Ruborizado, volvió a mirar, descubriendo que algunas de ellas le devolvían la mirada de cuando en cuando. La rubia no está mal, pensó. Repitió la operación varias veces, hasta que el grupito desapareció por la puerta que comunicaba con el pasillo de entrada al patio y no volvió a verlas más. Ya no estoy para estos juegos infantiles, se dijo. Desde dentro le llegaba el atronador sonido de la batería del grupo, en una secuencia rítmica que reconoció como el solo de percusión. Comenzó a hacer redobles con sus dedos sobre la superficie de la mesa y a mover los pies cadenciosamente.

Pidió un vaso de agua con gas y le indicó al camarero que se lo anotara en la cuenta que llevaba Luifer. Saludó a unos colegas del barrio que pasaron de largo y siguió con su particular Estudio de la Conducta Femenina ante la Estrecha Vigilancia de un Macho en Busca de Cariño. Vio desfilar todo tipo de mujeres: altas, bajas,

medianas, rubias, morenas, castañas, pelirrojas, canosas, teñidas, sexys, austeras, gordas, progres, pijas, flacas, con gafas, sin gafas, con pinta de inteligentes, con pinta de tontas, agradables, desagradables, simpáticas, serias, solas, en pareja, en grupos, misteriosas, simples, agresivas, cándidas, estudiantes, trabajadoras, amas de casa, niñas, adolescentes, jóvenes, maduras, viejas, ésta sí, ésta no, Locomía y siempre lo mismo. La que él elegía era justo la que le resultaba imposible, y viceversa. Se sentía menos atractivo que una mosca en la sopa y pensó en volver al patio.

— ¿Te importa que me siente? —la voz femenina le hizo girarse ciento ochenta grados.

Estuvo tentando de frotarse los ojos, pero se contuvo. Tampoco había que exagerar. Allí estaba la mujer morena de sus sueños, solitaria, terriblemente bella y sonriéndole bajo la luz de los reflectores instalados en la fachada del pub. Era María, ... y estaba sola.

Capítulo X.

— Oye, va a comenzar *Arrebatado*.

— No tardo nada, necesito coger un poco de aire.

Adolfo desapareció por la puerta y María se sintió algo culpable. Pero, ¿de qué?. No lo sabía. Al fin y al cabo, sólo eran amigos, aunque, no sabía muy bien por qué, notaba que volvía a sentirse atraída hacia él, como en los tiempos de Magisterio. Quizá fueran los cambios que el recuperado escritor había experimentado últimamente. ¿Desde cuándo? Le era imposible concretar una respuesta, pero lo notaba más seguro, más activo, parecía tener las ideas cada vez más claras. Estaba madurando. Había abandonado ese papel de niño desvalido que había estado interpretando desde que lo conoció. Adolfo estaba creciendo, estaba dando luz a su vida. Justo lo contrario de ella. En esos momentos atravesaba por una auténtica crisis de valores. En la coyuntura más inoportuna, a las puertas del proyecto que había estado esperando desde que se decidió a crear MARGEN. No estaba satisfecha de casi nada: ni de sus relaciones amorosas, ni de su círculo de amistades, ni de la dedicación a su hijo, ni tan siquiera de su proyección profesional. Le gustaba mucho el mundo de la publicidad, pero igual necesitaba un descanso. ¿Estrés? Pensó que igual era ahora Adolfo quien iba a tener que apoyarla. A ella, que siempre había sido la mujer-pantera, fuerte, dura, inflexible, matriarca y amazona. No le gustó que Loco la besara delante de Adolfo. Debería haberle parecido normal, pero lo cierto es que en aquel momento le sentó fatal.

Cada vez tenía menos clara su vinculación con el cubano. Le gustaba mucho, pero algo se había ido vaciando en su interior y ya no sentía esa pasión arrebatadora que le provocaba al principio. En realidad, no compartían mucho: la cama y algunas horas de conversación y juerga. Por lo demás, eran dos auténticos desconocidos. Por otro lado,

sabía que Loco tampoco estaba enamorado de ella. Estaba al corriente de sus relaciones con otras mujeres y no se lo reprochaba, no formaban una pareja estable y, además, ella también había tenido alguna que otra aventura. Intuía que sólo representaba un refugio de sexo y ternura para un hombre que había tenido que dejar todo lo que realmente quería en su tierra natal. Ella era algo sí como el espectro de Estela, el único verdadero amor del músico cubano de ojos verdes. Siempre lo supo, aunque al principio no le importaba tanto. Pero esa idea ya le pesaba como una losa y no estaba dispuesta a seguir siendo el muro de las lamentaciones de nadie, porque ella, ¿con quién descargaba? Necesitaba algo más profundo, más cercano, más palpable. Alguien que estuviera dispuesto a escucharla y a amarla, a compartir su vida, no sólo su cuerpo. Un ser que la aliviara de la pesada carga que le significaba la libertad. Jamás antes había sentido algo así, incluso se hubiera abofeteado de haberlo siquiera pensado. Pero ahora eso era, sencillamente, lo que sentía. Alguien como Adolfo, quizá, se dijo, aunque ahora que está tan lanzado sería imposible que aceptara volver a mí. Sobre todo, después de lo mal que lo he tratado. ¿Mal? Por favor, sólo en los momentos de debilidad llega una a darse cuenta de lo cruel y despótica que ha podido llegar a ser.

Loco había ido a por el tabaco que María le había pedido. Al regresar, su cara era fiel reflejo de sus sentimientos. No dijo nada, pero se había dado cuenta de la reacción de María al besarla y eso le había dolido profundamente. Nunca le había exigido nada, su relación era abierta y ella estaba comenzando a convertirla en un suplicio. Le entregó los cigarrillos y bebió de su copa. *Arrebatado* explotó en un frenesí rítmico y observó cómo María seguía la música con intensidad. Le pareció un momento tan bueno como cualquier otro para intentar aclarar los aspectos más oscuros de la sociedad amorosa que tenían en común.

— ¿Ya no te gusta que te bese? —Loco le lanzó el señuelo acercando sus labios a la oreja de María, para asegurarse de que le escuchaba.

— ¿Por qué? —la cara de María no denotaba sorpresa, tal vez indiferencia.

— ¿Por qué? No seas cínica conmigo.

— Estoy escuchando el tema. No tengo ganas de discutir —volvió su cara al

escenario.

Loco esperó unos segundos, debatiéndose entre la idea de levantarse y desaparecer o provocar el choque. Se decidió por esto último. El intenso tempo que Gatos Pardos imprimía a la pieza hacía que la tensión del cubano subiese por momentos.

— María, si tú ya no estás a gusto conmigo...

— Loco, por favor.

— No, María. Tenemos que hablar. He intentado comprenderte, pero yo no puedo...

— Creo que simplemente se acabó —María miraba a la mesa.

— ¿Se acabó? ¿Así de simple? —Loco le levantó la cara suavemente con una mano.

— Oye, no me irás a decir ahora que estás locamente enamorado de mí.

— Eso es un golpe bajo. Ya sabes lo que siento.

— Por eso, Loco, por eso —apagó el cigarrillo que tenía entre las manos—. Vamos a ser sinceros. No nos une nada. Desde el principio lo dejamos claro: libertad total, nada de cadenas y sólo hasta que nos encontráramos bien uno al lado del otro. ¿No es cierto? Pues tengo la impresión de que ese momento ya ha llegado.

— A lo mejor he hecho algo que... —Loco se echó manos a la cabeza y comenzó a frotarse el cabello en un intento de relajación.

— De verdad que no. Ni siquiera yo misma sé lo que me pasa, ya te lo he dicho otras veces. Necesito encontrar algo y no sé lo que es. Ahora mismo me siento saturada, estresada y, sobre todo, vacía. Si una relación sentimental no es capaz al menos de llenarte un poco, entonces es que no vale la pena.

— ¿Adolfo? —Loco se decidió a sacar la artillería pesada.

— ¿Cómo que Adolfo? ¿Qué quieres decir?

— Venga, chica. Te vengo observando desde hace algún tiempo y siempre lo has tratado como a un marido cornudo. Escondiéndole nuestra relación, disculpando sus torpezas, evitando darme la mano o besarme en su presencia y, ahora, despreciando mi cariño —se sonrió y volvió a beber un trago—. ¿Me ves cara de gilipollas?

— Te estás pasando, Loco. Sabes que Adolfo es un buen amigo y nada más. No quería llevar las cosas hasta este extremo, pero si tenemos que nombrar a terceras personas, debo decirte que yo también estoy harta de sustituir a tu querida Estela.

La armonía estaba a cargo de Chiqui. Su mano izquierda dibujaba acordes y arpeggios que se iban abriendo y complicando a cada vuelta de tuerca, con cada repetición del coro. Apoyando sus evoluciones y engranando éstas con la sección percusiva se encontraba Mustá, un sudafricano de amplia sonrisa y enorme manos que convertían el bajo en un remedo de timple grave y eléctrico. La intensidad acústica era tal que la pareja tenía que hablar a gritos, aunque quizá también lo hubiera hecho así de encontrarse en el rincón más silencioso del planeta. Loco que sí y ella que no, y luego María que sí y él que no. Y Adolfo y Estela pasando de una boca a otra como moneda de cambio de un discurso estéril que ya ni siquiera pretendía arreglar la grieta que amenazaba con derruir el edificio, sino más bien recrearse en ella y delimitar errores y responsabilidades, concluir en suma quién era mejor que quién y quién era un imbécil. Los dos lo tenían muy claro: yo y el otro, respectivamente. La violinista checa intervino en el momento preciso para comunicarle al cubano que se iba al Puerto, “donde siempre”. Que si le apetecía, luego se verían allí. Contrariamente a lo que Loco sospechaba, la intromisión de su amiga fue un bálsamo en la confrontación. María se limitó a reír ahogada y nerviosamente. Enarcando las cejas, le dio a entender que todo aquello no tenía ningún sentido y que la evidencia era mejor argumento que cualquier palabra que pudieran emitir esa noche. Loco también se sumó a la risa nerviosa y desilusionada que los envolvió en aquel momento. Se miraron a los ojos un breve instante y se estrecharon las manos.

— Es una pena —susurró a gritos Loco—, porque eras la mujer más bella que he visto en mi vida.

— Tú tampoco estás nada mal, ojos verdes.

Chiqui lo tenía claro. Ya con las dos manos sobre el piano, se dedicó a edificar acordes aún más complicados que los que había utilizado hasta el momento. A una señal suya, pararon el resto de sus compañeros y redujo el tempo casi a la mitad.

— De todas formas, deberías mirar lo tuyo con Adolfo. Es un buen tío —Loco volvía a mostrarse serio.

— Loco, cógete el culo.

Volvieron a sonreír y compartieron en aquella mesa los últimos instantes de la pieza y de su relación. Al finalizar *Arrebatado*, Loco le ofreció una copa a María, pero ésta la rechazó porque pensaba marcharse a casa. Estaba agotada y quería dormir. El cubano le preguntó si no le importaba que fuera a saludar a Laura y Estrella, las compañeras de Pablo y Rubén, e incluso que si quería acompañarle. María contestó que no a las dos cosas y se despidieron.

La sala se había convertido en un auténtico caos. Mientras los músicos iniciaban *No te empeñes más*, los clientes deambulaban de un lado para otro. Unos pidiendo la *arrancadilla*, otros abandonando el patio, haciendo cola en la barra para pagar, en ambas direcciones hacia o desde el baño, saludando a amigos y conocidos. Una locura. María hizo una seña a Luifer para indicarle que quería pagarle y éste le indicó desde lejos que se olvidara, que estaba a tope. Salió a la calle y buscó con la mirada a Adolfo. ¿Dónde se había metido? Le apetecía despedirse de él, después de aquel beso tan inoportuno. No tardó mucho en descubrirlo sentado en la terraza, dándole la espalda y persiguiendo a las mujeres con la mirada, mientras tomaba pequeños tragos del vaso de agua que tenía en las manos. ¡Vaya!, sí que ha cambiado el niño, se dijo. De pronto, le apeteció sentarse allí con él y tomar una copa a su lado. Además, él tenía que enseñarle algo y ella se había portado perfectamente. Bueno, casi.

— ¿Te importa que me siente?

Adolfo se giró ciento ochenta grados.

Capítulo XI.

Cuando Mario se les acercó, Adolfo y María hablaban de Ayose. Ella estaba muy preocupada por su relación con el niño, cada vez más superficial y distante. No se sentía buena madre en absoluto y no sabía cómo poner remedio a aquella situación sin que eso significara restar dedicación a su tarea profesional. Adolfo le aconsejaba. Si él fuera el padre, le dijo, el niño sería lo primero. Después, el trabajo. Le reprochó el haberle apartado tan drásticamente de la criatura y le aseguró que con él Ayose sería ahora el niño más feliz del mundo y que ya se encargaría de que ella le dedicara el tiempo que merecía. María no estaba de acuerdo con él, porque, según consideraba, Elena lo hacía muy bien. El problema era sólo suyo, y era una cuestión de actitud. Las dos únicas cosas que le reconoció es que quizá sí le hiciera falta un padre y que igual debería liberarse un poco del trabajo. Para Adolfo aquello era algo inaudito. María le había dado la razón en algo, no al completo, claro —eso hubiese sido pedir demasiado—, pero sí en parte. Increíble.

Mario les saludó tan cordialmente como solía. Les preguntó si estaban tomando el aire y qué tal se había dado la noche. Ellos le pusieron al corriente de lo acontecido, resaltando la inesperada afluencia de público y la soberbia interpretación de *Arrebatado*. Hizo un chiste fácil con el título de la pieza —ej ej ej ej— y les comunicó que se iba al Dos Gardenias.

— Si se animan...

— ¡Sí!

Adolfo fue tajante, sorprendiéndose a sí mismo y a los demás. Una especie de muelle había saltado en su cerebro al escuchar la invitación del portero, algo automático. Lo cierto es que se encontraba muy a gusto charlando allí con María, pero le apetecía variar de escenario. Estaba un poco harto de ver pasar ante sus ojos las mismas caras y las mismas situaciones una y otra vez. Sabía que con Mario la diversión estaba asegurada y el flirteo también —aunque si lograba que María le acompañase, esto quedaría en un segundo plano—. Supuso que la invitación reiterada —con ésta ya eran tres las veces que el portero se lo decía aquella noche— había ido creando un poso de deseo en su

subconsciente que ahora no había hecho más que salir de forma abrupta a la superficie. Le pidió a María que lo acompañara. Ella miró su reloj y se quedó un rato dudando. Al final, aceptó. Adolfo se extrañó de que accediera tan fácilmente, pensaba que iba a tardar un rato en convencerla.

María estimó que le hacía falta algo distinto y divertido. Nunca había estado en el Dos Gardenias, aunque conocía perfectamente cómo funcionaban allí las cosas a través de los reiterados y jocosos relatos de Adolfo. Además, nunca había visto cantar a Mario, y ahora tenía la oportunidad. Ella también se estaba sintiendo cómoda con Adolfo y decidió prolongar la noche.

— Aunque sólo sea para ver si por fin me muestras tus primeras líneas. ¿O ya te habías olvidado?

— Ah, no... —en realidad era sí.

Llegaron al Dos Gardenias en un cuarto de hora. Ni Mario ni Adolfo tenían coche, por lo que se trasladaron en el de María. Dentro del vehículo, Adolfo recordó el vía crucis que había vivido en su carrera contra el reloj para sacar a Loco de la comisaría, algo que nunca sabrían ella y el cubano. Miró al salpicadero y allí estaba el oxidado reloj digital. 02:31.

Al local, situado en un sótano, se accedía a través de una escalera. En la fachada, dos gardenias de neón azul y rojo, sobre una estrecha puerta púrpura acolchada, servían de reclamo. A Adolfo siempre le fascinó lo impenetrable del ambiente, cargado de oscuridad, humo y olor a perfume barato y penetrante de mujer. Sumergida en una penumbra casi absoluta, rota sola por numerosas fuentes de luz tenue y de colores fosforescentes, la sala, de reducidas dimensiones, albergaba una docena de mesas situadas en el centro de unos círculos de cómodos asientos decorados con muy mal gusto. Flores de tonos amarillo, anaranjado, violeta y rosado intensos destacaban sobre un fondo azul cian. En el centro del local se hallaba situada la cabina del pianista-pinchador de discos y, junto a ésta, un pequeño círculo blanco donde se situaban los cantantes ocasionales. Al fondo, la barra. Todo el personal del Dos Gardenias vestía de etiqueta negra —como el whisky— corbata pajarita y saludaban a Mario como si fuera

uno más en la nómina. Mario había desarrollado un agudo sentido de la vista y era capaz de distinguir a sus amigos y amigas en aquella tiniebla. Había gente de todo tipo, si bien predominaban las edades comprendidas entre los treinta y cinco y los sesenta años, mujeres hipermaquilladas y tendentes a la obesidad en su mayoría. Éste es el paraíso de los separados, solía decirle el portero a Adolfo cada vez que cruzaban el umbral del piano-bar. La juventud sólo estaba representada aquella noche por un reducido grupo de unas cuatro o cinco personas.

Cuando penetraron en el local, se produjo un pequeño revuelo. Mario saludó, mesa por mesa, a sus conocidos mientras bromeaba con los camareros. No menos de cinco mujeres se le acercaron entre risas para recibirle y ofrecerle un puesto en su mesa. Mario declinaba las invitaciones entre galanterías y chascarrillos, buscando con la mirada a la rubia con la que había quedado. La encontró en la barra. En esos momentos, un tipo rechoncho y revestido, con apariencia de capo mafioso, se esforzaba en interpretar un bolero denominado *Contigo en la distancia*, seguido con pasión por una morena de unos cincuenta años que, de cuando en cuando, le enviaba un beso volado y le guiñaba un ojo. Adolfo y María se habían sentado en una mesa situada en un oscuro rincón. Aquí pasaremos desapercibidos, le había señalado Adolfo.

María estaba encantada. Aquello superaba con creces las descripciones de su amigo. No hubiese imaginado que existiera algo así en toda la ciudad. Miraba a un lado y a otro, entretenida y curiosa. Un camarero flaco les tomó nota y desapareció en la oscuridad. Se miraron y no pudieron aguantar la risa. Mario les presentó a Mimí. Una mujer rubia de mediana estatura, vestida con vaqueros y una blusa blanca. Adolfo le calculó no menos de cuarenta años y por la amplitud de sus caderas, supuso que habría sido madre por lo menos en dos ocasiones. Posteriormente, María discreparía con él argumentando que no pasaba de los treinta y ocho, aunque admitiéndole lo de la maternidad. Mimí era alegre y extrovertida y, al poco tiempo, los cuatro se encontraban enfrascados en una conversación que giraba en torno a lo bien o lo mal que lo hacía Isabel Gemio en *¡Sorpresa, sorpresa!* Adolfo no tenía ni idea, pero, para su asombro, María hablaba como una verdadera entendida en el arte de los reality shows. La rubia,

que confesó haberse casado y separado ya dos veces, con un hijo de cada matrimonio, no tardó en pedirle a Mario que le dedicara una canción. No sé, tal vez *Amor, no me quieras tanto*; lo que provocó la hilaridad de Adolfo, que disimuló lo mejor que pudo.

Mario se puso en cola —tenía dos personas antes— justo delante de Ramiro, el pianista, y, para entretenerse, se puso a tocar unas maracas que había sobre el complejo sintetizador que el solitario músico hacía sonar como una verdadera orquesta. Su espontánea participación en la sección rítmica fue un auténtico desastre. Si el capo ya tenía problemas para seguir el compás, el torpe traqueteo de las maracas hizo que perdiera los papeles y acabara la canción treinta segundos antes que la música. Adolfo y María reían abiertamente, mientras Mimí les decía que era un fenómeno. El siguiente turno era para una chica joven que se arrancó con un tema de la Pantoja, haciendo gala de una voz chirriante más que aguda, aunque algo más afinada que la de su predecesor. Ramiro se ganaba el sueldo a pulso. Trabajaba a destajo intentando conciliar sus conocimientos y las partituras con los arrebatos y versiones de cada cual, mirándolos y fingiendo una sonrisa, cambiando de armonía cada dos acordes y recortando o ensanchando la pieza según las necesidades.

Hoy debo confesalte questoy enamoráaaa...

Impresionante, le dijo Adolfo a María al oído. Mario, que ya no tocaba las maracas, les hacía muecas desde la cabina señalando a la chica con el dedo pulgar de la mano izquierda y tapándose la boca —ej ej ej ej—. Mimí le seguía la broma con una sonrisa, mientras que los otros dos realizaban comentarios graciosos, sacándole punta a todo cuanto veían. La chica acompañaba el canto con unos pasos de sevillana, moviendo las manos a diestro y siniestro, sin ton ni son. En un par de ocasiones estuvo a punto de perder el equilibrio, si bien la cosa no llegó a mayores y, al final, se llevó el agradecimiento del público con unas discretas palmadas y algún grito aislado de ¡guapa!, proveniente del grupo al que pertenecía.

Strangers in the night fue el tema elegido por el siguiente participante. Era un

hombre que pasaba de los cincuenta y que se debía de sentir realmente todo un artista. Su pose, sus gestos y su relación con el micrófono denotaban ciertas tablas. Vestía de chaqueta y corbata y su pelo era rizado y voluminoso. Las solapas de la americana negra que lucía habían sido decoradas con lentejuelas, mientras que en el bolsillo superior se dejaba entrever un pañuelo rojo que hacía juego con los calcetines y la corbata. El pantalón y los zapatos también eran negros. Sobre la camisa, azul marino a rayas blancas, se disimulaba una gran mancha de aspecto desagradable y origen desconocido. De cuando en cuando, sonreía artificialmente, dejando entrever tres dientes de oro anclados en su encía. A pesar de todo, lo cierto es que no lo hacía nada mal; salvo las patadas al idioma de Shakespeare, se llevaba bastante bien con el ritmo, la armonía y la melodía.

Estranyers in de naaaai
eschanguin glances,
wondrin in de naaai
güo güe de chance...

Al concluir, la ovación fue atronadora, y el aclamado correspondió con un número indeterminado de reverencias y agradecimientos al pianista. Mario no aplaudía, esperaba, haciendo girar nerviosamente una de las maracas, su turno. Estaba seriamente picado con el Tom Jones de pacotilla, como le llamaba. En realidad, lo odiaba. Era la única persona a la que Mario había criticado delante de Adolfo, siempre en el piano-bar. Decía que era un cantante frustrado, que no había tenido ningún éxito y que se dedicaba a ir a las fiestas de los barrios, gratis o por las copas, y que se creía un cantante de primera fila. Se mofaba de él señalándole a Adolfo que llevaba peluca, que el tío era más calvo que el atún en aceite. Adolfo siempre pensó que probablemente, para Mario, aquel sujeto representaba su mayor competencia en este tipo de locales. Para colmo, Tom Jones había ganado algunos premios en concursos de nuevas voces, sin ser sobrino del pianista de turno. Cuando, por fin, pudo acceder al círculo-escenario, Mario

hizo una seña a Ramiro y comenzó a sonar su bolero preferido. El espectáculo estaba servido. El pianista, acostumbrado ya a las actuaciones del portero, quiso sumarse a la fiesta colocándose unos auriculares. Una carcajada tenue y unánime advirtió a Mario de la payasada del músico. Aquél le hizo un gesto obsceno y se puso a cantar.

*Yo siento en el arma
tener que decirte
que mi amor se extingue
como una vanesa*

— ¡Pavesa! —gritó alguien del público.

... *pavesa* —rectificó Mario a destiempo.

Adolfo le comentó a María que mil veces había cantado esa canción y mil veces se equivocaba en las mismas palabras. A esas alturas, ya Mario mantenía una seria disputa con el ritmo y la tonalidad, golpeándose el vientre sin ton ni son. Mimí, claro, estaba encantada.

*Yo sé que te mueres
cual párido lirio
ni sé que me quieres
que son tus delirios...*

— ¡Ni idea! —exclamó al pasar uno de los camareros, desencajado por la risa.

— ¡Ánimo! —le llegó otro grito de la sala.

*¡Ay, amor, ya no me quieras tanto!
¡Ay, amor, no sufras más por mí!*

En ese momento, una de las integrantes femeninas del grupo de jóvenes que se encontraba en la sala, como si lo hubiera estado esperando desde que comenzara

la canción, profirió la siguiente frase: — ¡Lo dice por el pianista!—. Las carcajadas se oyeron hasta en la calle, pero Mario permanecía indolente, ajeno a todo aquello y saboreando cada estrofa. Sólo miraba a Mimí, y Mimí sólo le miraba a él, mientras se decía que aquel pianista era realmente malo.

*Me da pena que sigas sufriendo tu amor desesperado,
yo quisiera que tú te encontraras de nuevo tu querel,
otro ser que te brinde la picha —guiñó un ojo y se escucharon risas— que yo no
te he brindado
y poder alejarme de ti para más nunca volver.*

Adolfo y María se habían echado hacia atrás para evitar que Mimí descubriera el ataque de risa que les había entrado. Tenían los ojos bañados en lágrimas, la cara roja y les resultaba difícil respirar. A Adolfo, además, le dolía la mandíbula. Se lo estaban pasando en grande.

¡Ay, amor, olvídame de mí!

Mario hizo el signo de la victoria y le dio el micrófono a Ramiro, no sin antes probarse él también los auriculares. Fue despedido por los presentes en la sala con un sonoro aplauso, mayor aún que el que le habían dedicado al anterior cantante, eso sí, mezclado con risas y numerosas imprecaciones de todo signo. Mario era el rey del Dos Gardenias, y él lo sabía.

Volvió a la mesa y besó a Mimí, que estaba pletórica. Adolfo y María intentaron ponerse serios y Mario le propuso al escritor que se animara a cantar algo.

— No, no qué va. Canto fatal.

— Da igual, el pianista tampoco sabe tocar, ej ej ej ej.

Espérame en el cielo, interpretado por un lacrimoso sexagenario con serias dificultades para mantenerse en pie, sirvió de telón de fondo a la nueva conversación

que emprendieron los cuatro amigos, en esta ocasión el tema central era El Bolero, sus Raíces, su Belleza y su Inmortalidad Frente a las Modas. Adolfo era firme partidario de esta rama de la música popular, pero renegaba de los sucedáneos que utilizaban un sentimentalismo exacerbado para arrancarle una lágrima fácil al oyente. A María y a Mario le gustaban todos los boleros, y a Mimi también, aunque prefería el merengue.

Ramiro pareció escuchar a la rubia, ya que tras acabar la actuación del abuelete, al que tuvieron que ayudar a retirarse, porque seguía cantando minutos después de acabarse la música, y observar que nadie más se decidía a salir al estrado, comenzó a pinchar música de discoteca. Mimi se incorporó de inmediato y arrastró literalmente a Mario hasta la pista de baile, que estaba formada por el círculo blanco de los cantantes y sus alrededores. Adolfo y María se quedaron solos. Estuvieron repasando entre risas los sucesos más destacados desde que habían llegado al piano-bar, mereciendo una mención especial la actuación de Mario. María le confesó que hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien, que se había relajado mucho y que el portero tenía una cara que se la pisaba. Adolfo también estaba entusiasmado. Sin darse cuenta, en el fragor de los comentarios y gestos que se hacían, la tomó de las manos. Al percatarse de ello, la soltó violentamente, en un acto reflejo, y le pidió perdón. Aquel rincón oscuro les aseguraba una cálida intimidad. Se sentían felices y cómodos, alejados de todas las tensiones que habían tenido que soportar ese día. María se le quedó mirando unos segundos y lentamente acercó sus labios a los de Adolfo. Primero se rozaron suavemente, como dos ramas mecidas por el viento. Luego se estrecharon tímidamente reconociéndose en mil sensaciones que se disparaban hacia ambos lados. Por último, se fundieron en un beso atemporal y voluptuoso del que gozaron plenamente durante varios minutos abrazados y recostados sobre aquellos horteras, pero comodísimos sillones de piano-bar.

El tiempo se difuminó. Cada uno dejó correr su imaginación y sus anhelos en la única dirección que en aquellos momentos podían. Adolfo se trasladó a su época de estudiante, cuando escondidos bajo el árbol de algún parque había llegado a sentir a María tan suya como ahora. Ella pensaba en Ayose y en un padre, un hombre tranquilo y cariñoso sentado en el sofá cambiando al niño mientras ella los observaba desde el

despacho, en un alto de su acaparadora actividad profesional. Le desabrochó algunos botones superiores de la camisa y comenzó a acariciarle el pecho y la espalda, besándole el cuello y mordiéndole los labios. Adolfo se sentía transportado a un mundo de éxtasis inesperado y se aferraba a él con todas sus fuerzas. En esos momentos, se le escapó un te quiero, siempre te he querido. Y a ella un creo que yo también, Adolfito. Volvieron a besarse y a acariciarse hasta que una risa conocida les interrumpió.

— Ej ej ej ej. Si molestamos, nos vamos —Mario no podía disimular la alegría al contemplar la escena y la cara de felicidad de su amigo.

Adolfo y María se incorporaron de inmediato y se arreglaron lo mejor que pudieron. Mimí abrazaba a Mario y le daba besitos en la oreja.

— Bueno, ¿qué? ¿Pedimos la penúltima? —todos asintieron.

El rato que pasaron juntos apenas hablaron. Mario intentó iniciar una nueva conversación, en esta ocasión de fútbol —él era de la Unión Deportiva Las Palmas a muerte—, pero Mimí no estaba dispuesta a que su compañero le estropeará la noche a aquellos dos tortolitos y, mucho menos, a ella misma, por lo que tapó la boca con un sonoro beso.

Adolfo le dijo a María que, si quería que le mostrase lo que había escrito, tendría que acompañarlo a casa, a lo que ella respondió que aceptaba ese chantaje con mucho gusto. Se estuvieron mirando y sonriendo, sonriendo y mirando y diciéndose cosas al oído hasta que finalizaron sus bebidas. Decidieron abandonar el local y María le preguntó al portero si quería que los llevara a algún sitio, pero Mario le respondió que Mimí tenía coche, que no se preocuparan, que preferían quedarse en el piano-bar. Estuvieron hablando un rato más y María les indicó que podían verse los cuatro nuevamente alguna otra noche y volver al Dos Gardenias, que se lo había pasado genial y que le gustaría repetir. Mario y Mimí acogieron la propuesta con entusiasmo, mientras que Adolfo no pudo reprimir una ligera sonrisa y una expresión de sorpresa ante la inesperada salida de su compañera. Comenzó a sonar *Macarena* por las columnas y Mimí volvió a tirar de Mario hacia la pista, al tiempo que todas las personas que se hallaban en el local se enfrascaban en una frenética coreografía adornada con gritos de júbilo y el inevitable

¡eeeeeeeh, Macarena, aaah! al final de cada estribillo. Se despidieron y Mario aprovechó para felicitar a Adolfo con disimulo, guiñándole un ojo. Adolfo le dio una palmada en la espalda y le agradeció que lo hubiera invitado a venir.

— Era a ver si tú pagabas las copas, ej ej ej ej.

Salieron tomados de la mano, ya en la calle se abrazaron y caminaron pausadamente, mirando al suelo, como quien quiere eternizar cada segundo y grabar cada detalle de la acera y del asfalto. En la intimidad del coche, volvieron a besarse apasionadamente. Cuando María arrancó, Mario miró instintivamente el reloj. Eran las cinco menos diez de la madrugada.

Capítulo XII.

La casa está hecha un desastre. Eso fue lo primero que se le vino a Adolfo a la cabeza cuando abrió la puerta y encendió la luz del recibidor. Condujo con premura a su acompañante hasta el cuarto donde tenía instalado el estudio y, con la excusa de ir a la cocina a prepararle un cubata, aprovechó para recoger un poco el dormitorio. Desistió de hacer lo propio con el salón porque era un lugar que intentaría evitar a toda costa, para que María no se percatase del montaje de las esferas, la carta y la caja, amén del desorden y la suciedad que allí alcanzaban grados de porqueriza. Estaba nervioso, se sentía como un niño en la noche de Reyes. No quería que aquella oportunidad que tanto había esperado se malograra por nada del mundo. Hacía cinco días que su madre no aparecía por allí. Venía una vez a la semana y le hacía la limpieza general, además de lavarle y plancharle la ropa. Hacía ya tres años, cuando sus padres decidieron comprar un pequeño apartamento en el Sur y trasladarse a vivir allí aprovechando la jubilación del viejo, le dejaron a cargo del hogar. Ser hijo único, se había dicho entonces, tenía que tener alguna ventaja, aunque hasta ese momento no había caído en la cuenta de ninguna. Así pues, desde entonces gozaba de un régimen de semiindependencia amparado por el patrimonio y la tutela paterna gracias al cual podía disfrutar de una amplia vida de soltero. Adolfo le había pedido ya en varias ocasiones a su madre que se olvidara de él, que se hiciera a la idea de que era el hijo quien se había ido de casa, que no se pegara esas grandes palizas sólo para limpiarle, que ya era mayorcito y que sabía arreglárselas solo; pero Carmelita se reafirmaba en su instinto protector cada vez que lo visitaba y descubría el abandono en el que se hallaba sumido el piso. No se consideraba machista, en el plano de la teoría estaba convencido de que tenía que asumir su rol de *amo de casa*, pero en la práctica se había acomodado a la situación y ya sólo se preocupaba de

su aseo personal y de fregar los cubiertos y la vajilla en las escasas ocasiones en las que no comía fuera.

Regresó al estudio con las bebidas —un cubata y un vaso de agua sin gas— y se sentó al lado de María, en un pequeño sofá. La habitación no era excesivamente amplia, pero estaba bien aprovechada. El sofá, una mesa sobre la que se encontraba situada el ordenador y un grupo de estanterías conformaban el decorado. María le preguntó por sus padres y estuvieron un rato recordando detalles de visitas que había hecho a su casa cuando aún Carmelita y su marido vivían allí. Para la madre de Adolfo, María era la novia de su hijo, y eso no había quien se lo quitara de la cabeza. Incluso cuando la *novia* apareció con un hijo sorpresa y Adolfo puso el grito en el cielo, la solidaria matriarca le había regañado, argumentando que era ahora cuando realmente tenía que demostrar su amor por la chica, que un error lo tiene cualquiera y que se espabilara, que si no, al final, María acabaría yéndose con cualquier otro. ¡Que pareces tonto, niño!

Y allí estaba él, sentado junto a su sueño con un vaso de agua sin gas entre las manos. Nervioso, sin saber qué hacer o qué decir a pesar de que no hacía ni veinte minutos serpenteaba entre sus labios y su piel aferrado a su cuerpo en un abrazo eternamente deseado. María le pidió que le mostrara lo que tenía escrito y Adolfo cayó en la cuenta de que no había preparado absolutamente nada. No podía enseñarle directamente el diario, porque la única página escrita estaba fechada. Improvisó una búsqueda entre montañas de libros y papeles donde nunca podría hallar nada y se hizo el desesperado.

— No sé dónde tengo la cabeza. Juraría que lo había dejado aquí mismo.

Adolfo volaba de estante en estante mientras cavilaba en busca de alguna salida digna a aquella apurada situación. Encendió el equipo de música y, tras unos segundos de indecisión en los que estuvo rebuscando entre una pila de casetes, insertó una cinta donde había grabado una selección de canciones de Silvio Rodríguez, un cantautor que sabía le encantaba a su amiga. Le entregó la cajita con la cartulina donde se relacionaba los temas registrados para, con disimulo y habilidad, aprovechando el despiste, hacerse con un bolígrafo y un folio de los que tenía sobre la mesa de trabajo, y con el diario.

Aduciendo que iba a ver si encontraba el material en alguna otra habitación, dejó a María en el estudio y se sentó en el salón a copiar el manuscrito, justo al lado de la línea en la que se encontraban las dos bolas ya usadas.

A Adolfo le encantaba grabar cintas variadas y simbólicas. A veces, como era el caso de la de Silvio Rodríguez que ahora sonaba en el cuarto donde María se encontraba, estaban dedicadas a un solo grupo o solista; en otras, el eje era un estilo, o un tema, o un estado de ánimo. Se pasaba horas en la tarea de imbricar piezas que guardaran una cierta relación o que pudieran llevar una idea común, abriendo y cerrando discos compactos, elepés, sencillos; poniendo en marcha la grabación, parándola, reanudándola, borrando; anotando el nombre de los temas, la duración, el autor... Aquello le apasionaba. Por eso se había hecho con una minicadena ultramoderna con múltiples prestaciones técnicas que le permitían hacer maravillas. La música le llegaba nítida desde el estudio.

Cuando Pedro salió a su ventana

no sabía, mi amor, no sabía

que la luz de esa clara mañana

era luz de su último día.

Y las causas lo fueron cercando

cotidianas, invisibles.

Y el azar se le iba enredando

poderoso, invencible...

María sintió aquellas palabras como nunca las había sentido. Eran fiel reflejo de cuanto le había ocurrido en las últimas veinticuatro horas. ¡De qué manera se había enredado todo en un solo día! Habían cambiado muchas cosas en ella, no era la misma que se había acostado la noche anterior tremendamente ilusionada con el proyecto de Tres en Raya y dispuesta a quemar Roma con tal de sacarlo adelante. La sucesión de hechos le había despertado un plano de debilidad que hacía tiempo no frecuentaba. Había sido muy duro, pero en esos momentos se sentía realmente bien, parecía que

había largado una enorme carga y había comenzado a retomar el vuelo. Se dejó llevar por la música y las palabras, quitándose los zapatos y recostándose en el mullido sofá.

*Cuando Juan regresaba a su lecho
no sabía, oh alma querida,
que en la noche lluviosa y sin techo
lo esperaba el amor de su vida...*

Adolfo paró de escribir. A él también le parecía que aquellos versos los había compuesto el cubano exclusivamente para él, y para ese momento en particular. Que iba a volver a besar a María era algo que no hubiera imaginado jamás, y menos cuando se despertó la mañana anterior. También había experimentado grandes cambios, eso sí, con la inestimable ayuda de su abuelo y de aquellas tres esferas mágicas que le habían facilitado el camino hacia su propio despertar, al amanecer de una vida larvada y oculta en el barro en medio de una impresionante sequía de savia y anhelos. Miró el diario y se sonrió. Sólo con lo vivido en las últimas horas, varias veces además, tendría material para llenar dos o tres libros, se dijo.

*Cuando acabe este verso que canto
yo no sé —yo no sé, madre mía—,
si me espera la paz o el espanto;
si el ahora o si el todavía...*

Él tampoco estaba demasiado seguro de lo que iba a ocurrir en cuanto concluyera. Al finalizar, a punto estuvo de copiar también la data, pero se dio cuenta a tiempo. Releyó el texto y se deseó que a María no le pareciese tan tétrico como a él.

Volvió al estudio. Silvio y María andaban de la mano por las calles de la Habana vieja, y, aunque sabía que *Esto no es una elegía*, supo también que ella estaba pensando en Loco. No se equivocaba. María evocaba en esos instantes sus paseos junto al músico

por Vegueta y las constantes alusiones de éste a la semejanza entre ambas capitales e islas. Al tiempo, repasaba su relación con el cubano de ojos verdes y calibraba la calidad de la misma, si había valido la pena o no, si tenía que haberla roto antes, si después...

Adolfo se quedó un rato observándola. La encontró especialmente bella así, tendida sobre la superficie crema del sofá, con la ropa plegada alrededor de su talle, los pies desnudos y los ojos cerrados. Le tendió el folio y María se incorporó como quien despierta de un sueño profundo. Comenzó la lectura mientras Adolfo se reclinaba en el sofá, tomando el relevo de su amiga en la escucha de aquella cadena de canciones. Volvió a su etapa de juventud en Magisterio, cuando descubrió a Silvio Rodríguez, en particular, y la Nueva Trova, en general, de la mano de María. Fue en uno de los viajes de fin de curso de los tres que realizaron juntos en la escuela. Había escuchado algo antes, pero le parecía un auténtico coñazo. Sin embargo, entre los bosques y arroyos de la caldera de Taburiente, en la isla de La Palma, descubrió la riqueza melódica y armónica de las composiciones del cantautor, su destreza con la guitarra y se acostumbró a esa voz aguda y quebradiza que le caracteriza. Además, encontró en esas canciones mil referencias simbólicas que conectaban directamente con su ideología y su forma de entender la vida. Desde entonces, se había convertido, junto a Pablo Milanés, en uno de sus músicos preferidos y en un nexo añadido a su relación con María. En este sentido, no era una excepción. La música de los componentes de la Nueva Trova Cubana había marcado a toda su generación.

Miró de reojo a María y vio que ésta seguía con interés la lectura. De pronto, ella lo miró un instante como extrañada y volvió a comenzar. Aquello sólo podía significar dos cosas: o no lo había entendido o le resultaba horrible. Cualquiera de las dos le parecía inquietante. Se incorporó y comenzó a releer el texto mirando por encima del hombro de su amiga. Concluyó antes que ella, casi se lo sabía ya de memoria, y no le pareció que estuviera tan mal. Quizá un poco enrevesado y enigmático, por supuesto tétrico, pero dignamente resuelto. Al finalizar la lectura. María volvió a mirarle con la misma expresión.

— Ya sé que es un poco tétrico, pero... —Adolfo quiso adelantarse a un posible

análisis negativo de María.

— ¿De qué hablas en el texto?

— Oh, es una especie de sueño, la recreación de una pesadilla que a veces tengo —no había entendido nada, pensó.

— Me has robado el sueño —María hablaba en broma como si le acusara de algo.

— ¿Cómo? —no sabía por dónde venía el chiste—. ¿Qué quieres decir, no te ha gustado?

— Oh, me ha encantado. Me gusta mucho, pero este sueño es mío.

— Bueno, si quieres te lo regalo. La verdad, a mí no me gusta mucho y... —la voz de María lo cortó en seco.

— Adolfo, lo que has escrito aquí describe perfectamente parte de un sueño que se me repite a menudo. Haz memoria, seguro que te lo he contado alguna vez y tú, a lo mejor inconscientemente, lo has llevado al papel.

— Mira, reina, este sueño es mío y te aseguro que no es nada agradable.

— No puede ser —María volvió a leer parte del texto—. ¿Quieres decirme que tú y yo compartimos también una parcelita onírica? Venga, Adolfo, esto es una broma algo pesada.

Se quedó atónito. No podía creer lo que estaba escuchando. María había bebido demasiado y estaba burlándose de él, pensó. Adolfo le contó su pesadilla y María le describió su sueño. Ambos se sintieron atrapados en un témpano enmarcado por un halo de irrealidad y sorpresa. Sintieron en su nuca el soplo de lo imposible y se lanzaron a la enésima lectura del viejo relato recién copiado ávidos de detalles y coincidencias. La guitarra pincelaba la introducción de una bella pieza, *Te conozco*. Y lo cierto es que ellos también comenzaban a conocerse. A identificarse. A comulgar con razones y experiencias. A reconocer sentimientos y deseos frustrados reconstruidos en la somnolencia de decenas de noches perdidas ya en el tiempo. Ella vio en él al frágil aprendiz de sacerdote perseguido y herido por cientos de fauces, suplicándole apoyo. Él la vio como la diosa indolente e inasequible de la que nunca pudo disfrutar. “Esa ilusión

inalcanzable y omnipresente que está, pero no está; que existe, pero se esfuma. Que me lanza un beso a mil kilómetros por hora para estrellarse contra mis labios y mi lengua, y así salvarme. Ese instante de placer que nunca hallo, porque, de pronto, el cristal estalla y el mosaico se diluye. El impacto se eterniza en un segundo roto por la llamada de la vigilia; ese sonido agudo, tenaz, desagradable con que inicio cada mañana y que cobra sentido en unos ojos rotos y cansados que buscan sin ganas la confirmación del cristal líquido del reloj-despertador”.

Se perdieron en sus sueños. La fantasía extendió su manto amplio y sedoso por toda la habitación calentando la atmósfera y sembrando de siglos y primaveras cada rincón. Una mano invisible tomó el folio caído y comenzó a escribir la continuación de una historia que nunca antes había sido escrita. La diosa y el sacerdote se besaban recostados sobre un sofá de arena rubia rodeados por mar y palmeras y por miles de trinos.

*De niño, te conocí
entre mis sueños queridos,
por eso cuando te vi
reconocí mi destino.
Cuando pensaba que ya no iba a ser,
lo que soñara de pronto vino...*

Adolfo-sacerdote se levantó inconscientemente y programó el casete para que la canción que ahora sonaba se repitiera indefinidamente. ¡Cuántas noches de exacerbada melancolía no había hecho lo mismo pensando y llorando en y por ella! Volvió al improvisado lecho-playa prehispánica y se dejó arrastrar hacia un mundo sensual y primigenio perdiéndose en la frontera entre lo real y lo imaginario, sin tener plena conciencia de ser un hombre del siglo veinte que imagina historias o un aborigen del catorce catapultado por el amor de una diosa al conocimiento de lo futuro. En cualquier caso, aquellos labios, aquel cuello, aquellos senos, aquel vientre y aquellas piernas que

se desnudaban eran completamente reales.

*Tanto que yo te busqué
y tanto que no te hallaba...*

Notó que el mar se abalanzaba hacia ellos. Supo de sal y de lágrimas de placer y de abrazos y caricias excarcelados. Recorrió con sus dedos cada uno de los poros y limpió de polvo y arena aquella piel ardiente que le rodeaba. Trabajaban como hormigas afanadas en un juego de sensaciones, recolectando semillas de lujuria y pasiones rojas y malvas, destapando primaveras donde sólo había inviernos y hundiéndose cada vez más en el pozo húmedo que se agitaba en medio de las costas áridas y vírgenes que ahora fecundaban.

*que al cabo me acostumbré
a andar con tanto de nada...*

Sus manos se perdían en todos los rincones sacudiendo violentamente las dunas y refrescando con gotas de codicia los pezones que emergían de lo más profundo de la tierra. Se quemaron en la lava de sus propias erupciones, lloviendo gotas de sudor y tronando suspiros de gozo. Era el Génesis. La naturaleza en estado puro poniendo en liza la totalidad de unos elementos que se enfrentaban en la batalla por la vida. Terremotos de ternura, volcanes erectos de sangre y savia, diluvios de sensaciones incandescentes, huracanes de cálido aliento arrasaron aquellos cuerpos durante minutos. Un choque de planetas en un universo redescubierto. Un Big Bang a dúo repleto de agujeros negros que lo absorbían todo irremisiblemente.

*Cuánto nos puede curar el amor,
cuánto renace de tu mirada.*

Adolfo se tendió bajo el cuerpo de María, rendido ante el poder que emana de las estrellas, mientras ella jugueteaba y se saciaba con su sexo, recorriendo con sus labios y su lengua las raíces y la corteza de una fruta erecta y palpitante sedienta de besos y lamidos. Jugaba con su melena, enredando su dedos en ella y retorciéndose de gusto a cada golpe de labio, aprendiendo lo amplio y amable de su boca.

Te conozco

te conozco desde siempre, desde lejos.

Te conozco,

te conozco como a un sueño bueno y viejo.

Es por eso que te toco y te conozco.

La canción se mezclaba con el ambiente. Volvieron a besarse y abrazarse, como dos niños que se descubren en la oscuridad de la cama. Adolfo le besó todo el cuerpo, centímetro a centímetro, disfrutando con los quejidos de su amada y descargando años de deseo y frustración. Acarició suavemente la zona exterior de su vagina y el interior de sus muslos mientras la penetraba. Ahora se dejaban llevar por las olas de un mar que definitivamente los había atrapado. Ya no había fauces ni playa, sólo mar. Un mar tibio y sinuoso sobre el que cabalgaban despiertos. Hambrientos de carne y codicia, volvieron a rozar sus labios y sus lenguas, agitados por un estremecimiento común y un éxtasis compartido, vertiéndose el uno en el otro en un maremoto de ardor y sensualidad preñado de gritos y palabras de amor y concupiscencia.

que al cabo me acostumbré

a andar con tanto de nada...

Capítulo XIII.

Se quedaron tendidos uno al lado del otro, completamente extenuados y sudorosos. Ambos miraban al techo. La música seguía sonando, repitiendo los mismos versos una y otra vez. María le acariciaba el pecho. Se miraron. Se sonrieron y volvieron a elevar su vista al cielo blanco de cemento. El sueño había acabado mejor de lo que nunca antes lo había hecho. Adolfo exhaló un enorme suspiro y cerró los ojos. ¿Y ahora, qué?, se preguntó. Contrariamente a lo que había supuesto, no escuchaba campanitas ni música celestial de ningún tipo, y aun menos veía lucecitas de colores volar por la habitación. Lo había pasado muy bien, pero no se encontraba especialmente satisfecho, más bien inseguro y confuso. Había saciado el mayor deseo de su vida y no se hallaba dando saltos de alegría. Sólo sentía que había logrado superar un reto, una barrera que tenía clavada en su mente desde hacía años. Se preguntó si realmente eso era el amor. Un polvo y punto. Supuso que no. ¿Entonces, qué le estaba pasando? ¿Por qué, de pronto, sentía ese vacío en el estómago y esas ganas de salir corriendo de allí, de que ella se vistiera y se apartara de su lado? Comenzó a sentirse inquieto. No quería siquiera plantearse la posibilidad de que realmente no la amara, de que fuera solo un objeto de deseo postergado y alimentado durante años, pero no lo que suponía. ¡Vaya tontería!, se dijo. Se levantó y cambió la cinta. Ahora sonaba una selección de rock. Bajó el volumen en el momento que María le comunicaba que se iba al baño. Se sentó en el sofá e intentó disipar sus pensamientos. Intentó racionalizar el hecho de que María y él pudieran ser capaces de compartir un sueño. Estuvo a punto de llegar a la conclusión de que era imposible, pero recordó lo que él mismo estaba experimentando con las esferas y cambió de opinión. ¿Empatía?, ¿casualidad?, se preguntó. De nuevo sintió el hueco en su vientre. Volvió a suspirar. Había algo que no encajaba. Desde luego, se

dijo, si no estoy seguro de lo que siento, lo mejor será explicárselo y no dejar que las cosas se precipiten. Aguardó a ver si la bola le daba alguna descarga, pero se dio cuenta de que estaba desnudo. Maldijo una vez más su despiste crónico y se puso el pantalón. Esperó alguna reacción de la esfera, pero nada ocurrió. Se sintió defraudado, necesitaba una respuesta a su estado. María tampoco había ayudado mucho. No había abierto la boca. Parece que nunca voy a encontrar mi hueco, se lamentó. Definitivamente, esto no es el amor, se dijo. Llegó a la conclusión de que María no iba a llenarle del todo, que sí, le tenía un gran afecto y le gustaba horrores físicamente, pero no esperaba aquella sensación de vacío y aturdimiento. Concluyó que tampoco podía culparse por ello, al fin y al cabo hasta entonces no había tenido la posibilidad de saberlo, de vivirlo. Quizá era algo que tenía que madurar... Nuevamente estaba hecho un lío. Los últimos acontecimientos le tenían agotado y eso también podía influir en su estado de ánimo. Sin embargo, se sentía satisfecho en un sentido. Le alegraba el hecho de poder desvincularse sentimentalmente de María. Era algo así como madurar, como alcanzar una independencia perdida hacía ya demasiado tiempo. Comenzaba a comprender, o al menos eso creía. Sabía que en estas circunstancias solía reaccionar tomando decisiones radicales y generalmente equivocadas. Y eso es lo que estaba haciendo en esos momentos. Decidió serenarse. Se alentó con la idea de que las cosas necesitan un tiempo, y aún más los sentimientos. No debía precipitarse. Por otro lado, estaba María. No quería hacerle daño. Así que lo mejor era ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Ahora sí que sintió un pinchazo.

— Así que la bolita no está de acuerdo. ¡Vaya, qué raro! Es lo único que puedo hacer. Cualquier otra cosa sería una locura. No puedo tirar todos estos años por la borda. No de esta manera. No tan rápido.

De todas formas, sabía que la quería. De una manera o de otra, sentía que le profesaba un gran cariño, y lo iba a explotar hasta donde llegase. Iba a rozar los límites de su amor y su amistad, porque, además, era lo único que tenía. La bola incrementó la intensidad de su advertencia y Adolfo comenzó a retorcerse. María entró en esos momentos y se alarmó con el espectáculo de su amigo quejándose y agarrándose la

piernas con visibles muestras de dolor.

— Adolfo, ¿qué te pasa?

— No te preocupes, es un tirón. La falta de costumbre, ya sabes.

A María le entró la risa y a Adolfo se le fue pasando el ardor, sin caer en la cuenta de que, mientras se retorcia, la esfera se le había salido del bolsillo cayendo al suelo y rodando hasta la puerta. Mientras se recuperaba, María encendió un cigarrillo y comenzó a vestirse. Él intentó detenerla sin mucha convicción y ella, tras acariciarle el pelo, siguió con su tarea. Al concluir, se sentó a su lado.

— Adolfo.

— ¿Sí?

— Lo he pasado muy bien.

— Yo también, María, ha sido genial. Te quiero —intentó abrazarla nuevamente, pero María se lo impidió amablemente.

— No te lo tomes a mal, cariño, pero, no sé... Creo que me he precipitado —le tomó una mano—. Ha sido todo demasiado intenso y demasiado rápido. Estoy viviendo una etapa un tanto extraña, no sé lo que quiero... Esta noche mismo he roto con Loco y ya estoy envuelta en otro lío... No quiero que sufras, ni quiero sufrir yo tampoco. No sé... Tienes derecho a insultarme, lo siento. A lo mejor... con el tiempo. No sé. Quizás eso. Necesito algo de tiempo. Perderme de aquí, estar con el niño.

Adolfo se sintió el ser más estúpido del planeta. Él dándole tantos rodeos al asunto y la cosa estaba clarísima.

— No te preocupes, María. Lo entiendo perfectamente.

— ¿Seguro? ¿No estás enfadado?

— No, para nada. Si te digo la verdad, yo también estoy bastante confundido. Igual era algo que teníamos que hacer, que vivir, y ahora sólo el tiempo dirá lo que conviene.

— ¡Vaya, me sorprendes, chico! Pensaba que, con toda la razón del mundo, me íbas a mandar a la mierda.

— En otras circunstancias, a lo mejor. Imagínate. Pero yo también estoy

atravesando una etapa un poco... especial.

— Tú eres otro Adolfo.

— Visto de esa manera, tú tampoco eres la María que yo esperaba —se arrepintió justo al acabar la frase—. No me entiendas mal. Quiero decir que después de... bueno, que... tampoco estoy muy decidido yo a ser novio ni nada de eso.

— ¿Qué pasa, no te gustó hacerlo conmigo?

— Me encantó, ya te lo dije. Y lo volvería a repetir cada vez que tú quisieras. Es a nivel de sentimientos. Chica, reconoce que también yo tengo mis sentimientos.

Comenzaron a reírse. Primero María y después, por contagio, Adolfo. María se fue de nuevo al baño y Adolfo se quedó solo pensando, dándole mil vueltas a la misma idea, y escuchando *Message in a bottle*, de Police. Cuando regresó, su amiga se acuclilló frente a él, y acercándole la cara le guiñó un ojo.

— Fue mágico, Adolfo, de verdad. Sólo que ahora necesito aclararme y no seguir ejerciendo de mujer fatal por la vida.

— María —le cogió la cara con ambas manos—, cuando digo que te quiero es totalmente cierto. No sé hasta qué punto, es verdad, pero te tengo un gran cariño y me gustas mogollón. Así que dame un besote y que sea lo que el destino quiera.

Primero fue un besote. Luego otro. Y otro. Después fue la lengua. Más tarde las manos. En un abrir y cerrar de ojos andaban de nuevo enfrascados en la construcción de un nuevo mundo. Sin embargo, ahora Adolfo era Adolfo y María era María. No había dioses ni devotos, reyes ni esclavos, jefes ni empleados. No había playas ni mares, ni terremotos, maremotos, volcanes o diluvios. Estaban en el estudio, escuchando a U2, a las puertas de un nuevo milenio. Eran dos amigos que se amaban de espaldas. Ella aferrada a uno de los brazos del sofá y él cubriéndola de amor enérgico y desaforado, apretando sus muslos con sus manos vigorosas y ardientes, traspasando una y otra vez la frontera de su húmeda y aterciopelada intimidad y mordiéndole las orejas, el cuello, los omóplatos, el valle fino y extenso de su columna vertebral, buscando sus labios jadeantes, frotándole el clítoris, tirándole del pelo, fuera de sí, enajenado, nuevo, distinto, ebrio de clarividencia, entrando y saliendo del útero materno, naciendo a una

nueva existencia, gozando, creciendo, entregándose como nunca antes jamás lo había hecho.

La mañana comenzaba a dibujarse tras las cortinas. Pensó que ya debían de ser más de las seis y media, que el sol estaría rompiendo el horizonte tras los diques del puerto, que el hechizo se iba a disipar, que todo se iría al carajo. Pero no podía abandonar ahora. Si algún destino habían tenido aquellas esferas, probablemente había sido el de conducirlo hacia la vorágine de placer de la que ahora disfrutaba. Por su cabeza pasaron multitud de imágenes, vasos de vodka y vasos de agua con gas y sin gas, la historia de su abuelo, la carta, la caja, las esferas, Loco, Maxi, Iván, Mario, Mimi, el Cuasquías, el Dos Gardenias, Luifer, la comisaria, el logo de Tres en Raya, Magisterio, la violinista checa, el grupo de chicas que se reía, María, cuyo cuerpo cabalgaba en esos momentos regalándole todo el placer que podía, Ayose, Gatos Pardos, *Arrebatado*, Silvio Rodríguez, su madre, su padre, la Amistad, el Trabajo, el Amor, como en una canción hortera de sus tiempos de niño, el taxista, el indigente que vendía flores en el semáforo,... Los gemidos pletóricos de María coincidieron con el fin de las evocaciones y con el abrazo de ambos. La habitación estaba completamente iluminada y los dos amantes se entregaron a un sueño profundo y reconfortante, confundidos el uno en el otro. Completamente satisfechos y terriblemente agotados.

— Es la última vez —le advirtió María, susurrante y mimosa, besándole el cuello.

— La última —confirmó Adolfo, cerrando los ojos.

Coda

— Eh, Adolfo. ¡Adolfo!

Sintió que alguien lo llamaba y le tiraba del brazo. Supuso que era María, que ya se iba y querría despedirse. Sin abrir los ojos, adormilado, se dirigió a ella.

— ¿Ya te vas? ¿Tan pronto?

— ¡Parece que ya vuelve en sí! —el enfermero le retiró de la frente el pañuelo mojado en agua fría.

— Adolfo, ¿te encuentras bien? —la voz de Loco le llegaba temblorosa, parecía muy preocupado—. Contesta, tío. Joder.

¿LOCO?

Abrió los ojos como un poseso y se incorporó bruscamente. Loco, Luifer y los dos enfermeros le sujetaron y trataron de tranquilizarle.

— Relájate, está todo controlado. Ya pasó, no te preocupes.

No entendía nada. Estaba en el Cuasquías rodeado por una multitud de personas que le observaban como si fuera un bicho raro. Sobre la mesa había un botiquín y a su lado se encontraban María, el cubano, el camarero y dos tipos con aspecto de médicos. Miró hacia un lado y hacia otro y se preguntó qué clase de broma era aquella, si las esferas le estarían jugando una mala pasada. Entonces recordó que no había colocado la última bola en su sitio antes del amanecer y especuló acerca de la posibilidad de que aquello tuviera que ver con esta nueva situación. Decidió salir de dudas y se dirigió a Loco.

— ¿Qué pasa?

— Nada, nada, no te preocupes, chico. Es sólo que sufriste un desmayo.

— ¿Un desmayo? ¿Qué desmayo? ¿Qué hora es?

— Tranquilo, Adolfo —María se sentó a su lado y le dio a beber un vaso de agua teñida con el color de una pastilla efervescente—. Esto te vendrá bien. Bebe.

Obedeció. Estaba desconcertado y se sentía realmente mal, con un fuerte dolor de cabeza, la boca pastosa y los músculos tensos. Notó un ligero y agudo dolor en el brazo y se dio cuenta de que le habían inyectado algo.

— Será mejor que nos acompañe a Urgencias —señaló uno de los enfermeros, mientras el otro recogía los útiles y le pedía a los curiosos que despejaran la zona, que el espectáculo había acabado.

— ¿A Urgencias? ¿Qué pasa, me estoy muriendo o algo así? Si alguien pudiera explicarme algo, se lo agradecería —Adolfo comenzaba a ponerse realmente nervioso.

Loco tomó la iniciativa.

— Hermano, te entró un mormo de mucho cuidado. Te pusiste a beber como un cosaco y a decir cosas raras. No reaccionabas con nada, así que tuvimos que llamar a una ambulancia. A lo mejor te hizo reacción con la coca, yo qué sé... Parecías un cadáver, chico. Estábamos acojonados.

Un destello en su cerebro le impulsó a levantarse nuevamente, con más decisión.

— Tengo que ir a casa.

— No, vas a ir al hospital —María le agarraba de un hombro, mientras Luifer y Loco le cerraban el paso.

— ¡Déjenme tranquilo, joder! ¡Ya estoy bien! Quiero irme a casa, ¿vale?

Los enfermeros se miraron y le dijeron que no podían obligarle. Recogieron sus cosas y le recomendaron que descansara y tomara bastante leche. Sobre el escenario, Pablo Valdés comunicaba al público que se disponían a volver a interpretar completa la canción que habían dejado a medias, *Golpe de suerte*. María y Loco se ofrecieron a llevarle. Al final, decidieron ir los tres en el coche de María. Adolfo parecía ausente, encerrado en sus pensamientos. Sus amigos intentaron darle conversación, pero hacía caso omiso a sus preguntas y comentarios. Al llegar, le preguntaron si quería que subieran y le acompañaran un rato. Les dijo que no. María insistió y él le contestó que ya era

mayorcito para cuidarse solo y, sin más, se adentró en el edificio.

Nervioso, preocupado, subió corriendo las escaleras mientras se preguntaba qué habría ocurrido y en qué fase del hechizo, si había alguno, se encontraba. Entró en la casa y encendió la luz. Miró en el salón y no vio nada. Ni bolas, ni caja, ni carta. Ni tan siquiera la raya que había dibujado sobre la mesa de cristal. Se dejó caer sobre el sofá, cerró los ojos y suspiró profundamente.

— ¡Mierda! ¿Qué significa esto?

Recordó las últimas palabras de la carta del abuelo: “Es importante que cuando tomes una esfera dejes las otras dos en línea recta. Si no es así, no funcionarán. También es importante que, sea cual sea el resultado, al finalizar vuelvas a alinear las tres. Al cabo de unos segundos, desaparecerán junto con esta carta, la caja y la cuerda; y tú y yo ya no volveremos a encontrarnos jamás en este plano de existencia. Si no lo haces así, nada de esto habrá ocurrido”.

— Nada de esto habrá ocurrido. ¡Mierda!

Estaba a punto de echarse a llorar. Miró la hora. Las doce y veinte. Cierto, nada había ocurrido. Salió corriendo hacia el trastero. Buscó y rebuscó, pero no halló nada. No lo entendía, si el hechizo no había tenido lugar, allí tenía que estar la caja, intacta. Intentó serenarse un poco y aclarar sus ideas.

— Es posible que el hechizo se desarrollara hasta que yo incumplí mi parte, por eso la caja ha desaparecido. Si no, hubiera sido lo mismo que darme otra oportunidad. Claro, eso siempre y cuando realmente no me hubiera desmayado en el Cuasquías. Pero entonces, ¿dónde coño está la maldita caja? También puede ser que mi madre la haya descubierto en una de sus limpiezas y se la haya llevado al Sur, o la haya tirado.

Este último argumentó acabó por derrotarle. Todo había sido un mal sueño, una alucinación producto de una reacción por la mezcla de alcohol, cocaína y depresión. Se fue al estudio y lo encontró como lo había dejado la primera —¿la única?— vez que había salido de casa esa noche. No había rastro de María, ni del logo de Tres en Raya, las cintas estaban en su sitio. Se le ocurrió una idea. Encendió el ordenador y buscó en los archivos por si encontraba los de Tres en Raya. Nada. No había ocurrido nada. Decidió

darse una ducha para despejarse. Más tranquilo, se sirvió un vaso de leche y se acostó en el sillón de la sala. Se encontraba mejor. Lo que había soñado era tan real que no acababa de creerse que no hubiera pasado. Sin embargo, reconoció que la historia era demasiado extravagante como para darle crédito. No obstante, había aprendido algo. ¿Algo? Mucho. Un momento, se dijo, suponiendo que lo del hechizo hubiese sido cierto y luego se hubiese evaporado, ¿cómo es que tengo memoria de ello? En ese caso, algo de todo eso me hubiese valido, aunque sólo sea por el recuerdo. Si el hechizo hubiese existido, yo ahora no me acordaría de nada. Por lo tanto, está clarísimo que ha sido una pesadilla de borracho drogata.

Apuró el vaso de leche y se fue al estudio. Colocó la cinta de Silvio Rodríguez en el casete y lo programó para escuchar *Te conozco* repetidamente. Mientras sonaba, fue recreando todo lo que recordaba del sueño y llegó a la conclusión de que muchas de las cosas que habían pasado en él podían servirle en la vida real. Quizás haya sido una respuesta del subconsciente para señalarme un nuevo camino, una salida. Si le era posible, intentaría utilizar los mismos métodos que había usado en su imaginación para arreglar los aspectos más importantes de su vida. Lo de dedicarme a escribir, por ejemplo, es algo que me gusta y que puedo poner en práctica ya. Cuanto más seguro estaba de que todo era fantasía, más dudas se le venían a la cabeza. ¿Y Estela, realmente existiría? Probablemente, no. ¿Maxi haría el logotipo? Si María no le había dicho nada por el camino, estaba claro que sí. ¿Gatos Pardos interpretaría *Arrebatado* con tanta maestría? El rostro se le iluminó. Claro, había cosas que podía comprobar fácilmente. Se vistió y salió disparado hacia la calle. Un taxi se acercaba a donde se encontraba, se palpó el bolsillo, pero sólo tenía quince pesetas. Tendría que ir caminando.

Tres cuartos de hora después, un sudoroso y fatigado Adolfo se encontraba a las puertas del pub. Antes de entrar, echó un vistazo por si veía a Mario por allí, pero no había nadie. Se extrañó por el aspecto desierto de la terraza, pero tampoco le dio mayor importancia. En el pasillo de entrada se cruzó con Iván, que se marchaba a otro local.

— El grupo está hoy fatal. Casi me quedo dormido.

Estuvo tentado de dar marcha atrás y volverse a su casa. Aquello era una evidencia

de que nada iba a ser como en su sueño. No obstante, decidió pasar al patio. Loco y María se encontraban sentados en una mesa junto a Chiqui y Musta. Quedaban algunas personas, pero no había grupo de cumpleaños ni nada que se le pareciera.

— Chico, ¿estás loco? ¿Qué haces aquí? —María estaba sorprendida e irritada.

— Me aburría.

— ¡No creo que vayas a ponerte a beber!

— No, no voy a beber, pero tampoco te metas donde no te llaman —instintivamente se echó mano al muslo, como esperando que una bola que nunca existió le produjera un tipo de quemadura que nunca había sentido. Rectificó—. Perdona, mujer. No me hagas mucho caso, estoy un poco nervioso.

— Bueno, venga, vamos a dejarnos de discutir —Loco asumió el papel de conciliador.

— ¿Qué tal ha ido la noche?

— Ni me hables —Chiqui parecía descompuesto y abatido—. A partir de tu desmayo, no dimos pies con bola. Fatal. Hasta *Arrebatado* nos salió una chapuza de cuidado. Gracias a Pet, que se largó un solo genial. Eso fue lo que salvó los muebles.

— Oh, vaya, lo siento —Adolfo ya era consciente de que había fracasado por completo, que la realidad poco o nada tenía que ver con su sueño, pero que Pet hubiese salvado *Arrebatado* le pareció excesivo. Joder, se reprochó, es como no acertar ni una a las quinielas.

— No exageres, Chiqui, tampoco ha estado tan mal —Loco era todo ternura esa noche.

María se limitó a indicarle con un movimiento de manos que la tocata había estado regular.

— Fatal verdad, no bis, no nada —Musta coincidía con su compañero de formación.

Adolfo, resignado, echó una ojeada a la sala por ver si encontraba algo, algún detalle, algún gesto, algún rostro. Pero, salvo los muebles y las instalaciones, nada le parecía familiar. Luifer se acercó y le preguntó si le servía un vodka verde. ¡Vodka

verde! Le dio la impresión de que hacía siglos que no escuchaba esa palabra. Declinó la invitación y preguntó si alguien se iba ya y podía llevarle a casa. María lo miró como a un niño caprichoso.

— ¿Y eso ahora?

— Venía a ver si encontraba una cosa, pero no está aquí.

— ¡Ay, ay, ay! El enigmático Adolfo. Venga, yo te llevo, cariño, que tú lo que necesitas es una madre que te vigile de cerca.

Chiqui y Loco se rieron y Adolfo puso cara de circunstancias. María pagó en la barra y se despidió de Luifer y los dos músicos. Por el camino, casi no hablaron. Se limitaron a intercambiar frases aisladas sobre el peligro de mezclar el alcohol con las drogas y sobre lo mal que debía de sentirse un músico cuando un concierto no le salía bien. A Adolfo ni se le pasó por la cabeza la idea de preguntarle algo sobre lo que había vivido en su sueño etílico. Estaba plenamente convencido de que su amiga lo acabaría de tomar por loco y que se partiría de risa con sus chorradas. La calle de Adolfo estaba desierta a aquellas horas. María aparcó frente al portal de su edificio y Adolfo le deseó buenas noches.

— ¿No me vas a invitar a subir?

— ¿A... subir? —la proposición de María le cogió totalmente desprevenido—
Bueno, no sé, pensaba acostarme... pero... si quieres...

— Oye, lo de que aquélla era la última vez lo dije de broma.

Adolfo tuvo que apoyarse en la puerta del coche para no caerse de espaldas. Dos desmayos en una misma noche eran demasiados. Cerró y abrió los párpados varias veces para ver si soñaba. Todo seguía igual. María lo miraba sonriente esperando la invitación. Él seguía sin creérselo.

— ¿Me lo puedes repetir, por favor?

— Chico, que me gustaría quedarme contigo, que lo de que era la última vez iba en broma. Si quieres, claro.

Decididamente, algo estalló en su cabeza. Todos sus esquemas se derrumbaron y sintió una alegría intensa y total. Una sensación parecida a la felicidad. El hechizo

había hecho su efecto, pero ¿cómo? Él la había cagado al final. Estaba seguro, eso decía la carta. Pero, entonces, ¿por qué el resto de la noche no transcurrió como la había vivido? ¿Por qué se fue Iván? ¿Por qué no apareció Mario? Se graban los sentimientos y sensaciones, pero no los hechos concretos. ¡Claro! Entonces, ¿por qué María recordaba que le había dicho lo de la última vez? Quería preguntarle cientos de cosas. Si realmente iba a hacer el logo de Tres en Raya, si Loco estuvo casado alguna vez en Cuba, si habían estado en el Dos Gardenias, por qué no tenía los archivos en el ordenador, dónde estaba la copia del diseño que había dejado sobre la mesa del estudio, por qué estaba el cuarto donde habían hecho el amor tan ordenado,... Cosas que ella podía responder y cosas que no. Estaba fuera de sí, frenético, febril, exuberante. Podía haber estado así toda la noche, pero vio cómo María se cruzaba de brazos refunfuñando, dispuesta a arrancar el vehículo de un momento a otro y dejarlo allí tirado. ¡Qué diablos!, exclamó para sus adentros, que le den a los hechizos, los esquemas, los valores, los sueños, las esferas, los sortilegios, los desmayos o lo que coño sea lo que estoy experimentado. Lo cierto es que aquí está María como prueba palpable de que no estaba alucinando. ¿Realidad o fantasía? ¡Qué más da!

— Señorita, si me hace el honor.

Adolfo le tendió el brazo a María y ella se lo tomó de mala gana. Al salir del coche, la besó apasionadamente, estrujándola en un abrazo con el que quería liberar toda la presión de una noche que se había convertido en tres o cuatro y en la que había conseguido más que en toda su vida.

— Vale, subes, pero ésta será la última vez, ¿vale?

— Vale, la última.

Volvieron a reír y a besarse. Y a darse la mano. Y a gastarse bromas. Y tirarse del pelo. Y a correr escaleras arriba. Y a abrir puertas y encender luces y revolcarse en la cama y amarse y hacer planes y a decirse que sin ataduras y que no sabían hasta dónde se querían y que se lo pasaban bien y que para algo estaban los amigos y las diosas y los aborígenes y los jefes y empleados. Y, sobre todo, los escritores. Y las madres, dijo ella. Por supuesto, dijo él. Y vuelta a reírse y a besarse... Y en medio del fragor oyeron una

carcajada que tampoco podía ser de un ser humano —al menos vivo, aclaró él, porque la había reconocido— y no le dieron más importancia porque en ese momento salió el sol y se asomaron a la ventana y les llegó un intenso olor a churros y vieron cómo Asun montaba su chiringuito luciendo una gran túnica-corazón. Y decidieron acostarse para así, confundidos el uno en el otro, amanecer juntos por segunda vez aquella misma mañana.

Epílogo.

Comenzaron a reírse. Primero María y después, por contagio, Adolfo. María se fue de nuevo al baño y Adolfo se quedó solo pensando, dándole mil vueltas a la misma idea, y escuchando *Message in a bottle*, de Police.

Antes de salir de la habitación, María recogió un objeto del suelo. Era una esfera blanca con tres espirales grabadas en su superficie. De camino al baño la estuvo observando mientras se decía lo descuidado que era Adolfo. Tenía toda la casa patas arriba. Por curiosidad, encendió la luz del dormitorio y se percató de que había sido arreglado a toda prisa, como para quedar bien ante una visita inesperada. Se sonrió y salió del cuarto. Pasó al salón y se quedó helada. Aquello sí que era un desastre. Desorden y suciedad por todos lados. No ha cambiado nada, sigue siendo el mismo vago machista de siempre. Y eso que la madre viene a ayudarle una vez a la semana. Entonces se fijó en la mesa de cristal. Alguien había dibujado una línea recta en la superficie y sobre ella había colocado dos esferas como las que tenía en la mano. Qué decoración más rara, pensó. Así que en esto se inspiró Adolfito para hacer el logo, no me lo había dicho. Colocó la tercera esfera donde pensó que iría bien, en el extremo vacío de la raya, apagó la luz y se dirigió al baño.

Pensó en lo que le había dicho a Adolfo y decidió suavizarlo de alguna manera. No quería volver a hacerle ningún tipo de daño. Se lo había hecho pasar fantásticamente y la había ayudado muchísimo esa noche.

De regreso al estudio, se acuclilló frente a él, y acercándole la cara le guiñó un ojo.

— Fue mágico, Adolfo, de verdad. Sólo que ahora necesito aclararme y no seguir ejerciendo de mujer fatal por la vida.

— María —le cogió la cara con ambas manos—, cuando digo que te quiero es totalmente cierto. No sé hasta qué punto, es verdad, pero te tengo un gran cariño y me gustas mogollón. Así que dame un besote y que sea lo que el destino quiera.

Las Palmas de Gran Canaria, Agosto de 1997